HISTORIAS DE
L
LITTLE LAKE 4
Un
MARIDO
CONVENIENTE
para
lady Martha
BETHANY BELLS
Selecta

Un marido conveniente para lady Martha

SERIE

Historias de Little Lake 4

Bethany Bells

Selecta

Cuando eliminas toda solución lógica a un problema, lo ilógico, aunque imposible, es invariablemente lo cierto.

Frase de Sherlock Holmes. Sir Arthur Conan Doyle

Capítulo 1

Me consta que no debería hablarle sin haber sido presentados, señorita Brown

Lady Martha Barrows titubeó al ver al hombre en el camino que cruzaba la arboleda.

Iba en dirección contraria a ella, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones, la cabeza gacha y el gesto concentrado. Lo encontró atractivo, aunque algo rudo, algo... áspero. Hermoso pero basto, como un diamante sin pulir.

Aquel primer día, se cruzaron sin más. Él saludó con un educado movimiento de cabeza y ella replicó con sobresalto y avivó el paso, porque era de Londres, y, aunque en Little Lake poco importaba, el estar sin una doncella hacía que se sintiera inquieta, como si estuviese cometiendo una fea transgresión.

Pero cuando hubo avanzado unos pocos metros, se volvió. Él había seguido caminando; sin embargo, mientras Martha miraba, giró también la cabeza, y los ojos de ambos se encontraron.

¡Qué guapo era! Serio y rudo, sí, aunque muy atractivo, con su mirada grave y sus labios que parecían no saber cómo sonreír. Pero había algo más en él, en aquellas pupilas tan dulces, algo... amable, algo bueno que le provocó una sensación cálida en el corazón.

Martha se ruborizó. Sonrió con disculpa, volvió a mirar de frente y se alejó a buen paso.

Aun así, al día siguiente, algo la impulsó a llegar allí a la misma hora. Un poco antes, de hecho. Con cuidado, se ocultó tras uno de los árboles y cruzó los dedos deseando que fuese un hombre de costumbres, y que aquel trayecto formase parte de ellas.

Lo era, por suerte. Contuvo la respiración y lo observó pasar. Él no se detuvo en ningún momento; siguió avanzando, mirando el suelo frente a sus pies, como si tuviera que asegurarse de continuo de que estaría ahí a su llegada. Un soplo de brisa agitó su cabello espeso, oscuro y rizado.

Martha parpadeó al recordar el cabello dorado de lord Bellamy Thorton, el barón Greylock. ¡Cómo le había gustado enterrar los dedos en aquellos bucles suaves, brillantes y densos! Lo había amado como solo se puede amar cuando se es joven y se entrega por primera vez el corazón, en cuerpo y alma. Era guapo, era alegre, era un hombre con una reputación terrible, que afirmaba que se convertía en alguien mejor cuando Martha estaba a su lado. Que ella podría redimirlo...

Cuánta mentira. Lo mataron en una reyerta, en un burdel, dos días después de que ella cediera a su insistencia y se entregase a él, en la mansión de un amigo. Aquella tarde, aquella única tarde de felicidad, lord Greylock le había jurado amor eterno, le había dicho cosas hermosas y la había llevado a lo más alto de lo que se podía sentir. O, al menos, de lo que ella había sentido hasta ese momento.

Cierto que el acto físico en sí fue... decepcionante, por decirlo de algún modo. Rápido, doloroso... Martha no sabía nada de esos asuntos, así que él se ocupó de todo y, ofuscado por su propio placer, no pareció acordarse de ella hasta que hubo terminado. Y entonces se limitó a darle un beso cansado y a decirle que la siguiente vez iría mejor.

No hubo siguiente vez...

Pero allí había quedado, adherido dentro de ella, lo que permanecía de Greylock en el mundo.

Su hijo.

Al principio, tras el susto y el miedo por el descubrimiento, habían llegado el enfado y el odio. Greylock había muerto de aquel modo ignominioso y ella estaba sola para afrontar las consecuencias de su locura. No quería ese hijo, no lo quería. Ni siquiera lo consideraba una persona: era algo no deseado provocado por un engaño, la consecuencia de mil mentiras. Una carga inadmisible y sucia como una mancha. Hasta llegó a plantearse preguntar cómo podía deshacerse de algo así.

Pero una noche soñó con él, con un bebé de mirada tierna y bucles rubios.

Su bebé.

Él no tenía la culpa de nada, comprendió, era una criatura que iba a llegar indefensa y vulnerable a un mundo muy difícil. Su padre había sido un desastre; si su madre no lo amaba, ¿qué sentido tenía nada, en la existencia? No era culpable de los actos de otro, y lo amó, porque existía. Porque era parte de ella, porque era parte de muchas personas que había amado, en la larga estela familiar de los Barrows.

Lo amó porque, pese a todo, aquella criatura inocente luchaba por vivir, por estar con ella.

Lo amó por los abrazos futuros que le daría, por sus risas cómplices, por los secretos que compartirían, por el amor incondicional que iba a

mostrarle en cada momento de la historia que escribirían juntos, ese que todavía no conocía, pero que ya intuía inmenso, el que sentía una madre por su hijo...

Aquel día, al despertar, Martha se acarició el vientre y decidió conservarlo y pelear por él. Porque iba a ser una lucha terrible.

¿Cómo decírselo a sus padres? ¿Cómo, a su hermano? Tenía la suerte de contar con una familia maravillosa, pero supondría una gran decepción para ellos. Además, seguro que todos tendrían una opinión clara de lo que debía hacer, y ella quería decidir por sí misma. No iba a deshacerse del niño, de ninguna manera, y ser madre soltera, en su entorno, resultaba imposible de mantener. El escándalo los destrozaría a todos.

No fue fácil tomar una decisión. Menos mal que su amigo Walter la encontró una tarde llorando y le ofreció ir a Little Lake. Así, al menos, había conseguido un poco más de tiempo, y había podido reflexionar. Claro que, aquella tarde, mientras acechaba a Henry Mallows escondida tras un árbol, todavía no tenía claro qué hacer.

Henry Mallows, que se detuvo un momento en el camino, como si de pronto hubiese notado algo, pero que siguió tras un leve titubeo.

Martha volvió al día siguiente, y al otro, igual que él, y la escena siempre era idéntica... Al final, una tarde, se quedó apoyada en el árbol, pero a la vista. Henry Mallows pasó, saludó con la cabeza y prosiguió su camino. Martha se preguntó si seguirían así por siempre, pero no.

Al día siguiente, al verla, él se detuvo.

—Disculpe si la molesto, no he recibido mucha educación —dijo, vacilante, con tono de disculpa—, pero... En fin, no sé. Me consta que no debería hablarle sin haber sido presentados, señorita Brown.

Ella sonrió, con el corazón estremecido por una repentina sensación de ternura. Con lo grande que era aquel hombre, lo fornido que era, qué vulnerable parecía. Despertaba su instinto protector.

—Pero sabe quién soy —dijo. Él asintió.

—Sí. Y usted quién soy yo.

—Sí, señor Mallows. Lo he visto en la iglesia.

—Y yo a usted. Aunque nunca nos han presentado. —Ella negó. Le había pedido expresamente al reverendo Strade que no la obligase a conocer a los parroquianos. La señora Wilson y ella iban a misa y se marchaban a paso rápido, intentando no hablar ni mirar a nadie—. Por eso, disculpe si me extralimito —añadió—, pero me gustaría... —Hizo un gesto, como si no encontrase las palabras—. No sé, si necesita algo y puedo ayudar, estaré encantado de hacerlo.

Martha arqueó una ceja. Era hija de un marqués, quizá de ahí le venía su natural orgulloso, y la sola idea de que pudieran sentir lástima de ella, o que pudiera necesitar ayuda de nadie, la

incomodaba. Fuera o no fuera verdad.

—¿Ayudarme? ¿Por qué cree que necesito ayuda?

Él se encogió de hombros.

—Por el modo en que mira. Por el modo en que camina. Por el hecho de que esté ahí, escondida, día tras día, y hoy se haya decidido a mostrarse —replicó, con sencillez. Se produjo un profundo silencio —. Disculpe si la he molestado.

—No. No, no lo ha hecho. —Avanzó hacia él. Qué alto era. Apenas le llegaba al cuello. Y era de hombros anchos y piernas largas. Un hombre guapo, ya cerca de los treinta años, supuso. O quizá los había pasado, pero no por mucho—. Dado que nos conocemos de la iglesia, podemos hacer como si alguien nos hubiera presentado a la salida de misa. ¿No cree? —Él no sonrió en respuesta, pero asintió—. Estupendo. —Martha empezó a andar—. Tengo entendido que tiene una granja aquí cerca. —Al ver que no la seguía, se detuvo y lo miró con intención. Mallows dudó todavía un momento, pero por fin empezó a caminar—. ¿Puedo saber qué siembra?

—Mmm... tengo algunos cultivos, pero poca cosa. No es la base de mi negocio. Sobre todo, me dedico al ganado. Bueyes para arados. Vacas. Y vendo leche, queso, mantequilla y otros lácteos a Little Lake y a Portsmouth, y a otros pueblos cercanos. Y, bueno, ocasionalmente, animales para mataderos.

—Oh, qué... —Martha apretó los labios, incómoda—. Interesante.

Ahora fue él quien arqueó una ceja.

—No lo cree realmente.

—En realidad, sí. Recuerdo cuando, de niña, reparé por primera vez en que el trozo de carne de mi plato había sido una vez una vaca. —Hizo un gesto de espanto—. Fue un poco... perturbador.

Eso consiguió arrancarle una sonrisa, y Martha pensó que nunca había visto un rostro como ese, tan franco, tan vital, tan cariñoso. Estaba junto a un buen hombre, se lo dijo el corazón.

Ese fue el inicio de una amistad muy peculiar, una que Martha nunca hubiera llegado a creer que tendría. El señor Mallows y ella se encontraban todos los días en el camino, en aquel mismo punto, y paseaban juntos durante un tiempo que cada vez se alargaba más. Hablaban, aunque él era muy reservado. Pero le gustaba escuchar y siempre se mostraba interesado en lo que ella le contaba.

Martha tardó cosa de una semana en revelarle su auténtico nombre; dos, en explicarle su situación. Había algo en Mallows que la impulsaba a confiar en él. Al ir conociéndolo mejor, se reafirmó en su impresión inicial de que era tranquilo y amable pese a su aspecto rudo. No le importó compartir con él aquel secreto. Intuía que lo mantendría, quizá porque él le explicó que había cuidado de sus padres hasta que murieron. Alguien que hacía algo así, algo tan

generoso, solo podía ser una buena persona.

Y, en su caso, solitaria, mucho. No tenía más familia, ni esposa, ni siquiera prometida. Sus padres y el trabajo de la granja habían ocupado todo su tiempo y había hecho imposible que cortejase a nadie. En esos momentos, estaba solo y asustado por lo que podría depararle el futuro.

Cuando lo escuchó decir eso se sintió tan cerca de él, lo comprendía tanto...

Decidir que podía ser el marido que necesitaba, un marido conveniente que la respetase, que se mantuviese a distancia y que la cuidase hasta el final, fue una consecuencia lógica.

Capítulo 2

Vamos a darle un abrazo a la pequeña Ga

Lady Martha Barrows, Lady Martha Mallows desde su boda, despertó justo al amanecer y, como cada mañana, se sorprendió al notar el tacto rugoso de la sábana contra su mejilla.

Acostumbrada a las ricas sábanas de seda de Northway House, la gran mansión londinense donde había nacido, el tacto del hilo recio de la ropa de cama de Petunia —que era como se llamaba la granja de su marido— casi le parecía grosero. De no haber hecho tanto frío, se hubiese levantado de inmediato, ya que tenía que hacerlo; pero la pequeña chimenea se había apagado en algún momento de la madrugada, y tardó más de lo habitual en decidirse a salir de debajo de las mantas.

Y eso que ella ocupaba el dormitorio principal, el más espacioso y elegante —si es que se podía dar semejante adjetivo a un lugar tan parco y humilde— de Petunia. El que había sido de los padres del señor Mallows en tiempos, el mejor de la casa grande. En Northway House apenas hubiera servido para habitación de las doncellas, o de criadas. Allí, era el de la señora.

Pero no se quejaría, no se quejaría jamás. Aquello había sido lo que había escogido, por muchas razones. Y tampoco era tan malo. De hecho, ese entorno humilde no tenía nada que ver con lo malo de su vida.

Martha se levantó por fin de la cama, tiritando, se puso las zapatillas y una bata de invierno, y se dirigió a la ventana. El sol estaba saliendo sobre las suaves colinas de la zona y no quería perderse el espectáculo diario, tan bello como asombroso. La luz surgía de más allá de las lomas y parecía desbordar y derramarse como un río dorado sobre la hierba, empujando las sombras y desvelando su color verde, y el morado intenso de los cardos que la salpicaban; mostrando a su paso los árboles y arbustos que habían estado ocultos en la oscuridad, como si fuera alguna clase de sortilegio.

Desde esa ventana —su dormitorio tenía dos, además de un pequeño balcón—, no se veía Little Lake, ni los edificios de la granja, pero sí ese bonito bosque —en esos momentos, era rojo y bronce, y amarillo vibrante, los colores intensos con los que lo había pintado el otoño—, las tierras donde pacían libres durante el día las vacas, los toros y los bueyes de su marido y, en primera línea, parte del gran patio de Petunia, una extensión casi circular de tierra apisonada protegida por una valla que, con el mal tiempo, se convertía en un auténtico barrizal.

A veces, odiaba esa visión. A veces no. Dependía del día, de cómo se sintiera, de hasta qué punto le hundiese sus espinas el capullo de dolor que la envolvía —así llamaba a la sensación agobiante, asfixiante y terrible que la perseguía desde la muerte de Greylock y que se acentuó con el nacimiento de Johnny— dejándola sin fuerzas. Como si no hubiera ningún futuro. Como si todo horizonte estuviese cubierto de oscuridad.

Apoyó la frente en el cristal.

Últimamente, estaba algo mejor. No, mucho mejor.

Oyó risas, entre ellas la de su hijo. Por lo general dormía en la habitación de la señora Wilson, una costumbre que a Martha no le gustaba nada, pero que se obligaba a aceptar por la tranquilidad de la anciana. Al fin y al cabo, ella, de niña, había dormido siempre con ella y la quería como a una abuela. Sabía que podía dejar a Johnny bajo sus cuidados, aunque hubiese preferido tenerlo a su lado cada noche. Pero la niñera insistía en que se hicieran las cosas como se hubiesen hecho en Northway House. Y la atención y cuidado de los niños era cosa de las niñeras. Las madres solo estaban para disfrutarlos, si lo deseaban.

Martha se apartó de esa ventana y fue a la otra. Retiró la cortina y se inclinó sobre el cristal para mirar.

Esa mañana, Henry Mallows estaba en el patio, con las feas botas que usaba en el trabajo. Le llegaban a las rodillas, con lo que protegían la mitad baja del pantalón, y eran de un cuero viejo y desgastado. El pantalón estaba sucio de tierra, de leche y a saber de qué más, y también la camisa, pese a que sabía que, en la vaquería, todos se ponían unos grandes delantales para mantenerse lo más limpios posible. Pero no podía culparlo. Mallows se levantaba muy pronto, a las cuatro de la mañana. Para ese momento, ya llevaba horas trabajando, y ensuciándose.

Según lo vio, tenía sujeto por la mano a su hijo —o al hijo de Martha, en realidad—, el pequeño John. Se llamaba así por el difunto padre del señor Mallows. Fue Martha quien se lo ofreció, al nacer el niño, dado que no quería que llevase el de ninguno de su familia, y no se le ocurría nada más adecuado. Él la miró de un modo extraño y

asintió.

—Gracias —fue todo lo que dijo. No se mostró exultante ni más o menos contento. Era como si siempre estuviera conteniéndose. Incluso con el niño, cuando nació, se había comportado como un padre orgulloso, pero respetando una distancia, como si temiera que Martha se molestase por algo. Ella lo animó a volcarse en Johnny, y no tardó en hacerlo.

Todo eso había llevado a una estampa como la que estaba viendo Martha esa mañana: el señor Mallows, llevando de la mano al niño —que estaba despeinado y había sido vestido de cualquier manera, se fijó Martha, no lo había hecho la señora Wilson—, mientras le señalaba una ternerita recién nacida. Johnny lanzaba alegres risas y gorjeos, sus sonidos se escuchaban puros en el aire de la mañana.

Martha oyó perfectamente las voces.

—¿Cómo quieres que la llamemos, hijo?

—¡Ga! —dijo Johnny.

—¿Ga? —Mallows pareció reflexionar con toda seriedad—. No se me ocurre nombre mejor. Vamos a darle un abrazo a la pequeña Ga.

Y allá se fueron, padre e hijo, el uno con el cabello oscuro como la noche, el otro con los rizos dorados de un querubín, a abrazar al animalito. Ga se dejó hacer mientras los miraba con infinita paciencia y hasta pareció restregar la cabeza con cariño contra el costado del niño, que rio feliz.

—¡Señor Mallows! —Se oyó la voz de la señora Wilson, desde la puerta de la cocina. Había sido la niñera de Martha, y luego su doncella principal. Cuando se marchó a Little Lake, fue natural que la acompañase, guardando con celo su secreto. Luego, tras la boda, también se empeñó en quedarse con ella, en aquella casa extraña. Martha trató de impedirlo, pero secretamente lo agradecía—. ¿Cómo tengo que decirle que no saque tan temprano a Johnny de la cama?

—¡No he sido yo! Él estaba en el patio cuando terminé de ordeñar, señora Wilson. Me he limitado a vestirlo para que dé un paseo.

—¿En el patio? ¿Salió solo? ¿Desnudito?

—Como llegó al mundo, señora Wilson.

—¡Válgame el cielo! ¡Y con este frío! ¡Demonio de niño! Vamos a tener que tomar medidas, señor Mallows. Pero la próxima vez limítese a meterlo en la casa, por favor. Se acerca el invierno y es mejor que no salga tan temprano.

—Trataré de recordarlo, señora Wilson. No se preocupe.

Martha sonrió. Padre e hijo habían formado una familia rara pero firme, y ella los envidiaba, aunque también se alegraba por ellos, por sí misma. Al igual que la señora Wilson, aquel hombre había cuidado de su hijo mientras ella se había sentido incapaz de hacerlo, agotada por aquella pena continua, aquella tristeza que la acompañaba a todas

partes.

Pero sí, empezaba distinguir de nuevo la luz del mundo. Un día se descubrió así, mirando a su marido y a su hijo y pensando que tenía que luchar por formar parte de aquello. Por interesarle a aquel hombre, algo que, sospechaba, iba a resultar un tanto difícil. Desde la boda, el señor Mallows se mantenía muy al margen, dejándole espacio. Únicamente se veían en la cena, que compartían juntos en el comedor por insistencia de la señora Wilson, aunque solo en los últimos tiempos habían empezado a hablar un poco. Él era tan serio, tan parco en palabras... Seguía siendo amable y educado, pero nunca veía en él un interés... romántico.

¿Le hubiera gustado algo así? Sí, desde luego. No podía negarlo.

—Mira que eres tonta, Martha Barrows —se dijo en un murmullo. Solo al cabo de unos momentos se dio cuenta de que había usado su nombre de soltera. Ahora era lady Martha Mallows, una mujer triste y silenciosa que, por no tener, no tenía ni piano.

Era lo que más echaba de menos, la música. Ya cuando llegó a Little Lake se dibujó un teclado en papel y ejercitaba cada día con él en una mesa. Dos horas como mínimo, tal como había hecho siempre en casa, o en Minstrel Valley. Estaba tan acostumbrada a hacerlo que no tenía problemas en imaginar los sonidos en su mente. Pero, aun así, era tan frustrante...

El señor Mallows la descubrió una tarde, pocos días antes, golpeando pensativa el mi menor.

—¿Qué hace? —preguntó mirando el teclado de papel.

—Ensayo.

Él observó inexpresivo el dibujo.

—¿Es un piano?

—Sí. —Él asintió. Iba a salir, pero Martha siguió. No quería, pero no pudo evitar el impulso—. ¿No podríamos comprar uno, señor Mallows?

Su marido titubeó.

—No es buen momento, milady. Ahora mismo, tenemos muchos gastos.

No había nada más que decir, al parecer, porque fue a marcharse. Ella se puso en pie.

—Podría hacer que trajeran el mío, desde Londres. O mi padre podría comprarme otro en Portsmouth...

Él la miró. Le hubiera gustado poder deducir qué pensaba.

—Cuando llegamos a... nuestro acuerdo, solo le pedí una cosa, milady. ¿Lo recuerda?

Que no diera nunca la impresión de que lo había hecho por dinero. No quería nada de su familia, no quería riqueza ni ventajas, excepto una dote mínima destinada por completo a ella, si lo consideraban

algo inevitable. Por lo demás, él se ocuparía de mantenerlos de una forma digna, tanto a ella como a Johnny. Y no podía negar que se deslomaba de la mañana a la noche para conseguirlo.

—Sí, pero...

—Le ruego que tenga un poco de paciencia. Solo un poco. En cuanto cobremos algunos encargos que tenemos pendientes, me ocuparé de conseguirle un piano. —Apretó los labios en lo que quizá quería ser una sonrisa—. Le doy mi palabra.

Ella hizo una mueca y asintió. Al fin y al cabo, no era una petición tan desatinada. Ya había aprendido que Henry Mallows era un hombre orgulloso y todo lo quería conseguir por sí mismo.

Estaba recordando la escena, cuando Mallows se volvió hacia su ventana. No hizo nada más, solo miró, pero la sacó de sus ensoñaciones, y Martha miró en respuesta. Se quedaron así, contemplándose fijamente. Desde la boda... no, desde el nacimiento del niño, por alguna razón que se le escapaba, habían perdido aquella amistad sencilla e íntima que los había unido en el camino de la arboleda. La que la había animado a contar con él para aquel plan tan loco.

A veces pensaba que él notaba su pena, y que no quería agobiarla con su presencia. Que quería que supiera que estaba allí, pero sin prisas, a su ritmo. Cuando sanasen sus heridas, cuando estuviese lista, él y Johnny la estarían esperando.

El niño, que estaba dando alegres saltitos, marcando sus huellas en la tierra, la descubrió entonces, y agitó una mano en el aire.

—¡Mammm! —gritó con entusiasmo. Tanto que se tambaleó sobre sus piernitas, pero el señor Mallows llegó a tiempo de sujetarlo y mantenerlo en pie. Siempre llegaba a tiempo—. ¡Ga!

Martha se echó a reír en la habitación, emocionada, y alzó una mano para devolver el saludo. Aquel era su hijo. Aquel era su esposo. Y aquel era su mundo ahora, Petunia, con todas sus luces y sus sombras. Tenía que buscar el modo de abandonar definitivamente aquella tristeza e integrarse en él.

Miró las botas de trabajo de Mallows y se le ocurrió una idea.

Capítulo 3

Sí, milady. A las cuatro de la mañana

Diez minutos después, Martha entró en la cocina, donde se afanaban la señora Wilson y la criada, Betty, una muchacha de Little Lake que les había recomendado el reverendo Strade. La antigua criada, que había permanecido en Petunia cosa de treinta años, se había retirado poco después de la boda de Mallows y Martha, y se había ido a vivir a Portsmouth con su hija.

No importaba, Betty estaba bien. Mejor que bien, incluso, porque Martha hasta prefería no haber tenido que vivir un continuo enfrentamiento entre una sirvienta acostumbrada a mandar en el sitio y la señora Wilson, que estaba acostumbrada a mandar en todas partes. Seguro que hubiera sido una lucha constante por imponer y hacer las cosas cada una a su modo. Con Betty se había resuelto el problema antes de producirse, porque era una muchacha inexperta y de buen carácter, agradecida por poder aprender.

Y, por lo que parecía, feliz de estar allí, porque Martha se fijó en el modo en que se ruborizaba al ver entrar a Tom McAffrey, apodado el Rizos, por la puerta que daba al exterior. Nerviosa, la muchacha se llevó una mano al moño, para arreglarlo con un gesto coqueto.

No era de extrañar que se sintiera así. Tom era un joven alto, guapo, que hacía gala de su apodo con una buena maraña de gruesos rizos negros con reflejos rojizos que llegaban casi a sus hombros. Era apuesto, y lo sabía; y Martha ya sabía que utilizaba su encanto para sacar cuanta ventaja le fuera posible. Había sido compañero de escuela de Gladys, Helen y Sarah, aunque dados sus problemas familiares no había llegado a terminar los estudios.

Durante una de sus primeras cenas, el señor Mallows le había contado que, pocos años antes, siendo todavía un niño, Tom le había robado una vaca, pero que tras lograr recuperarla gracias a la colaboración de todo el pueblo, no quiso poner una denuncia.

—¿Qué sentido tendría? —le había dicho, más locuaz que nunca. Se

notaba que apreciaba a Tom—. No es mal muchacho, pero está perdido y solo.

Ya entonces le hubiera gustado ayudarlo, pero no se le ocurrió cómo, y todavía estaban sus padres, ya muy enfermos, que requerían todo su tiempo. Pero un día, en las navidades del año anterior, a cuenta del asunto de los crímenes de Little Lake, Tom se había presentado en la granja pidiendo ayuda, y él, Bob y Daniel lo habían escondido y lo habían mantenido a salvo.

En buena hora, porque pocos meses antes, el joven había salvado las vidas de Walter y Sarah Holmes. Solo por eso, Martha le estaría por siempre agradecida.

Ahora, pasado el supuesto peligro, trabajaba en la granja a cambio de comida, techo y un pequeño sueldo, ayudando en diversas tareas, como la de cortar leña y llevarla de un lado a otro, como estaba haciendo en ese momento.

—¡Milady! —exclamó sorprendido al descubrirla, y la señora Wilson y Betty se volvieron hacia ella.

—¡Milady! —repitió la primera, con idéntico asombro—. ¿Qué hace aquí? —La miró de arriba abajo—. ¿Cómo se ha vestido sola?

—No soy tan torpe, señora Wilson.

En realidad, había elegido el vestido más fácil de ponerse, uno con el que no necesitaba doncella, pero había tomado buena nota de cómo debía encargar la ropa en el futuro. Además, había descartado usar el corsé, algo de lo que se alegraba, porque se sentía curiosamente libre. Dedujo que la señora Wilson también se daba cuenta del detalle por el modo en que le frunció el ceño al mirar su cintura y su pecho, pero la ignoró. En su lugar, echó un vistazo a su alrededor, mientras a su lado Tom alimentaba la cocina.

Las dos mujeres estaban preparando un desayuno para ella, en una bonita bandeja de plata que había formado parte de la escasa dote que había aceptado el señor Mallows. En ella, como siempre, había un jarroncito con un pequeño ramo de flores silvestres y el juego de café que también le había regalado su madre, una porcelana francesa fina y hermosa, muy distinta al barro tosco de los utensilios dispuestos sobre la mesa.

Supuso que la estaban poniendo para los trabajadores de la casa y, quizá, incluso para el señor Mallows y la propia señora Wilson. Como Martha nunca había entrado antes en la cocina, no había visto la enorme diferencia en el trato. Claro que, estando allí la señora Wilson, hubiera debido suponerlo.

—¿La bandeja es para mí? —preguntó.

La señora Wilson respondió sin dejar de tostar pan.

—Por supuesto, milady.

—No era necesario. Y, aunque es un detalle muy bonito, no deberían

perder el tiempo yendo a buscar flores cada mañana. —La señora Wilson, Betty y Tom intercambiaron una mirada—. ¿Qué?

—No las traemos nosotros, milady —le explicó Betty—. Lo hace el señor Mallows.

Ella la miró asombrada.

—¿El señor Mallows? —repitió, porque no acababa de creerlo.

—Así es.

—Pero... —¿Por qué haría algo así? Con ella siempre se mostraba correcto y educado, pero distante. Desesperadamente distante a veces, de hecho, tan callado que a veces desearía poder zarandearlo para provocar una respuesta de algún tipo en él. ¿Por qué hacer algo tan bonito, si no le salía del corazón?—. Oh, está bien. ¿Él dónde desayuna? ¿En el salón?

—No. Él come con todos, milady —explicó la señora Wilson, haciendo un gesto hacia la mesa—. Con nosotras y con los trabajadores.

—Oh. —Martha asintió—. Entonces, yo también lo haré.

—¿Usted, milady? —Betty abrió mucho los ojos—. Pero...

—Sí, yo. ¿Ocurre algo?

La señora Wilson agitó la cabeza.

—¿Servirá de algo que le diga que no es apropiado, que pese a todo usted es la hija del marqués de Northway, heredera de una larga estirpe de aristócratas que...?

—No —la cortó ella, empezando a enojarse. ¿Cómo iba a integrarse en aquella vida, si se empeñaba en aferrarse a la otra? O si se empeñaban en mantenerla en la otra, mejor dicho, como un insecto atrapado en ámbar—. No servirá de nada.

—Lo suponía. Por eso no voy a decirlo.

—Perfecto. Porque, aquí, soy la señora Mallows. Sé que no lo he demostrado mucho en este tiempo, pero ya va siendo hora.

—Bien dicho, milady —replicó Tom, risueño—. Digo, señora Mallows.

—Tú calla y ponte ahí a pelar ajos —le ordenó la señora Wilson.

—Puedo hacerlo yo —propuso ella, esperanzada. La señora Wilson la miró con horror.

—¿Se ha vuelto loca? ¿Quiere que le huelan las manos a ajo?

—Pero...

—¡Ni hablar, he dicho! ¿Qué pensaría su madre?

—Probablemente, no se escandalizaría tanto como usted.

—Pues entonces es una suerte que esté yo aquí. Tom, esos ajos, vamos...

—Por supuesto, claro, claro... —protestó él, colocándose junto a Betty para llevar a cabo la tarea—. Qué triste nacer plebeyo de la más baja estofa. Ya ves, Betty, da igual si me huelen las manos a mí. ¿Qué

opinas tú?

—Oh, yo...

La señora Wilson pasó por allí y le dio un capón a Tom que le movió de sitio todos los rizos.

—A pelar ajos, chico. Y ni se te ocurra andar con tonterías con Betty.

Y allí se pusieron los tres a sus labores, como si ella no estuviera de pie en medio de la cocina. Pero se lo tenía merecido, sin duda. ¡Por Dios, si ni siquiera había visitado los otros edificios de la granja, ni sabía qué cosas se hacían en Petunia o cómo! Durante más de un año, embarazo incluido, se había limitado a compadecerse de sí misma, encerrada en su dormitorio o vagando por las habitaciones de la casa grande como un fantasma.

Al menos, antes, a su llegada a Little Lake, cuando estaba en el Lily Garden Cottage, había dado largos paseos por el bosque, haciendo un ejercicio muy sano. De hecho, así había conocido al señor Mallows. Pero era como si en aquella época el destino la hubiese estado empujando a salir para encontrar una solución a su problema, ese marido conveniente que necesitaba con desesperación. Una vez que hubo conocido al señor Mallows, y cumplido el objetivo, ya no había vuelto a sentir nada semejante.

De hecho, muy al principio, nada más casarse, de ser por ella se hubiese quedado en camisón todo el día, tumbada en la cama mirando al techo o recostada en el sillón junto a la ventana. Trató de hacerlo, pero la señora Wilson no lo consintió, y tuvo que arreglarse cada día. Pero lo hacía sin mayor ilusión, y se sentaba en cualquier rincón a simular leer, bordar o pintar. Lo único constante eran las dos horas de ensayo con su teclado de papel, algo que cada vez le resultaba más irritante, porque estaba harta de su silencio.

No podía seguir así. Miró alrededor.

—Muy bien —dijo, decidida—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Hacer, milady? —preguntó Betty al cabo de un par de segundos, puesto que la señora Wilson se mantenía con los labios muy prietos.

—Sí. —Martha hizo un gesto general, hacia la cocina y la mesa—. Para... para ayudar a preparar las cosas.

—Oh, esto está casi listo. —Miró su bonito vestido de mañana, de lana suave, gris con bordados rosas—. Además, se mancharía...

—Tonterías. Seguro que hay un delantal por ahí que podría ponerme. —Betty miró otra vez a la señora Wilson, pero dado que la mujer no parecía dispuesta a añadir nada, trotó presurosa hasta un pequeño armario y volvió con un delantal tan blanco que el término «impoluto» se quedaba corto. Satisfecha, Martha se lo puso y, como tenía los cordones tan largos que podía rodear por completo su talle, lo ató con una bonita lazada a un lado—. Perfecto. Vamos, dame algo que hacer.

Betty dudó. Miró a un lado. Miró al otro. Martha vio que buscaba con los ojos el apoyo de Tom, pero este esquivó todo compromiso y se puso a silbar suavemente, mientras pelaba sus ajos.

—Hay que batir unos huevos... —optó por decir la criada, indecisa.

—Oh, maravilloso. —Miró el bol que le señalaba. Avanzó hacia allí y vio los huevos dispuestos en un cesto—. ¿Cómo se hace?

La joven criada arqueó una ceja, Tom ahogó una risita y Martha tuvo que contener un nuevo conato de irritación. Seguro que ellos dos habían nacido sabiendo hacer aquello, imbuidos por la sabiduría de una larga estirpe de mujeres batidoras de huevos. Pues ella, no. Ella no había visto batir un huevo en su vida. Imaginaba cómo debía hacerse, por pura lógica, pero quería tener toda la información posible antes de ponerse a ello.

—Tiene que... tiene que cascar los huevos y echarlos en el bol —explicó Betty—. Y, una vez ahí, batirlos con esa varilla. Se agita. Así. —Simuló el movimiento con la mano. Martha asintió.

—Bien. ¿Los echo de uno en uno?

—Eh... sí, por favor. ¡Pero no todos! Solo necesitamos que bata tres.

—Muy bien. —Había vivido años en Minstrel Valley, un pueblecito de Hertfordshire. Allí había visto gallinas y, por supuesto, huevos —fritos, duros, pasados por agua... Le gustaban de todos los modos—, pero no había logrado saber cómo llegaban al plato. No era algo que le hubiese interesado nunca. Era evidente que había que romper la cáscara y supuso que tendría la misma textura que la yema de un huevo frito o algo así, aunque no lo tenía muy claro. Levantó uno, lo agitó valorando su peso y lo golpeó contra la encimera. No le dio con mucha fuerza, pero era mucho más frágil de lo que había imaginado. Se destrozó en su mano y derramó el contenido, que era muy líquido y viscoso. Lo soltó con asco—. Uf. Pero ¿qué...? ¿Por qué está así de líquido?

Tom lanzó una carcajada. Hasta Betty se echó a reír, nerviosa.

—Es que está crudo, milady...

—Dios mío... —susurró la señora Wilson, frotándose las comisuras de los ojos—. Por favor, se lo ruego, milady, no nos interrumpa más. Vuelva a su dormitorio. Yo le llevaré la bandeja.

Martha enrojeció hasta la raíz del cabello por la reprimenda, sintiéndose torpe y absurda. Abrió la boca para recordarle que lo único que pasaba era que tenía que aprender, que nada de aquello formaba parte de la educación que se le daba a la hija de un marqués y que, como cualquiera, contaba con todo el derecho a hacerlo.

Martha nunca había pisado la cocina de Northway House, ni la de la escuela en Minstrel Valley ni ninguna otra, a decir verdad. Sabía bordar, algo poco útil en aquel sitio a no ser que se dedicara a los remiendos más básicos, de los que ya se ocupaban Betty y la señora

Wilson; sabía servir el té con primor y elegancia, algo que no servía de mucho cuando no tenías invitados —había estado tan triste que ni había invitado a su cuñada y amigas, había preferido ir ella a Heatherfield Manor antes que tener que organizar cosas en Petunia— o cuando tu marido se tomaba un té rápido de pie en la cocina para volver a salir a seguir haciendo quesos, mantequilla, requesón o lo que fuera que lo ocupase en el momento.

Además de todo eso, sabía de arte, de historia y había leído los libros suficientes como para tener un criterio literario; podía mantener conversaciones fluidas en inglés, francés, español e italiano, y sabía tocar el piano y cantar con un tono más que agradable. Lástima no tener un instrumento.

Sí, abrió la boca para decirle todo eso y más, pero lo cierto era que tampoco se sentía demasiado motivada por la tarea, y no quería imponer su presencia como una cría caprichosa. Se quitó el delantal, sucio de huevo, se limpió las manos en él antes de entregárselo de vuelta a Betty, giró sobre sí misma y salió de la cocina.

Fue un comienzo desastroso para su primer intento de abandonar lo que llamaba el «capullo de dolor», pero decidió no arredrarse. Martha pasó el día reflexionando sobre qué podía hacer de verdad en una casa como esa. Recordó que también era buena con los números. En Minstrel Valley había aprendido las matemáticas suficientes como para poder manejar bien un hogar, contabilidad incluida —sospechaba que, como tantas otras cosas, en Minstrel Valley no le enseñaron aquello para que pudiera llevar un hogar, sino para que tuviese más recursos en su propia vida, pero era algo en lo que las profesoras no solían explayarse—, y era una tarea que le gustaba.

Por eso, tras pensarlo bien a lo largo de aquel nuevo día aburrido y sin sentido, durante la cena se ofreció para ayudar con las cuentas.

El señor Mallows arqueó una ceja.

—El señor Carter se ocupa de eso —le dijo.

El señor Carter era un administrador que iba una vez cada quince días desde Portsmouth, contratado por los abogados del señor Mallows, una firma que tenía la sede en Londres. Era un hombre grande y robusto, con gran papada y sonrisa, aunque a Martha no le agradaba en absoluto. Había algo en él que le provocaba un profundo rechazo. Quizá fuera que sus ojillos, siempre en movimiento, miraban como si estuvieran tasando el valor de todo.

—Lo sé, pero... no me fío de él.

El señor Mallows permaneció inexpresivo, pero sin duda le prestó su atención, porque siguió mirándola un par de segundos antes de volver a centrarse en la comida.

—No se inquiete. Me lo recomendaron mis abogados de Londres, que fueron los de mi padre durante toda su vida. Puede no resultar

simpático, pero seguro que es de fiar.

—¿Y qué hay de malo en que lo compruebe? Se me dan bien las matemáticas, la contabilidad. Yo podría echar un vistazo a las cuentas, comprobar que...

—Lo agradezco de verdad, milady, pero no lo veo conveniente. El señor Carter podría molestarse. Además, bastante tiene usted con cuidar de Johnny y atender las cosas de la casa.

—¿Las cosas de la casa? La señora Wilson lo hace todo con la ayuda de Betty. Y apenas puedo ver al niño, entre siestas, baños, etc., de los que también se ocupan ellas. Me paso el día mano sobre mano o ensayando en un teclado de papel.

Él alzó otra vez la vista de la sopa y le clavó sus ojos oscuros.

—¿Se aburre?

—Sí.

—En una granja como esta, eso es imposible.

—Pues le aseguro que me aburro. Mucho. O me ofrece algo que hacer, señor Mallows, o... —Calibró con qué continuar. No se le ocurría nada—. O me aburriré tanto que empezaré a aburrirlo a usted.

El señor Mallows pareció reflexionar.

—Podría dar meriendas a las señoras de Little Lake. Así podría servir el té.

¿Estaba bromeando? Estaba por asegurar que sí. Qué hombre extraño.

—No se burle.

—No me burlo. Jamás me burlaría de usted, milady. —Y ella supo que hablaba totalmente en serio—. Solo bromeaba un poco. Pero supongo que no se me da muy bien.

—No pasa nada.

Comieron unos minutos en silencio.

—Si de verdad quiere hacer algo útil —dijo entonces él—, estese preparada mañana, a las cuatro.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿A las cuatro de la mañana, se refiere?

Por fin un atisbo de sonrisa curvó los labios del señor Mallows.

—Sí, milady. A las cuatro de la mañana.

Capítulo 4

Se llama Petunia, como la granja

Henry bostezó mientras salía al patio, a la madrugada de un nuevo día.

Esa noche había tenido unos sueños de lo más perturbadores en los que la imagen de lady Martha lo dominaba todo. Y el problema era que no sucedía por primera vez, de hecho lo acosaban cada poco. Ojalá pudiera controlarlos, igual que se controlaba de día, cuando apretaba los puños para contener los deseos de acariciar esos rizos castaños que bailaban junto a sus orejas o en la base de la nuca, o cuando apartaba la vista para así escapar de la fascinación que le provocaba su imagen.

Pero no. En aquel rincón tan íntimo de sí mismo, en el que no existían las trabas ni los condicionamientos, ni mucho menos las diferencias sociales, él había paseado con lady Martha por el camino de la arboleda, pero de un modo muy distinto a como había sucedido en la realidad.

En sus sueños, los dos habían caminado de la mano, con los dedos firmemente entrelazados, las palmas muy juntas, como si sus pieles se necesitasen. Johnny corría por delante, persiguiendo mariposas, y ellos habían sonreído, felices, haciendo planes para un futuro en común, uno de verdad, uno de familia. El hijo había sido de ambos —qué tontería, por supuesto, Johnny no podría ser más hijo suyo de haber nacido de su simiente—, y se habían besado bajo la luz dorada de un atardecer que nunca había sucedido.

Cuando soñaba esas cosas, Henry se despertaba con una profunda sensación de tristeza, de pérdida. ¿Qué diría ella, de saberlo? Seguro que alzaría una de esas cejas tan delicadas, con la sorpresa pintada en su rostro y un claro rechazo en los ojos. Había sido muy clara cuando le propuso su plan: tenían que respetarse, que mantenerse a distancia el uno del otro. Convivirían como familia, pero no como matrimonio. No compartirían dormitorio ni tendrían intimidad alguna.

Lady Martha había alegado, por supuesto, que se trataba de una especie de acuerdo de negocios. No se conocían demasiado, y ella solo se casaría de verdad por amor. Eso Henry podía entenderlo. Pero estaba convencido de que también influía el hecho evidente de que él no era alguien adecuado para ella, y tenía razón. No era más que un bruto inculto y tosco. Alguien surgido del barro manchado de bosta de una granja y condenado a ser enterrado algún día en él, como sus antepasados.

Y ella... Era la hija de un marqués, pero eso daba lo mismo, porque hubiera sido igual de preciosa en cualquier caso. Procuraba que no se diera cuenta, pero la seguía de continuo por el rabillo del ojo y admiraba su rostro perfecto, con aquella naricilla que había denotado tanta voluntad al conocerla. Cada uno de sus gestos, cada uno de sus movimientos, lo dejaba sin aliento. Qué bella era, con sus brillantes bucles castaños y sus enormes ojos del color de la miel. Eso por no hablar de que era lista, muy inteligente y muy culta, algo que Henry envidiaba con todas sus fuerzas. Y tenía un corazón hermoso, siempre era muy considerada con todos y la había visto con Johnny, acariciando a los terneros.

La decisión estuvo tomada desde el primer momento. Cuando se conocieron, Henry se sentía tan abrumadoramente solo que la idea le pareció un regalo inesperado de la vida. Sus padres habían muerto pocos años antes, tras unas enfermedades largas y desoladoras, y él nunca había tenido muchas aptitudes sociales. Y todo esto sin dejar de mencionar que trabajaba desde muy temprano y la vaquería se llevaba todo su tiempo. Hablaba más con los animales que con los propios empleados, Bob y Daniel, o con la señora Bowler, la que fuera criada de la casa antes de la llegada de Betty.

Sí que podría haber ido a Little Lake a buscar una esposa, o incluso a Portsmouth. Pero ¿a quién? ¿Cómo? Era demasiado tímido y estaba demasiado ocupado. La propuesta de lady Martha, pese a ser una locura —él lo sabía—, lo solucionaba todo.

Y allí estaban, año y medio después. Un matrimonio modélico. Así los consideraban todos, los domingos en la iglesia o en los eventos a los que tenían que acudir juntos, como la reciente boda de sir Walter y Sarah Holmes, a principios de otoño.

Pero no eran marido y mujer.

Ni siquiera eran amigos.

¿Cómo podría, con esos sueños que lo acosaban? La miraba, y tenía que contenerse una y otra vez para no adelantar una mano y acariciar su mejilla, para no rozar aquella piel de porcelana que lo tenía obsesionado. Quería besarla con fuerza, estrecharla con toda la desesperación de su alma solitaria.

No, no podían ser amigos.

Henry se quedó clavado en el suelo, al verla en el patio.

No había creído en ningún momento que lady Martha fuera a levantarse a esas horas para trabajar en la granja. Había pasado una mala época. El doctor Doyle y el doctor Keller, los médicos que la habían tratado tras la marcha a Londres del doctor Watson, habían hablado de una profunda depresión, de una melancolía intensa que se había apoderado de ella tras todo lo vivido. Les habían sugerido que la dejasen tranquila, que la forzasen a un aseo y una vida rutinaria, pero que no la presionasen más, porque aquella pena debía superarla ella sola.

Había pasado más de un año, casi dos, sumida en aquel trance, pero llevaba ya un tiempo mejor, se notaba en sus ojos, en las conversaciones durante las cenas, que ahora eran más habituales —si bien no demasiado largas, teniendo en cuenta que la mitad de las veces Henry no sabía qué decir o temía meter la pata— y en su comportamiento general. Estaba más activa, ya no parecía una simple sombra. Y, al surgir de aquel pozo en el que había estado sumida, empezaba a necesitar algo que hacer.

Henry no estaba seguro de poder conseguírselo.

Le mostraría la granja, claro, le enseñaría a hacer algunas cosas, pero no tenía demasiadas esperanzas de que aquello pudiera funcionar. ¡Era la hija de un marqués! Sabía de números, tocaba el piano, hablaba en distintos idiomas... ¿Cómo demonios iba a interesarse por hacer quesos? Henry vivía angustiado por el miedo, seguro de que llegaría el momento en el que le dijese que iba a volver a Londres, con sus padres. Que seguirían casados, sí, al menos hasta que encontrase a otro, hasta que volviera a enamorarse como se enamoró del padre de Johnny, y considerara el escándalo de un divorcio como una carga asumible.

De ocurrir, él se había jurado que no iba a impedirlo. Era parte del precio de aquellos sueños maravillosos: solo deseaba que ella fuera feliz.

—¿No va a decir nada? —preguntó ella. Henry agitó la cabeza, tratando de encontrar algo que decir, en verdad, pero no encontró nada con sentido—. Bueno... ¿por dónde empezamos?

Ahí, al menos, sí tenía una réplica.

—¿Sabe ordeñar vacas?

Ella abrió mucho los ojos. Titubeó.

—Sé que dan leche. Pero, la verdad, nunca me he acercado a una. Me dan un poco de miedo.

Miedo a una vaca. «Vaya», pensó él. Hacía tiempo que no tenía ganas de reír y casi se le escapó una carcajada. Asintió.

—Creí que me había dicho que estudió durante años en un pueblo.

—Sí, en Minstrel Valley. En Hertfordshire. Pero no nos enseñaban a

ordeñar vacas.

—No, claro... ¿Y no vio a nadie hacerlo?

—La verdad, no. La escuela está situada en una gran mansión, Minstrel House, y solo íbamos de paseo al centro del pueblo, para cosas concretas. Es un lugar precioso, ¿sabe? —Debía serlo. Henry disfrutó del modo en que brillaban los ojos de la joven, y cómo se emocionaba al hablar de aquel sitio—. También paseábamos por los bosques, o navegábamos en bote por el lago, o visitábamos las ruinas del castillo de Scott Hill, donde vivió la bella Dama Blanca que se enamoró de un juglar... —Agitó la cabeza, haciendo oscilar sus rizos —. También hay unas ruinas romanas.

—¿Ruinas romanas?

—Sí, aunque la mayor parte de las piedras se reutilizaron en otras construcciones, como el muro de los jardines traseros de Minstrel House. Pero todavía quedan un trozo de puente y los restos de un pozo...—Sonrió—. Dicen que es un pozo de los deseos, ¿sabe? Si arrojas algo que te importe y pides algo que quieras, se te concede.

—¿Y usted pidió algo?

Ella parpadeó nerviosa.

—Sí, me temo. Pero, como siempre ocurre con estas cosas, el deseo se volvió en mi contra y se burló de mí.

Henry asintió lentamente, imaginando el pedido más habitual entre las jovencitas.

—Quería enamorarse.

Hubo un destello rápido en los ojos de la joven. Lágrimas contenidas, anuladas, controladas.

—Ya ve lo tonta que era.

—No, no lo era. En absoluto. —Recordó sus propios sueños, aquel paseo bajo la tarde dorada, sus manos unidas, sus risas cómplices—. Todos soñamos con enamorarnos, milady.

—¿Usted también? —Henry no podía contestar a eso. El silencio se extendió y se removieron, repentinamente incómodos—. Bueno... Como le digo, no tuve muchas oportunidades de ver ordeñar vacas. O de ver cómo se rompía un huevo crudo.

—¿Eh? ¿Un huevo? ¿Crudo?

—Nada. Cosas mías...

Él agitó la cabeza. Qué vidas más distintas habían vivido aquella joven y él.

—Venga conmigo.

Sin más dilación, inició la marcha. La granja Petunia tenía cinco construcciones principales claramente definidas, dispuestas alrededor del enorme patio central: la gran casa en la que vivían la familia y los trabajadores —y que ofrecía su fachada principal hacia el camino, dando parcialmente la espalda a los otros—, la cochera, que compartía

espacio con la caballeriza; el granero, la vaquería propiamente dicha y la quesería, que estaba construida junto a un promontorio en el que había una cueva natural, aprovechada como almacén.

Henry la llevó al edificio de la vaquería, un lugar amplio, alargado y, pese al mucho trabajo que lograba conseguir algo así, muy limpio. Estaba dividido en tres partes: el establo, con los habitáculos para acomodar a los animales; la sala de ordeño y otra dedicada a partos y utilizada también como matadero cuando se hacía necesario conseguir el cuajo de los estómagos de los animales, o cuando se quería sacrificar alguno para comida.

En todas ellas, paredes y suelos estaban cubiertos de baldosas blancas, lo que facilitaba mucho la limpieza. Sus trabajadores barrían, fregaban y cambiaban la paja cada día; la comida y el agua siempre eran frescas, y los cubículos estaban pensados para que vacas, toros, bueyes y terneros se sintieran cómodos.

Henry se vanagloriaba de haber aprendido bien el oficio, y de tener muy claro que la calidad de todos los productos que se fabricaban allí dependía del bienestar de los animales.

La parte del establo se dividía a su vez en tres secciones. Condujo a lady Martha por la primera, donde los tres toros de la vaquería los miraron impasibles. La joven parpadeó un poco, nerviosa, porque eran animales enormes, dos de piel oscura y otro, rojiza. No eran agresivos, en realidad, pero podían parecerlo, y su tamaño amedrentaba.

Luego pasaron junto a los bueyes, que compartían un espacio amplio, no eran muchos y solían venderlos rápido. Henry no se detuvo hasta llegar al primer cubículo de las vacas. En él, una Red Poll pacía tranquilamente y los miró con indiferencia. Era de color rojizo, piel fina y suave al tacto; su frente era amplia y su morro, ancho, de un color rojo más intenso. Sus patas resultaban relativamente cortas, y sus muslos, delgados.

Henry la palmeó con amabilidad, su saludo diario, y la sacó para llevarla a la sala de ordeño, donde la sujetó a un brete. Lady Martha iba tras él, contemplando un poco atemorizada al animal.

—¿Por qué no tiene cuernos? —preguntó sorprendida—. ¿Le pasa solo a esta vaca o a alguna más?

—Ninguna de mis... de nuestras vacas tiene cuernos.

—¿No? Por Dios, llevo mucho tiempo aquí y no me había fijado.

—No se preocupe. Seguro que tenía otras muchas cosas en las que pensar —le dijo él, tratando de consolarla.

—Sí, supongo... Pero ¿por qué son así? Hubiera jurado que todas las vacas tenían cuernos.

—Es lo más habitual, sí. Pero estas las hemos ido cruzando, escogiendo ejemplares que no tenían cuernos y mezclándolos con otras, hasta conseguir una raza que no tiene cuernos. Para ser más

exactos, se obtuvo cruzando vacas de la raza Norfolk y la raza Suffolk, algo que se hace desde hace unos años.

—¿Y eso por qué?

—Así son más dóciles y fáciles de manejar. —Henry le entregó un delantal de cuero y colocó una banqueta junto a la vaca—. Póngase esto, no queremos que se manche ese vestido tan bonito. Y siéntese aquí, por favor.

—¿Ahí? —Mientras se ataba el delantal, con una bonita lazada a un lado, lady Martha contempló suspicaz los cuartos traseros del animal y su rabo, que se movía continuamente de un lado a otro—. Está... muy cerca, ¿no?

—Es la idea. Tiene que sujetar sus ubres, con cuidado, pero con firmeza.

—Oh, claro... —Se sentó, un poco retorcida hacia fuera—. Tengo que tocarla...

Solo le faltaba añadir: «Y ahí». Pobre damita londinense. Henry sintió una profunda ternura por ella, allí, tan sola y perdida. Se acuclilló a su lado.

—¿Me permite? —Ella dudó, pero asintió. Henry tomó sus manos con algo de miedo. Parecían tan delicadas... Tenía la piel fría y suave. Las condujo hacia las ubres—. Esta, en concreto, es especial. Se llama Petunia, como la granja.

—Petunia... —replicó ella.

—Así es. Aquí siempre ha habido una vaca llamada Petunia, en recuerdo de la primera vaca que tuvo mi tatarabuelo, la que trajo consigo cuando vino para establecerse en esta tierra, con su esposa y sus hijos. ¿Lo imagina? Un hombre, una mujer, cinco chiquillos andrajosos y solo algo de tierra y una vaca, para salir adelante en la vida.

Ella agitó la cabeza.

—Tiene que ser... extraño vivir así.

—Me temo que es lo más habitual, milady. La gente normal no suele tener mucho más.

—Yo soy gente normal.

Él sonrió.

—Créame, no lo es.

—¿No?

—No. —Sus manos acariciaron las de la joven cuando empezaron a ordeñar juntos. Hubo un profundo silencio en el que solo se oyó el chapoteo de la leche al caer al cubo. A Henry le gustaba el silencio que encontraba a esas horas, había una paz, un sosiego que lograba calmar el dolor sordo de la propia vida, pero nunca había sido así. Este era un silencio compartido, agradable. Qué intenso lo sintió todo. Qué vivo estaba en esos momentos. Como nunca antes—. Usted es...

especial.

—¿Especial? Lo dudo mucho.

—Deje que sea yo quien opine. —La leche caía densa y blanca en el cubo—. Así, muy bien.

—¿Cómo se llamaba su tatarabuela? —preguntó de pronto ella.

—¿Eh? —Trató de hacer memoria. Dudaba de que nadie se lo hubiera dicho, nunca. Solo conservaba de ella una vieja medalla con una Virgen del Carmen—. No lo sé. Lo único que sé al respecto es que era católica. ¿Por qué?

—Porque su tatarabuelo debió ponerle su nombre a la granja. No el de la vaca. Me pregunto cómo se sintió ella al saberlo. —A Henry no se le había ocurrido plantearse aquello. Cierto, ¿qué pensó aquella pobre mujer al saberlo? ¿Que era menos importante que la vaca para su marido? Buscó algo que decir, pero ella se le adelantó—: Supongo que no sintió nada. Que no le importó. Cinco hijos, un traslado... Una vida nueva en un paisaje totalmente distinto. Yo sé lo que es eso, aunque solo sea en cierta forma. Y seguro que ella estaba demasiado angustiada por tanto trabajo y tanta incertidumbre como para preocuparse por una tontería así.

—Sí, hay mucho trabajo en una granja como esta —musitó Henry. Agitó la cabeza—. Y debió ponerle el nombre de su esposa, tiene usted razón.

Casi sin darse cuenta, dejó de guiarla en el ordeño y volvió a acariciarle las manos, demorándose en los largos y esbeltos dedos de la joven; dedos creados para pulsar las teclas de un piano, para crear más y más belleza a su alrededor, y se maldijo otra vez por no poder conseguirle uno de inmediato.

¿Y si vendía las pocas joyas que le quedaban de su madre?, se le ocurrió de pronto. No había querido dárselas a ella porque eran demasiado humildes: los anillos de boda, una medalla de su abuela católica, un broche al que le faltaban dos de los tres diamantitos que lo habían adornado, unos pendientes de perlas diminutas... Odiaba avergonzarse de ellas, habían sido el orgullo de su madre y su abuela, y la alegría de los hombres que trabajaron duro para poder comprárselas, pero no podía evitarlo. ¿Para qué podía querer aquellas baratijas la hija de un marqués?

Pero quizá su venta diera para un piano... No el mejor, desde luego, pero sí uno que fuera bastante bueno como para poder entretenerla, hacerla sentir feliz en Petunia. Uno con el que ella pudiera llenar de música la casa, y hacerlo dichoso a él. Algo aceptable hasta poder comprar uno mejor.

Henry cerró los ojos y aspiró con fuerza el aire que se movía entre ellos. Lady Martha olía siempre tan bien... A lavanda, a limpio, a mujer joven y bella, hermosa por dentro y por fuera. Sus rostros

estaban muy cerca. Si se giraba, podría besarla. Podría lamer su oreja y descender lentamente hacia su cuello...

Henry se sintió endurecer, excitado y consumido por un extraño anhelo, por ese deseo compuesto del ansia carnal que le inspiraba y la nostalgia de la vida en común que se desplegaba con tanto realismo en sus sueños.

La soltó, se levantó y se apartó con cierta brusquedad.

—Perdón —dijo, confuso—. Perdone, había olvidado... —No se le ocurrió nada. Bah, nunca había sabido mentir en condiciones—. Siga usted. Ya sabe cómo hacerlo.

—Pero... —Lady Martha titubeó al sentir la vaca inquieta. Henry palmeó el lomo del animal, para calmarlo.

—No se preocupe. Lo está haciendo bien. Siga unos minutos, cinco como máximo, luego pase a la siguiente, ahora se la traigo, y yo seguiré también con otra.

Seguro que ella iba a decir algo más, pero Henry se marchó sin darle la opción de hacerlo.

Capítulo 5

Usted sabe mejor que nadie que he pasado mucho tiempo de luto, señor Mallows

Henry pensó que lady Martha ordeñaría una o dos vacas, quizá tres, antes de darse por vencida y alegar cualquier excusa para volver a su vida cómoda en la casa grande.

Sin embargo, cuando vio que ayudaba hasta el final, incluso cuando ya se incorporaron Bob y Daniel, y un siempre renuente Tom, sintió que crecía un conato de admiración en su pecho. Luego, tras desayunar con todos en la cocina, indiferente a la clara desaprobación de la señora Wilson, se levantó y se le puso delante.

—¿Y ahora qué, señor Mallows? —preguntó, decidida. ¡Qué bonita estaba! Con el moño ligeramente despeinado, las mangas sucias y el borde del vestido oscurecido por el barro y, posiblemente, bosta de vaca, aunque ella no se hubiera dado cuenta.

Tom se echó a reír. Henry le lanzó la servilleta.

—Hay unas cuantas balas de paja que mover en el granero —le dijo, y el muchacho puso cara de circunstancias. Lady Martha abrió mucho los ojos.

—Bueno... intentaré ver si puedo con ellas.

—¡Por Dios, no! —exclamó Henry, alarmado—. No se lo decía a usted, milady, sino a ese haragán.

—¡Eh, no soy un haragán! —protestó Tom—. No he parado en toda la mañana. Y ella tampoco, señor Mallows —añadió, señalando a Martha con la cabeza—. Está claro que los señoritingos de Londres también nos pueden dar sorpresas.

—No voy a negarlo. Anda, ve a ocuparte de esas balas. Que te ayuden Bob y Daniel. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Usted venga conmigo.

Aunque hacía algo de frío, había quedado un día agradable, con un cielo azul limpio de toda nube. Henry inspiró con ganas, caminando a su lado, sintiéndose casi feliz. Betty colgaba la colada en el lateral del

patio acondicionado para ello, formando una sucesión de sábanas muy blancas, y Johnny corría a su alrededor, riendo alegre mientras agitaba las telas.

—Es inagotable —dijo Martha riendo. Él asintió. También se le escapó una sonrisa.

—Me pregunto a quién habrá salido. —Se refería a que ella era tranquila, y su hermano y sus padres igual de serenos, pero se dio cuenta del error en cuanto las palabras salieron de la boca. Se parecía a su padre, claro. A su auténtico padre. A aquel odioso Greylock que había sido lo bastante idiota como para morir de un modo tan ridículo después de haberse burlado de lady Martha de una manera infame. Si pudiera, lo mataría otra vez él mismo—. Lo siento. Quería decir que...

—No se preocupe —lo cortó ella, pálida, evitando su mirada.

«Pues qué bien», pensó Henry, maldiciéndose en silencio. No podía decir: «Es hijo mío», sin más, aunque lo tentara hacerlo y aunque como tal lo sintiera. En ese momento, tras la vacilación, temía que sonase a falso. Con la sensación de que había estropeado buena parte de lo conseguido hasta el momento, la llevó a la quesería, donde al menos podía hacer un trabajo tranquilo y no mancharse demasiado.

—No sé si sabe que, al fondo, en el promontorio sobre el que se apoya este edificio, hay una cueva —le dijo mientras le sostenía la puerta para que pasase, con la esperanza de que ambos olvidasen pronto el traspié.

—¿Ah, sí?

—Sí. De hecho, esa fue la razón por la que mi tatarabuelo construyó aquí la granja. La cueva es un buen lugar en el que curar los quesos, y supo cómo aprovecharlo. Al principio no estaba el edificio, lo hacían todo en la cueva y a muy pequeña escala. Fue mi abuelo el que inició la construcción, cuando el negocio empezó a dar sus frutos, y mi padre llegó a terminarla. Ahora, las mayores ventas de la vaquería se basan en los quesos.

—Entiendo... ¿Cómo se hace?

—¿El queso? —Ella asintió, y Henry titubeó. Había pensado hacer un comentario muy general y llevarla directamente a la zona donde introducían la pasta prensada en los moldes, pero se detuvo—. ¿De verdad tiene interés en saberlo, milady?

—De verdad. Es a lo que se dedica usted y, supongo, a lo que se dedicará algún día mi hijo... *Nuestro* hijo —corrigió. Y, de algún modo, con eso borró lo que quedaba de la metedura de pata de Henry, o al menos así lo percibió él. Asintió agradecido.

—Muy bien. La leche se mete ahí —le dijo, señalando tres cubas enormes que ocupaban la gran sala central— y se le echa cuajo. Se enciende el fuego y se da vueltas y vueltas girando esta rueda mientras se va calentando, siempre a fuego muy débil, y se le añade

sal.

Lady Martha frunció el ceño.

—¿Qué es el cuajo?

—Es una sustancia que nos permite solidificar la leche para convertirla en cuajada, queso... Se saca del estómago de algunos animales. Del cuarto compartimento del estómago, en concreto.

—¿Cuarto compartimento?

—Sí, los estómagos de los rumiantes tienen varios compartimentos. Terneros, ovejas, cabras... El cuajo se obtiene del cuarto compartimento de los animales pequeños, los que todavía solo se alimentan de leche.

—Oh. —Lo miró horrorizada—. Bebés...

—Bueno, sí. —No debió extenderse tanto, pero se había entusiasmado. Como ella antes, cuando hablaba de Minstrel Valley. Henry agitó la cabeza—. Intente no verlo desde ese prisma, milady, o me temo que nos moriríamos de hambre. Esto es una granja. La muerte está al servicio de la vida.

—Visto así... —musitó ella.

—Bien. —Mejor volver al proceso, porque no se la veía muy convencida—. Cuando todo se ha mezclado correctamente, se va cuajando, haciéndose sólido, como una especie de... de granulado que se separa del suero. Se corta con varillas, para que vaya escurriendo el líquido, y la pasta que queda se prensa ahí —señaló el lugar— y se mete en unos moldes. Esos de ahí. Nosotros los usamos cuadrados, pero los hay de muchas formas. Se llevan a la cueva y se conservan allí durante meses.

—¿Meses? ¿Tanto?

—Depende de los tipos de curación deseados. Luego, cuando ya están vendidos, los sacamos y los ponemos aquí. —La llevó junto a una zona con baldas, llenas de quesos—. Estos están esperando ser embalados, mañana saldrán hacia Portsmouth. —Había pensado enviar a sus dos ayudantes, pero en ese momento decidió ir él mismo, para así poder comprarle el piano. Volvería con él y le daría una sorpresa. Sintió el corazón ligero ante la idea, feliz como pocas veces se había sentido—. Su venta nos permitirá pasar unas buenas navidades. —Cogió uno de los quesos y lo cortó por la mitad. Luego, separó una rebanada fina pero generosa—. Dígame qué le parece.

Ella lo cogió con una delicadeza que solo podía aprenderse en la casa de un marqués, o en un colegio exclusivo como el de Minstrel Valley. Picoteó un extremo con la misma elegancia.

—Está muy rico —aseguró—. Aunque, bueno, es el que se suele servir en casa. —Pareció turbada—. En su casa.

—En *nuestra* casa —la corrigió él—. Y le gusta mucho a *nuestro* hijo.

Ella lo miró con intensidad unos segundos.

—Sí. Le gusta mucho a nuestro hijo.

Henry sonrió.

—Yo lo prefiero más curado, pero tanto a él como a usted les gusta muy tierno.

Ella sonrió.

—Es cierto.

Henry la miró durante largos segundos, fascinado. ¿Qué ocurriría si la besaba? ¿Se molestaría? ¿Le devolvería el beso? ¿Le daría una bofetada?

Por desdicha, no era lo bastante valiente como para comprobarlo.

—Y eso es todo —terminó, con un carraspeo—. No hay más misterios en la fabricación del queso, y Petunia ofrece buenos productos. El secreto está en cuidar bien a nuestros animales.

Lady Martha asintió.

—Eso me gusta. —Miró para el fondo—. ¿Puedo ver la cueva?

—Claro. Venga conmigo. —La condujo hasta una gran puerta de madera maciza. Abrió con una llave y le cedió el paso. Dentro hacía frío, y vio que se estremecía—. ¿Quiere mi chaqueta?

—No, no hace falta. —Pero se abrazó a sí misma, frotándose los brazos—. Me ha tomado por sorpresa, eso es todo.

—Desde luego, pero permítame... —Se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros—. Así estará mejor.

—Gracias. —La sintió suspirar—. Esto está muy oscuro...

—Espere un momento. —Henry encendió un par de lámparas que desvelaron las filas y filas de baldas repletas de quesos.

—¡Oh, vaya! Es más grande de lo que pensaba —comentó ella, dando un par de pasos al frente—. Y el olor... No es malo, solo denso.

—Sí, así es... —Él titubeó—. Me ha sorprendido su deseo de conocer el negocio.

—Sí, supongo que tras más de un año siendo una invitada en su casa, es natural que se sorprenda.

—Casi dos, de hecho... ¿Por qué, milady? ¿Por qué ahora?

Ella lo miró de un modo que le aceleró el corazón. ¿Acaso empezaba a sentir algo por él? ¿Acaso quería integrarse en aquella vida porque quería compartirla con él? Llegar a aquel paseo de su sueño, sentir esa felicidad, esa comunión...

Pero lady Martha se encogió de hombros.

—Porque me aburro, ya se lo dije. No puedo seguir así, encerrada en la casa, dejando pasar un tiempo que no podré recuperar. Necesito hacer algo o me volveré loca. Además, esto es lo que me mantiene ahora —añadió, haciendo un gesto vago a su alrededor—. Mi padre me dijo que no aceptó usted su ayuda. Y Walter... quiere hablar con sus abogados, ver cómo mejorar las cosas, pero no se atreve a hacerlo sin su permiso.

—Sí, me lo dijo. De hecho, varias veces. Pero no creo que lo necesite. Vivimos bien. ¿O acaso tiene alguna queja? —Nada más decirlo, se dio cuenta de su error, su segundo error grave del día. Hubiera querido darse un fuerte golpe en la frente—. Ah. El piano.

—Sí, el piano —repitió ella con amargura—. Usted sabe mejor que nadie que he pasado mucho tiempo de luto, señor Mallows. —Por aquel hombre, se dijo él, preguntándose si podría soportar el arrebato de celos que estaba experimentando. Maldito fuera mil veces lord Greylock. Por existir, por enamorarla, por traicionarla de semejante modo. Por dejarse matar, haciéndola sufrir—. Pero se acabó, no más. Tengo que seguir adelante. Y, para ello, necesito música. Mi música. Si no quiere que mi padre me compre otro, podría traer el mío de Londres, ya se lo dije.

Por alguna razón, ya no le molestaba tanto la idea. Quizá el hecho de que ella hubiese mostrado ese acercamiento hacia la vaquería lo hacía sentir menos amenazado por la idea de que la familia de lady Martha lo despreciase por aprovecharse de la situación. De ser otras las circunstancias, hubiera accedido. Pero, tras haber pensado en lo de las joyas de su madre, prefería seguir con sus planes y darle una sorpresa.

—Deme tiempo. —Solo necesitaba un día. Sería rápido—. Se lo conseguiré.

Ella lo miró con censura.

—¿Por qué? ¿Por qué se empeña en hacerlo así?

—No sé. —Era importante para él, pero le parecía tonto decirlo. Y difícil, muy difícil, sobre todo porque lady Martha le estaba clavando una mirada crítica.

—Creo que es usted demasiado orgulloso.

Quizá fuera eso. No estaba seguro. En aquel terreno siempre avanzaba con dificultad. Pero lo cierto era que le hacía mucha ilusión comprarle aquel maldito piano con las joyas de su madre.

—Deme tiempo —repitió, en voz baja.

—¿Tengo otra alternativa?

—Me temo que no.

—Eso me parecía. —Se quitó la chaqueta y se la entregó—. ¿Cuál es mi tarea? ¿Qué quiere que haga?

Buscó algo en lo que no tuviera excesivo trabajo y en lo que no pudiera cometer grandes errores, pero en lo que, a la vez, se mantuviera ocupada.

—Colóquese en la última mesa que le mostré. Cuando le lleven la pasta prensada, rellene los moldes y los trae aquí.

—Muy bien. —Salió de la cueva. Él se puso la chaqueta, apagó las lámparas y fue tras ella, consolándose con la imagen de su rostro cuando viera el piano que iba a encargar para ella al día siguiente, en

cuanto fuera a Portsmouth.

Capítulo 6

Yo no creo en Dios, lady Martha. Y alguien como usted tampoco debería hacerlo

Martha no estaba dispuesta a esperar más.

Al día siguiente, aprovechando que el señor Mallows decidió de improviso ir a Portsmouth con el cargamento de quesos, ella se dispuso a escribir a sus padres para que le enviaran el piano. Si el señor Mallows se enfadaba... Bueno, estaba convencida de poder conseguir que se le pasase pronto. En cuanto oyera la música, daría por bien perdido aquel asunto, y disfrutaría con ella, sobre todo en Navidad. No podía consentir otras fiestas silenciosas como las anteriores, en las que solo había habido alegría y música en Heatherfield Manor, cuando fueron a las cenas y comidas que se celebraron allí, y en las que ella había simulado una normalidad que no sentía en absoluto.

De otro modo, al volver a Petunia, no hubiera caído el silencio sobre ella, sobre ellos, como una mortaja. Martha se había encerrado en su habitación y apenas salía, consumida por una pena que no lograba quitarse de encima. Tenía la sensación de estar maldita.

Silencio, silencio, silencio...

No más, no, no lo soportaba más. Si aceleraba las cosas, en menos de una semana el piano podía estar instalado en Petunia, y, para las navidades, sus dedos habrían recuperado la habilidad de otros tiempos. Habría música para Johnny, para el señor Mallows y para ella. Y para la señora Wilson, que a veces se hundía también en aquella pena a la que los había arrojado ella por su mala cabeza, aunque en su caso lo manifestase con un carácter cada vez más agrio.

Esas fiestas, todos en Petunia bailarían al ritmo de valses y polcas, y el aire vibraría con los villancicos. Ya podía imaginar al señor Mallows, girando con Johnny en brazos. Estaba deseando tocar para

él, captar su admiración, y la de Tom y la del resto de los trabajadores. Pasaría de ser la torpe a la que había que enseñar hasta cómo se ordeñaba una vaca a ser la única capaz de crear aquellas maravillas.

Decidida, en cuanto el señor Mallows partió para Portsmouth con Bob, justo tras el desayuno, Martha le dijo a Daniel que esa mañana no lo ayudaría en la quesería. En lugar de eso se encaminó al despacho, en el que solo solía entrar el señor Mallows, y se dirigió al pequeño escritorio, un mueble triste y solitario en el bonito espacio iluminado por grandes ventanales, a no ser por las baldas de madera que cubrían las paredes, en las que solo estaban los libros de contabilidad que rellenaba una vez cada quince días el señor Carter, pasando a limpio todo lo que se había acumulado en ese tiempo.

Nada más. Ni adornos ni, desde luego, ningún texto de historia, ciencias o cualquier otro tema cultural. No había novelas. Por no haber, ni siquiera los había sobre vacas o sobre la fabricación de quesos, lo que hubiese tenido su lógica.

Estaba claro que el señor Mallows no era un lector entusiasta. Iba a tener que hacer algo al respecto. Para empezar, podía ocuparse de ir creando allí una buena biblioteca. Eso serviría para su esposo y para cuando Johnny fuera mayor. Quería que su hijo fuera un lector apasionado, como lo era ella. Sí, en la carta incluiría que enviasen libros, todos los que conservaba en su habitación y otros que pudieran haberse publicado en los últimos tiempos. Seguro que su madre —que por algo era escritora—, Eddie y Gladys podrían ayudarla con eso.

Se sentó al escritorio y buscó una hoja de papel y un sobre, abriendo y cerrando cajones, excepto el último de la derecha, que tenía echada la llave. Intrigada, Martha la buscó por allí, por si se cumplía la máxima de que solía guardarse cerca, pero no la encontró, así que supuso que él la llevaría encima. ¿Qué guardaría el señor Mallows en aquel cajón? No parecía un hombre dado a los secretos. Decidió preguntárselo durante la cena, seguro que sería cualquier tontería.

Encontró por fin un pliego de papel y escribió la carta, que le llevó más tiempo del esperado. De pronto, tenía muchas cosas que contarles a sus padres y estuvo allí más de una hora. Cuando terminó y se despidió de ellos, diciéndoles lo mucho que deseaba que llegaran ya las navidades para poder verlos, eran ya más de las nueve y media.

Se preparó lo más rápido que pudo y se acercó a Little Lake —sola, pese a las protestas de la señora Wilson—, y envió su mensaje a Londres. Resultó que había elegido un excelente día para ir a la oficina de correos, porque justo tenía carta de su hermano Edward y pudo recogerla. En ella le contaba cosas de Gladys y su hijo, de la familia y los amigos, y de las ganas que tenían todos de ir a Little Lake a pasar las navidades.

También añadía una propuesta de negocios para el señor Mallows. Al parecer, había hablado de los quesos de Petunia con un amigo, un empresario que poseía varios barcos y se dedicaba a la compraventa de diversos artículos. Tras pensarlo bien, quería hacerle una gran compra de quesos para probarlos en distintos mercados, y le adjuntaba el detalle de un gran pedido.

«Y esto quizá solo sea el principio, Marthy», le escribía su hermano. «Si el producto gusta, podríais llegar a vivir muy bien, con los contactos adecuados. No dudes de que me ocuparé de ello».

El bueno de Eddie... Martha estrechó la carta contra su corazón, como le hubiese gustado poder hacer con su hermano mayor. Siempre había estado ahí para ayudarla, incluso en los días en los que el atractivo Sackville se movía de continuo por las noches londinenses, totalmente centrado en la idea de divertirse. Luego, ya en Little Lake, no había estado de acuerdo con su boda, porque quería el amor para ella, pero al final había sabido respetar su decisión.

Y ahora estaba preocupado por ella, y buscando el modo en que pudiera vivir mejor. Seguro que él había buscado a ese empresario, seguro que él le había propuesto el negocio. Y apostaría, sin demasiado miedo a perder, que él iba a pagar ese primer envío, a la espera de saber si tenía éxito o no, pero no sería ella quien se lo dijera al señor Mallows, porque de ser así, lo rechazaría, sin lugar a dudas. Pocos nobles había conocido tan orgullosos como Henry Mallows.

Guardó la carta para comentárselo durante la cena, aprovechó para comprar algunas cosas y regresó con prisas para el almuerzo. Estaba llegando cuando vio un coche parado junto al camino, en un punto salpicado de árboles, como si sus ocupantes quisieran aprovecharlos para pasar desapercibidos en lo posible. Un hombre de cierta edad, con un gran bigote bajo la nariz rota, se sentaba en el pescante. Estaba en buena forma, porque saltó al suelo con agilidad al verla acercarse y se dirigió a ella.

Martha sintió un estremecimiento de miedo y, por primera vez, lamentó no haber hecho caso de los consejos de la señora Wilson, que le había pedido que esperase un poco a que pudiera acompañarla ella, y así evitar que fuera sola por los caminos.

Claro que tener una anciana a su lado tampoco hubiera cambiado mucho la situación...

—Lady Martha, el profesor desea hablar con usted —le dijo el hombre, con voz ruda—. Venga, por favor.

«¿El profesor?». Recordó de pronto todo aquel asunto en el que habían estado metidas Gladys y sus amigas, los crímenes de la señora Perkins, de la abuela de Walter y algunos otros. Se lo habían ido contando en distintos encuentros, sobre todo en las navidades y la boda de Sarah. Si no recordaba mal, el hombre que trabajaba para

Tee, ese bigotudo grande y mal encarado, había matado un tigre en algún sitio.

Tragó saliva.

—Yo no...

—Por favor. —Una mano grande y fuerte, capaz de retorcerle el cuello a cualquiera, señaló hacia el coche—. No va a pasarle nada.

Por el tono se preguntó si, en caso de no obedecer, le pasaría algo. Prefirió no arriesgarse a descubrirlo. Titubeante, lo siguió.

En el interior del carruaje había un caballero muy elegante, con sombrero, capa y bastón. Lo reconoció al momento. Era James, el nieto de Mimi, ama de llaves de Walter. James M. Tee se había convertido en una eminencia de las matemáticas y un gran arquitecto, alguien que, gracias a su cerebro privilegiado, había empezado a abrirse paso hacia lo más alto de la sociedad.

Aunque había estudiado en Francia, donde había vivido interno mucho tiempo, Martha lo conocía desde hacía años, por visitas a Heatherfield House durante las fiestas, sobre todo las navideñas, en las que raro era que no bailase con él más de una pieza. Siempre le había parecido inteligente y de conversación muy interesante, aunque quizá algo pagado de sí mismo. Claro que, dadas las circunstancias, supuso que podía permitírselo.

Lástima que se hubiera visto implicado en los crímenes de la señora Perkins y el de la señorita Taylor, aunque no pudieran comprobarse. Con las muertes de Mimi y su hijo —el padre del hombre que tenía delante—, el asunto parecía haberse dado por terminado, aunque seguía habiendo una orden de búsqueda contra su empleado, el individuo del gran mostacho que mataba tigres y asustaba jóvenes damas por los caminos. Aquel canalla había intentado matar a Walter y a Sarah, en la casa de los padres de esta última. Si habían salido con vida había sido gracias a la intervención de Tom.

—Señor Tee... —dijo ella, por todo saludo.

—Lady Martha... Un placer verla, como siempre. Aunque sea en estas circunstancias.

—Gracias. —¿Se referiría a la situación en la que se encontraba él? ¿O quizá era que pensaba asesinarla y enterrarla bajo los árboles que crecían junto al camino? Decidió que lo mejor era no preguntar al respecto, no fuera a darle ideas—. Lo mismo digo.

Él sonrió.

—Me encantan las damas bien educadas. Y usted es una de mis preferidas, siempre lo ha sido. Mírese: tiene usted miedo, pero no va a permitirse demostrarlo a menos que este se convierta en terror. Dígame, *ma petit Chaperon Rouge* —«mi Caperucita Roja», tradujo Martha de forma automática, una referencia al cuento clásico. Benditas las lecciones de francés recibidas en Minstrel Valley—, ¿qué

hace sola por el bosque? ¿Acaso no teme encontrarse con el lobo?

Sí lo temía, claro que sí. En esos momentos, le temblaban tanto las rodillas bajo las faldas que dudaba de que pasase desapercibido. No podía olvidar que aquellos dos hombres no tenían ningún respeto por la vida ajena. Pero no quería demostrar su miedo, no debía hacerlo. Tee parecía respetar el valor y, por si eso no fuera suficiente, ella era la hija de un marqués. No habría aprendido a ordeñar vacas ni tendría mucha idea de cómo era exactamente un huevo, pero sabía bien cómo disimular cualquier sentimiento en cualquier circunstancia.

Alzó los hombros y rogó porque el temblor pudiera achacarse a la ligera brisa.

—Supongo que, de encontrármelo, tendría que lidiar con la situación —replicó, y se sintió muy orgullosa de su tono tranquilo. Eso provocó un destello de admiración en los ojos del hombre—. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Tee?

—Oh... Sí, verá: lamentablemente tengo que irme lo antes posible de esta... bucólica localidad. No se preocupe, diré adiós a todos como es debido, llevaré a cabo una despedida a lo grande, para todo el pueblo. Pero le ruego que haga el favor de transmitir un mensaje muy personal a Walter, nuestro común amigo, cuando vuelva de su viaje de bodas. —Su voz fue haciéndose más fría, más seca, hasta parecer un estilete cortando el aire—. Dígale que esto no ha concluido, ni mucho menos, y que nunca olvidaré todo lo que me ha quitado.

Martha sintió que un escalofrío recorría su espalda. El señor Tee había entregado su mensaje. Lo mejor hubiera sido asentir con elegancia, saludar cortés y retirarse, para que el coche y ella siguieran cada cual con su camino.

Pero estaba claro que ella raramente hacía lo mejor.

—Walter no le ha quitado nada, señor Tee —le dijo, con voz tranquila, una voz con la que esperaba poder abrirse paso hasta la conciencia de aquel individuo—. Incluso aunque usted hubiese formado parte de la familia de un modo legítimo, Walter hubiera sido el heredero al título y la fortuna, no usted. Lo sabe.

El señor Tee se había quedado muy rígido. Sus ojos relampaguearon.

—Veo que se lo ha contado todo.

—Como bien dice, es un amigo. No sé si común, pero para mí es como un hermano. —Apoyó una mano en el lateral del carruaje, para inclinarse hacia él—. Escuche, señor Tee, al margen de todo lo sucedido, yo apreciaba mucho a Mimi. Su abuela siempre se portó bien conmigo, igual que su padre. Por eso, pese a todo lo ocurrido, pese a que usted es un criminal, voy a darle un consejo: váyase, márchese a algún sitio lejano sin mirar atrás, sin rencores, y viva una vida tranquila. Una vida en la que pueda recapacitar sobre lo terrible de cuanto ha hecho, y arrepentirse en consecuencia.

Él la miró muy serio durante varios segundos. Luego, agitó la cabeza.

—No me arrepiento de nada, milady —replicó, con una mueca extraña impresa en su boca—. Volvería a hacer todo lo que hice, todo eso y más, aunque trataría de hacerlo mejor, para poder salvar la vida de mi familia.

«Está loco», pensó ella. Estaba loco, y supuso que todos los Tee lo habían estado, de una manera u otra. Había algo malo en la raíz de aquella familia, y ya solo quedaba ese hombre. Una mente privilegiada dedicada al ejercicio del mal.

—Lamento oírlo —le dijo, y dio un paso atrás, dando por concluida la conversación—. Que Dios lo perdone, señor Tee.

El señor Tee sonrió con amargura.

—Yo no creo en Dios, lady Martha. Y alguien como usted tampoco debería hacerlo.

—¿Por qué lo dice?

—¿De verdad tengo que explicarlo? —Agitó la cabeza—. Qué difícil es a veces vivir con una inteligencia superior.

Dio un golpe en el techo con su bastón —Martha pudo avistar un momento su curiosa empuñadura, de la que le había hablado Sarah—, y el hombre del mostacho trepó con agilidad al pescante, azuzó los caballos y el carruaje se puso en marcha.

Martha observó cómo se alejaba, preguntándose si sería la última vez que el mundo supiera de James Moira Tee.

Capítulo 7

Aquí la muerte está al servicio de la vida

Durante la cena, le contó al señor Mallows lo de aquel hombre horrible, y también lo de la carta de su hermano Edward. Se la ofreció, para que la leyese.

—Estoy algo cansado —replicó él, centrado en sus verduras. Era cierto que no tenía buena cara. Martha no se sorprendió. Había llegado muy tarde de Portsmouth, tenía que estar agotado—. ¿Puede leérmela? Y el pedido, los detalles. Dígame usted qué opina. —Ella lo hizo, explicando todo punto por punto, y al menos eso le alegró un poco la mirada—. Sin duda es un gran encargo. ¿Por qué cree que lo habrá hecho?

—¿El qué?

—Molestarse en buscarnos esos contactos.

Ella lo miró algo irritada.

—Quizá le gustan sus quesos.

—No los ha probado, que yo sepa.

—Entonces, quizá le guste yo. Y como soy su hermana pequeña y le caigo bien, procura que me vaya bien en la vida. Lo cual implica, ahora mismo, que también le vaya bien a usted. —Él hizo una mueca—. ¿No quiere aceptarlo?

El señor Mallows se lo pensó unos momentos.

—Nos vendría bien ese dinero.

—¿Entonces? ¿Dónde está el problema? ¿Acaso le importa que la gente diga que se casó conmigo para medrar?

—No. —Él frunció el ceño—. Me importa lo que piense su familia.

—Entonces puede estar tranquilo. Ellos, como toda la gente de bien, piensan que la familia está para ayudarse unos a otros, siempre. Nadie le está regalando nada. Vamos a tener que trabajar mucho para cumplir ese pedido. ¿O me equivoco?

Él asintió.

—No, no se equivoca. Y tiene razón, disculpe. No crea que no

agradezco el apoyo de su hermano. Solo espero no dejarlo en mal lugar ante su amigo.

—No lo hará.

—Bien. Cenemos y a dormir. Con el plazo que dan, tendremos que ponernos con ello mañana mismo, de inmediato.

—Sí, eso pensé cuando...

—¿Y por qué ha ido a Little Lake, si puede saberse? —preguntó él, de pronto—. ¡Y andando! Está usted loca. Podría haber cogido el tílburi, o podría haberla llevado yo mismo, mañana.

No iba a decirle lo de la carta con la petición de un piano, de modo que se limitó a encogerse de hombros.

—No sabía que teníamos un tílburi...

—Lo usaba mi madre, está en la cochera. Podía haberle dicho a Daniel que quería ir al pueblo y se lo hubiese preparado.

—Da igual, no se preocupe, hacía una buena mañana y tenía ganas de caminar. Siempre me ha gustado, como bien sabe. —Él sonrió, supuso que también pensando en el modo en que se conocieron—. Pero ya lo sé para otra vez.

—Perfecto. De todos modos, le ruego que no vuelva a salir sola, al menos hasta que nos aseguremos de que ese hombre se ha marchado definitivamente. —Se refería a Tee, claro. Y, ciertamente, no deseaba volver a tener un encuentro con él. Le ponía piel de gallina—. Si quiere ir a algún sitio, yo mismo la llevaré encantado.

—Muchas gracias.

Luego ya cambiaron de tema, y no tardaron en retirarse. Había sido un día muy largo y muy intenso, y tenían que madrugar mucho, por lo que Martha pensó que dormiría profundamente y de un tirón. Que ni siquiera el inicio de una guerra podría despertarla.

Pero, de pronto, abrió los ojos en la oscuridad, alertada por el sonido lejano de una campana.

Aturdida, intentó encontrarle lógica. ¿Sonaba desde la parroquia del reverendo Strade? Era posible, aunque había también una campana en el pueblo, en el ayuntamiento, para las alarmas. ¿Sería esa? Entonces, oyó voces y, ya demasiado preocupada para volver a dormirse, se levantó. Se movió por la casa, siguiendo la estela de la luz de una lámpara, y se encontró a todos los habitantes de Petunia —incluso Johnny, que estaba en brazos del señor Mallows y era el más animado de todos, divertido por la novedad— en el porche delantero de la casa grande.

A lo lejos, rompiendo la densa negrura de la noche, se veía una luz intensa. Un gran fuego.

—Es... —empezó a decir, asombrada, porque, sí, lo era, lo sabía, pero se le trabaron las palabras. El señor Mallows asintió y le lanzó una mirada cómplice.

—Sí, es Northway View, la mansión de su hermano. Lo que llevaban construido hasta ahora, vaya. Alguien lo ha quemado.

Tee, por supuesto. No lo dijo, pero ambos lo pensaron mientras se miraban. Aquella era la famosa gran despedida para todo el pueblo de la que le había hablado. Las llamas se elevaban muchos metros en la oscuridad —Martha se preguntó si no se vería desde todo punto del llano Hampshire—, se reflejaban en el lago y lo llenaban todo de dorados y negros profundos.

Parecía que el propio Little Lake estaba ardiendo.

Estuvieron allí cosa de diez minutos, hasta que el fuego furioso consumió tanto el edificio, que su brillo empezó a menguar. Luego, todos se volvieron a la cama, pero cuando por fin se acostó, le costó dormir, preocupada por aquel asunto y, ya por la mañana, se le pasó la hora.

Cuando abrió los ojos eran casi las ocho. Martha se levantó corriendo, horrorizada, se arregló a toda prisa y pasó como un rayo por la cocina, donde cogió un par de lonchas de bacon al paso.

—¡Milady! —le gritó la señora Wilson—. ¡Esas no son formas para una dama!

—¡La señora Mallows tiene prisa! —replicó ella saliendo al patio. Y lo dijo con la boca llena, para mayor horror de la mujer.

Entró en la vaquería y hasta se puso el delantal que tenía colgado de un gancho, pero, como no tardó en comprobar, ya estaban ordeñadas todas las vacas. Avergonzada, se juró que ese día rellenaría moldes de queso hasta caer desmayada. Iba a ir a la quesería cuando le llamó la atención que no estaban varios de los terneritos, entre ellos Ga. Justo estaba percatándose de ello cuando vio a Tom con un lloroso Johnny en brazos. Venían de las puertas que llevaban al matadero.

—¿Tom? —Se acercó—. ¿Qué haces aquí con Johnny? ¡Cariño! ¿Qué pasa? —le dijo a su hijo, intentando consolarlo. El niño forcejeó para pasar a sus brazos y lo acogió contra su pecho—. Mi vida, ¿qué ocurre?

—¡Ga!

—¿Ga? —Miró en la dirección que le señalaba y vio al señor Mallows un poco más allá. Sus hombres y él estaban moviendo los terneros hacia las puertas del fondo, todos provistos de los grandes delantales de cuero—. ¿Qué están haciendo, Tom?

El joven se encogió de hombros.

—Lo que hay que hacer, milady. El señor Mallows ha dicho que necesitamos mucho cuajo para el pedido y...

Martha ya no oyó más, solo abrió mucho los ojos. Cuajo. Terneros.

Las puertas del matadero.

—¡No! —exclamó, corriendo hacia allí con el niño en brazos. Ella y Johnny habían jugado con muchos de esos terneritos, habían ayudado

a alimentarlos incluso en las dos ocasiones en que sus madres no habían podido hacerlo. Ga estaba entre ellos. Martha sintió que hervía de ira. ¿Es que no tenía conciencia ese hombre?—. ¡No! —volvió a gritar, irrumpiendo en el matadero. Tenían a Ga dispuesto ya para el sacrificio—. ¡Alto!

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Mallows, genuinamente desconcertado.

—¿Cómo puede...? —Empezó, tan indignada que no podía ni completar la pregunta—. Deje en paz a esos animalitos.

Hubo un profundo silencio, atónito. Luego, Bob y Daniel se echaron a reír. El señor Mallows frunció el ceño.

—Milady, ya le dije cuando empezó a trabajar aquí que hay que ver las cosas de otro modo. Esto es una granja. Aquí la muerte está al servicio de la vida. Toros, vacas, terneros... Todos están aquí para vivir o morir según nuestras necesidades.

Martha señaló la cría dispuesta para el sacrificio.

—Es Ga. ¡Es Ga! ¡Johnny se ha quedado desconsolado! —El rostro lloroso del niño logró que los hombres dejaran de reír y parecieran algo avergonzados—. ¿Es que no tiene conciencia?

El señor Mallows pasó la mirada del niño al ternero, sorprendido.

—No pensé que lo reconocería.

—Quizá no debió animarlo a darle un nombre.

—Quizá. Pero ¿cómo puede saber que vamos a sacrificarlo?

—No lo sé. Pero ya lo ve, está llorando.

—Vale. —Acarició la mejilla de Johnny—. Tranquilo, hijo, no pasa nada. —Y le pidió a ella—: Lléveselo de aquí. Mañana tendrá otro ternero para jugar y ni recordará...

—¡No! Pero ¿qué dice? ¡Suelte a Ga ahora mismo!

El señor Mallows suspiró.

—Bueno, vale. —Soltó al animalito, que trotó hacia Martha y Johnny. El niño tendió los bracitos hacia él y Martha lo dejó en el suelo, para que pudiese abrazarlo. Mallows ordenó a Bob—: Trae otro.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡No! —De algún modo le parecía más espantoso aún. Había salvado la vida de uno a costa de otros—. No, por favor. Se lo ruego.

El señor Mallows tenía mucha paciencia, pero también se quedaba sin ella. Bufó.

—Lady Martha... necesitamos el cuajo para preparar ese enorme pedido que nos ha conseguido su hermano. Nos conviene, usted misma lo dijo, nos vendrá muy bien el dinero. Y esto es una granja. Debemos...

—Por favor... —¿Por qué se sentía así? Por los restos de su larga pena, supuso. Había estado tan triste, lo estaba todavía, aunque empezase a salir del pozo... Aquellos animales la habían ayudado

mucho en ese empeño, con su ternura, en esos últimos días. Había reído con Johnny mientras los cuidaban. No podía soportar que todo terminase así—. Sé que debo parecerles una tonta, una niña malcriada educada en un palacio, muy lejos de la auténtica realidad de la vida, pero es que... son bebés. Debe haber otro modo. —Lo miró esperanzada—. ¿No lo hay, señor Mallows? ¿En serio?

—Milady... —Pero debió verla de verdad compungida, porque suspiró, con los brazos en jarras—. Señores, vamos a pasar unas cuantas horas de frío y a perder un tiempo valioso, pero está claro que no queda otro remedio.

—Oh, no... —gimió Bob.

—Bueno... —masculló Daniel—. Por suerte, la mañana se ha presentado luminosa.

—¿Qué? —Martha los siguió, aturdida. Guardaron los animales con sus madres, cogieron sus chaquetones y unos sacos. El señor Mallows le dio también uno a ella, además de una pequeña hoz.

—Vamos —le dijo—. Usted es la que quería la alternativa, así que va a ayudarnos.

—¿En qué?

—Cardo —replicó él, saliendo al patio. Una vez allí, sentó a Johnny sobre sus hombros. Martha miró a lo lejos y vio los prados que rodeaban Petunia, el verde intenso de la hierba salpicado por las bolas moradas de los cardos, todo resplandeciendo bajo la luz del sol—. Cojamos todo el que sea posible. Está ya muy cerca el invierno, pero creo que habrá suficiente.

—¿Cardo? ¿El de los campos?

—Sí. Del cardo se saca un cuajo vegetal. El proceso de elaboración posterior es algo más delicado, pero sirve perfectamente. Y, de hecho, la cuajada es mucho más rica y cremosa. Al principio, es el que se usaba aquí. Mi tatarabuelo empezó con él. No podía permitirse matar ningún ternero.

—¿Y por qué no lo usa siempre?

—Porque para hacer la cantidad que queremos vamos a tener que emplear unas horas con las que esperaba hacer otras cosas, milady. Escuche, esto es una granja...

—Sí, lo sé. Ya me lo ha repetido varias veces. Aquí la muerte está al servicio de la vida.

—No. En realidad, yo me equivocaba. En realidad, aquí todo está a nuestro servicio, milady. Suyo, mío, de Johnny... Si se va a sentir incómoda por algo así, usaremos cardo siempre. Ya le digo que supone una buena paliza recoger todo lo que necesitamos. Pero, por suerte, con las ganancias que esperamos conseguir de este pedido, creo que podremos contratar a alguien más para ayudarnos.

—Gracias, señor Mallows.

—De nada. —Puso cara de circunstancias—. Eso sí, pensaba matar un par de terneros para las navidades, pero, visto lo visto, igual compramos unos corderos. Unos ya troceados.

Ella abrió mucho los ojos, horrorizada.

—¡Señor Mallows!

Él se echó a reír, y Martha sintió que hubiese querido abrazarlo. Pero se contuvo, por supuesto, y se limitó a hacerle unas cosquillas a Johnny, que gritó encantado. El señor Mallows echó a andar hacia los campos.

—Vamos a coger cardo, milady —dijo.

Y, a su espalda, Martha sonrió.

Capítulo 8

¡Hasta la última tecla!

Aquel primer día había sido imposible comprar el piano.

No, por la cantidad que le dieron por las joyas. El señor Carter consultó con un amigo joyero y le confirmó lo que ya imaginaba: apenas tenían valor alguno. No hubiera llegado ni para la mitad, de aspirar a uno nuevo. Pero sí pudo encargar otro, que podría tener en cosa de una semana, cuando se subastasen los bienes de una mansión de Southsea.

—Yo me encargaré de todo, no se preocupe —le aseguró el señor Carter cuando fue a verlo a su despacho, tan ufano como siempre. Había acudido a él porque era su administrador, y Henry no tenía ni idea de cómo comprar un piano, y más uno que sonase en condiciones —. Tengo un buen contacto y podré hacerme con el piano en la subasta a muy buen precio. Vuelva dentro de diez días, y estará seguro y bien embalado para que lo lleve a Petunia.

—Pero ¿está seguro de que será un buen piano?

—Convencido, amigo mío. Yo visitaba de forma asidua la casa, ¿sabe? Eran clientes... —Se interrumpió con brusquedad y, cuando siguió, Henry tuvo la impresión de que había cambiado su discurso—. Eran clientes de un amigo, un abogado que tiene el despacho en esta misma calle, y lo llevé en mi coche más de una vez. Su hija tocaba el piano de maravilla, y era un instrumento muy bonito. Pero tuvieron que irse a América.

—¿A América? —Henry frunció ligeramente el ceño—. ¿Y por qué subastan los bienes?

Carter hizo un gesto que quizá quiso pasar por consecuente, pero resultó ampuloso.

—Me temo que tuvieron mala suerte en algunas inversiones. A veces pasa.

Henry asintió y salió del despacho pensativo, con una inquietud haciéndose un hueco cada vez más grande en su pecho. Recordó la desconfianza que mostraba lady Martha por aquel hombre. ¿Y si tenía

razón? ¿Y si era un intrigante, buscando siempre el modo de ganar más dinero a costa de quienes poco sabían? Había habido algo extraño en la mención de aquellos otros clientes que tan mala suerte habían tenido. ¿Existía de verdad aquel amigo abogado, o la gente arruinada había sido cliente de Carter? ¿Diría lo mismo de él si algún día, por su culpa, perdía la vaquería? «Me temo que tuvieron mala suerte en algunas inversiones. A veces pasa».

Henry se sentía atrapado en un auténtico brete. No podía luchar contra el instinto de lady Martha y contra el suyo propio: Carter no era de fiar. Pero no le quedaba más remedio, tenía que seguir trabajando con él mientras trataba de avanzar con su propio modo de solucionar el problema. Sabía que hubiera podido tener una salida más sencilla, pero le daba tanta vergüenza reconocer sus debilidades ante lady Martha...

No, no podía hacerlo. Se esforzaría más y lo solucionaría por su cuenta, y ella nunca llegaría a enterarse de nada.

Volvió a Petunia, donde esperaba encontrar tranquilidad en la rutina diaria, pero no. Hubo un momento de sorpresa, y de mucha inquietud, cuando, en la cena, lady Martha le preguntó:

—¿Qué guarda en el último cajón del escritorio, señor Mallows?

Él se quedó helado, con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca. «Calma, calma», se ordenó. Estaba claro que no lo había abierto, si no, no lo preguntaría. Buscó rápidamente algo que decir. ¿Quiénes entraban allí? Él y Carter, cuando iba a la granja cada quince días. Además de ella, por lo que parecía, claro.

—Cosas... cosas del señor Carter.

Ella frunció el ceño.

—Eso sospechaba. ¿Tiene usted la llave?

—No.

—¡Ja! Pues tengo que decirle que me parece muy mal, señor Mallows. Ese hombre no tiene por qué tener un cajón cerrado en su mesa. ¿Qué se ha pensado? Es una absoluta falta de respeto hacia usted y quiero que termine de inmediato. El próximo día, se lo voy a decir.

Henry sintió que un sudor frío cubría su cuerpo.

—No, por favor, no lo haga. Yo le di permiso.

Lady Martha lo miró como si fuera estúpido. Lo era, claro que lo era, pero no por lo que ella estaba pensando. Vio que iba a decir algo, pero oyeron llorar a Johnny en la cocina, y se levantó presurosa para ver qué pasaba. Cuando regresó, porque seguro que regresó dispuesta a seguir insistiendo, él había dejado la cena a medias y ya estaba encerrado en su dormitorio, a salvo de más preguntas.

Los días siguientes fueron un auténtico tormento, siempre procurando mantenerse lejos de ella, algo difícil, dado que trabajaba

en la vaquería y que cenaban juntos y a solas cada noche. Tuvo que sortearla de mil formas distintas aunque, a decir verdad, a partir de la tercera cena interrumpida, captó la indirecta y dejó de insistir. Se dedicaba a comer en silencio, haciéndole notar su enfado con más eficacia que con mil gritos, y luego se retiraba sin siquiera despedirse.

Él no estaba seguro de estar actuando bien. No estaba seguro de nada, pero tenía la esperanza de que, una vez que tuviera su piano, se sentiría feliz y dejaría de mostrarse tan inquisitiva con todo. Henry decidió que necesitaba darse prisa, de modo que empezó a trasnochar más todavía. Se quedaba hasta tarde en el despacho, peleando a brazo partido contra la ignorancia, y por la mañana era siempre el primero en entrar en la vaquería. Pese al cansancio acumulado, fue a Portsmouth en la fecha acordada, solo para descubrir que el piano no estaba todavía, que necesitarían dos días más.

Volvió a intentarlo entonces, y, por suerte, sí, allí estaba, embalado por secciones que tendría que montar en la granja. Comprobó un par de cajas, donde vio la cubierta de un piano, efectivamente, uno de los que podían colocarse pegado a la pared. No era muy bonito, y ya con el primer vistazo descubrió un par de desconchaduras que le disgustaron mucho, pero supuso que eso poco podía importar. Que lo que importaba de un piano era que sonase bien.

—¿Seguro que están todas las piezas?

—¡Hasta la última tecla! —le aseguró Carter, muy ufano.

Eso estaba bien. Otra cosa era que fuese capaz de montarlo. Suponía que sí, que solo sería cosa de ir viendo dónde iba cada elemento. Pero seguro que le llevaba un buen montón de horas... Si quería tenerlo listo para la noche siguiente, preveía que, en esa, apenas iba a poder dormir, y ya estaba robando muchas horas al sueño. Estaba agotado.

Daba igual, todo le daba igual, por fin tenía el piano para lady Martha; y mientras volvía a Petunia, su corazón irradiaba más música de la que pudiera llegar a hacer sonar nunca aquel condenado aparato. Estaba deseando ver su expresión cuando viera las cajas, cuando comprobase su contenido, cuando acariciase aquellas bellas teclas de marfil...

Quizá sí hubiera una oportunidad para ellos, como matrimonio real. Quizá todo pudiera arreglarse. Mientras volvía de Portsmouth, helado por el frío del ya cercano diciembre, casi llegó a creerlo.

Pero cuando ya estaba a pocos metros de la casa grande, empezó a oír música...

Henry parpadeó, sorprendido, abrumado por una extraña sensación de irrealidad. ¿Qué era aquello, cómo era posible? El piano estaba dividido en piezas, metido en cajas, iba tras él en el carro. ¿Cómo podía estar sonando en la casa? No, debía ser el cansancio, sin duda, estaba tan agotado y tan obsesionado con aquel asunto que ya creía

estar escuchándolo, como alguna especie de sonido fantasmagórico.

Pero seguía oyéndose, no se detenía, y hasta cambió la música a otra tonada tan alegre y hermosa como la anterior.

Tenía que comprobar qué ocurría, que lo que sospechaba —terrible sospecha— no era cierto. No podía serlo. Henry detuvo el coche junto a la entrada del patio y bajó, acosado por aquella terrible premonición. Rodeó el edificio de la casa grande hasta llegar a la ventana del salón, que era de donde surgía la música. Se asomó sigiloso a una de sus enormes ventanas para divisar el interior y, sí, allí lo vio.

Lady Martha estaba tocando un piano de cola, un instrumento precioso, negro, brillante, impoluto, mil veces más impresionante que el que él había logrado conseguirle con tanto esfuerzo e invirtiendo lo que tanto amaba, esos pocos recuerdos de su madre.

Estaba, además, muy bien afinado, y la música sonaba perfecta, increíblemente hermosa, tanto como lo estaba ella, inclinada sobre el teclado con cara de embeleso.

Qué bella era su esposa. Qué elegante y única.

Qué lejana...

A pocos metros, Betty daba palmas y la señora Wilson bailaba con Johnny en brazos. Todos allí dentro eran felices, lo demostraban sus grandes sonrisas, sus voces siguiendo el ritmo. Hacía tiempo que no había tanta alegría en Petunia.

¿Por qué, entonces, estaba llorando?

Henry se pasó una manga por las mejillas y se apartó de la ventana. Cada vez hacía más frío y se hacía más tarde, y él tenía trabajo que hacer.

Debía esconder en alguna parte un piano que nadie quería.

Capítulo 9

La casa de Peter es roja y blanca

Martha vivió los últimos días de noviembre entre la alegría y la culpa.

Tenía el piano, tenía su piano, y por fin podía escuchar lo que interpretaba. Petunia estaba lleno de música porque, en cuanto tenía un momento, tocaba una melodía. Y el señor Mallows no se había enfadado, al menos no tanto como había temido, aunque últimamente irradiaba una tristeza que la ponía nerviosa. ¿Sería por ella? ¿Por no haber esperado?

Y los libros... Le habían hecho menos ilusión de lo que imaginaba. Cuando lo llevó al despacho y le enseñó cómo había llenado las baldas con tantos y tantos volúmenes maravillosos, haciendo que la pequeña habitación cobrara una vida que antes no tenía, él se limitó a quedarse muy rígido.

—¿También se los ha enviado su padre? —se limitó a preguntar. Ella asintió. Él cogió uno de los libros, lo movió entre las manos sin mirar siquiera el título y volvió a dejarlo—. Me alegra que sea feliz, lady Martha.

Ella parpadeó, inquieta.

—¿Le ha parecido mal? Sé que me pidió que esperase, pero llega la Navidad y quería tener música en casa. Y quiero que usted y yo le enseñemos a Johnny a leer, que crezca siendo un gran lector.

—Yo también deseo eso, sí —replicó él, pero con voz apagada.

—¿De verdad no está disgustado?

Él negó con la cabeza, pero salió sin decir más, y se quedó en la lechería hasta tarde. Últimamente siempre lo hacía, ya no cenaba con ella. Martha no sabía qué hacer. Además, estaba todavía en el aire aquella discusión que habían tenido por culpa de Carter. Maldito fuera, individuo presuntuoso y, de seguro, corrupto. Tenía que idear cómo desenmascararlo.

Estaba pensando en ello una noche cuando de pronto se le ocurrió

que no tenía sentido mantener aquel cajón cerrado. ¿Y si contenía algo ilegal? Bueno, no lo creía, pero siempre podía alegarlo como excusa para explicar por qué lo había abierto, cuando llegara. Y si Carter se enfadaba por ello, hasta mejor. ¡Ojalá no volviese! ¿Qué se había pensado, cómo se atrevía a tener un cajón cerrado en su casa?

Se acabó. Iba a ir a abrirlo en ese mismo instante, sin necesidad de más esperas. Debía ser medianoche, más o menos. Nadie la vería, y por la mañana le explicaría sus razones al señor Mallows.

Martha apartó las mantas y se levantó, lamentando dejar el calor de su cama, se puso las zapatillas y la bata y cogió una lámpara. Abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo. Qué silencioso estaba todo a esas horas, y qué frío hacía en la casa, pese a que la mayor parte de las chimeneas habían estado encendidas hasta acostarse, y las de los dormitorios seguían dando un buen fuego.

Los rincones que ya le eran tan familiares en esos momentos la amedrentaban, envueltos en sombras. Ella no creía en fantasmas ni en seres sobrenaturales, pero, de noche, y sola, ya no las tenía todas consigo. Temblando, se deslizó sigilosa hacia el despacho y se sorprendió al ver que se filtraba luz por debajo de la puerta. ¿Cómo? ¿Había alguien allí, a semejantes horas? ¿Quién podía ser? ¿El señor Mallows? Era el único que tendría el derecho a hacerlo, pero, con lo temprano que se levantaba, ¿qué asunto urgente podía retenerlo allí?

Martha dejó la lámpara en una mesita, cogió la manilla con mucho cuidado de no hacer ningún ruido y la fue girando poco a poco. Consiguió abrir la puerta sin que se oyera ni el roce de madera contra madera y se asomó.

El señor Mallows estaba sentado al escritorio, muy concentrado en unos papeles que tenía delante, en los que iba copiando afanosamente algo que aparecía en un libro. El modo en que cogía la pluma y el esfuerzo que mostraba le indicaron que no estaba muy acostumbrado a esas tareas, pero que le ponía todo su empeño. Las letras eran unas mayúsculas torpes. Infantiles.

Poco a poco fueron formando una frase.

«LA CASA DE PETER ES ROJA Y BLANCA», leyó.

Martha estuvo casi un minuto, un minuto eterno, allí de pie, contemplando atónita la escena, antes de que él se percatase de su presencia.

Al verla, se sobresaltó y trató de ocultar los papeles, pero era demasiado tarde. Ella agitó la cabeza.

—¿Qué está haciendo, señor Mallows?

—Yo... —¿Se había ruborizado? Sin duda. Parecía mortificado más allá de todo límite—. Lo lamento, milady.

—¿Qué lamenta? —Trató de entender la escena—. Usted sabe leer y escribir, ¿verdad? —Como él no respondió, sintió que su corazón se

aceleraba. Recordó que nunca lo había visto leer nada. Recordó que no había querido leer la carta de Edward, alegando que estaba cansado—. Pero... usted firmó en la boda.

—Hace años aprendí a escribir mi nombre —musitó él, al cabo de unos segundos—. Lo necesitaba para hacer muchas gestiones de la granja, así que fui a una escuela de Portsmouth y contraté a una de las maestras para que me enseñase, en unas pocas clases particulares. Fue una mujer muy amable, aprendí mucho con ella en poco tiempo, pero se suponía que debía entrenar por mi cuenta, algo para lo que nunca he tenido tiempo. —Hizo una mueca—. Le aseguro que recé durante toda nuestra boda para que nadie sugiriese que leyese nada.

—Pero... ¿nada? ¿Sabe las letras, al menos?

—Sí, más o menos. Ella me las enseñó. Pero no consigo que se me queden en la cabeza, y me cuesta... encadenarlas en una frase.

—Pero ¿cómo es que no las aprendió de niño?

—Esto no es como Londres, milady. Mis padres tampoco sabían leer, no hubieran podido enseñarme ni de haberlo querido, que ni lo consideraban necesario. —«Sí, por supuesto», admitió ella. Había mucha gente que no sabía leer y escribir, incluso en Londres—. Y yo no podía ir a la escuela, siempre había mucha tarea que hacer por aquí. No teníamos dinero para contratar ayudantes y sacar adelante el negocio solos, mis padres y yo, fue... Fue agotador y se llevó nuestras almas. Aunque no fuimos los primeros, claro. También se llevó las de aquellos tatarabuelos que vinieron a iniciar nuestra historia en estas tierras; las de mis abuelos, las de mis padres... Y se llevó la mía, milady, siendo yo un niño. Lo sabía, lo sentí. —Clavó los ojos en los papeles—. Miraba el promontorio de la cueva y sabía que mi alma también se había quedado allí, con las suyas, atrapada y consumida.

Martha sintió una profunda pena por aquel niño solitario.

—Oh, Dios mío...

—Antes no me importaba. O no mucho, pero... —susurró él, que seguramente no la había oído—. Usted fue lo primero que vino de fuera, como un soplo de aire fresco. Llegó con aquella propuesta asombrosa y yo... —Miró los papeles—. Yo quiero aprender, quiero mejorar. Quiero dejar de ser un bruto ignorante que solo sabe ordeñar vacas y hacer quesos. Quiero leer libros. Quiero conseguir conocimiento, aprender cosas del pasado que me permitan aventurar qué nos deparará el futuro. Quiero poder hablar sin temor a decir una tontería por pura incultura. —La miró a ella, clavándole aquellos ojos hermosos y oscuros—. Y todo eso lo quiero porque quiero merecerla, milady. Quiero merecer el inmenso regalo que me hizo.

¿Regalo? Martha se sintió avergonzada. Se había pasado casi dos años revolcándose en su dolor, ciega a las necesidades de otros, incluso a las de Johnny.

—Bien sabe Dios que yo no... yo no le regalé nada.

—¿Cómo que no? Una familia. Un futuro. Una meta por la que luchar. —Sonrió apenas—. Un alma.

Martha parpadeó, intentando borrar las lágrimas. ¿Cómo podía estar tan roto un hombre? Tan solo, tan triste y hundido.

Recordó tantas cosas vividas en ese tiempo, el pequeño detalle de las flores diarias en su bandeja de desayuno, el modo en que trataba a su hijo, que ya era hijo de ambos, porque se lo había ganado. Cómo le enseñó la vaquería, con qué paciencia la ayudó a sentirse útil allí. Cómo aceptó pasar al cuajo vegetal, pese a que suponía más trabajo conseguirlo.

La pena que sintió porque no podía comprarle el maldito piano...

¡Era tan bueno! ¡Tan amable y detallista! Martha avanzó hacia él, rodeó el escritorio y se inclinó para besarlo, impulsada por un sentimiento inmenso que había crecido poco a poco en su pecho, casi sin darse cuenta, pero llenándolo todo por completo. No quedaba en ella resquicio sin Henry Mallows. ¿Cómo no quererlo, si él vivía por y para ella, por y para su hijo? Lo besó en los labios, con más emoción cruda que ardor, al menos al principio. Le rodeó el cuello con los brazos y trató de aumentar el contacto, pegándose a él. ¿Lo aceptaría?

Su corazón casi estalló de felicidad cuando sintió que la estrechaba por la cintura. Lo hicieron con cuidado, como tanteando, como si él temiera que lo que estaba pasando no fuera más que un sueño, o que podía estar interpretando mal sus intenciones. Pero cuando ella gimió, Mallows se puso en pie y la besó con mayor fuerza.

Entonces, todo cambió. La eterna sensación de tristeza que la había acompañado desde el día en que le dijeron que Greylock había muerto, y cómo había ocurrido, desapareció por completo. Se desvaneció, por fin, y todo fue ardor, pasión, fuego...

Qué distinto de aquella única noche de amor que había compartido con Greylock. Su cuerpo respondía de un modo muy diferente, quizá porque notaba que los besos de Mallows eran de otra naturaleza. Y comprendió que, en realidad, nunca había amado a Greylock. Enamorada del amor, así había estado, como una niña tonta que buscaba la luna solo porque llevaba toda la vida soñando con alcanzarla.

Pero con Mallows era distinto. Olía a tierra, a sudor limpio, a trabajo honrado... A hombre en el que se podía confiar. Era una base sólida sobre la que podía edificar una relación. Alguien que, si enfermaba, no la abandonaría. Que no se iría a un burdel a dejarse matar en una maldita reyerta de borrachos, rodeado de rameras.

Y, en el mundo del deseo, alguien que buscaba no solo su placer, sino el de ambos.

Él la cogió por la cintura y la sentó en la mesa, sobre todos aquellos

papeles con los que trataba de convertirse en alguien mejor.

—¿Está segura? —susurró, en su boca.

Ella jadeó, buscando la hebilla de su cinturón.

—Por favor…

Mallows la ayudó a soltar su pantalón y pasó las manos por sus piernas, desde el arco de las rodillas hasta el punto donde los muslos se unían. Martha dio un respingo, sobresaltada por una intensa sensación de placer. Él movió los dedos —esos que siempre le habían parecido rudos y llenos de callos, pero a la vez extrañamente tiernos, como cuando le enseñó a ordeñar—, jugando con el botón de carne en el que se centraba aquella vorágine que empezaba a enloquecerla.

Y, luego, siguió más allá, entrando en ella con dos de estos.

Martha sintió que se derretía, que se volvía líquida de algún modo.

—Por favor… —repitió, porque no sabía qué podía querer, pero lo quería todo. Había algo, una promesa gigantesca, más allá del roce de aquellos dedos. Algo que la estaba esperando, que iba a zarandearla y quizá a destruirla.

El placer se intensificó y ya no pudo dejar de moverse, de gemir. Estaba casi al límite cuando Mallows la sujetó contra la mesa y la penetró lentamente, con cuidado pero también con decisión.

Martha creyó enloquecer. Nada de aquello se parecía al dolor sordo, al aturdimiento y la decepción que había experimentado con Greylock. Aquel día no había disfrutado lo más mínimo, al contrario. Pero esta noche… Se movió sinuosa contra Mallows, intentando adoptar el ritmo adecuado, ese que escondía la promesa al otro lado.

Sintió las manos de su marido subiendo, firmes y suaves a la vez, por su talle y abarcando sus pechos por debajo del camisón, y pensó que nunca nadie la había tocado de un modo tan íntimo ni con tanto sentimiento.

Y luego, ya no pensó nada.

Capítulo 10

Pero póngame a prueba y descubrirá que hay cosas que me importan más que mi orgullo

Henry no estaba acostumbrado a despertar acompañado por las mañanas, y cada vez que sucedía, el sentimiento de felicidad parecía bullir como lava en su interior, algo cálido y burbujeante que se extendía por todas sus venas.

Él, que siempre había sido de saltar de la cama nada más despertar, para aprovechar hasta el último segundo de trabajo, ahora le encantaba demorarse un rato más entre las sábanas, y hacer el amor con Martha antes de salir a ordeñar las vacas. Le encantaba pasar el día con ella en la vaquería y buscaba mil excusas para acercarse y robarle un beso a escondidas de todos.

Solo había una sombra en aquella vida maravillosa, y era la vergüenza que sentía cuando, cada tarde, se sentaban juntos en el despacho y ella le iba enseñando a leer y escribir, y lo reñía por no habérselo dicho antes. Por ser tan orgulloso y pretender hacerlo todo por sí mismo.

—No es orgullo —replicaba él, aunque en el fondo sabía que sí que había un poco de aquello en su insistencia en no compartir sus debilidades—. Es vergüenza.

—No cabe la vergüenza entre nosotros, Henry Mallows. Tú me enseñaste a hacer quesos. Yo te enseño a leer y escribir.

Él se echó a reír.

—Como si fuera lo mismo.

—Lo es. A mí me encanta el queso.

—Y a mí me encantas tú —replicó Henry, tomándola entre sus brazos. De no ser porque de pronto llamaron a la puerta, esa tarde no hubiera habido más lecciones—. ¡Un momento!

Henry la apartó y se apresuró a meter el libro de estudios infantiles y

los papeles con sus torpes letras en el último cajón del escritorio. Lo cerró con la llave y trató de ignorar la mirada impaciente que le estaba lanzando Martha. ¿Qué podía hacer? Sí, era orgulloso. Sí, se avergonzaba de sí mismo, de su ignorancia y su incultura. Era un hombre sin grandes bienes en la vida, y el tener un poco de orgullo no podía ser malo.

—Adelante —se limitó a decir, y se maldijo cuando la puerta se abrió y la señora Wilson hizo pasar al señor Carter, que llegaba para la revisión quincenal de las cuentas, aunque aún faltaban algunos días para la cita prevista. Por lo general, Henry y él se encerraban en el despacho, donde Carter se afanaba entre números y risotadas, le indicaba dónde debía firmar, y estampaba algún que otro sello.

Henry siempre sufría temiendo que lo descubriese, que no fuese suficiente con mirar el documento con el ceño fruncido, asentir y firmar. Pero hasta el momento no había ocurrido. O eso pensaba, aunque no siempre estaba seguro.

—Perdón, señor Mallows, sé que quedan un par de días para nuestra cita habitual, pero tenía un asunto en Little Lake y pensé que bien podía pasar y hacerlo ahora.

—Eh... Sí, por supuesto. Adelante. Le presento a mi esposa, lady Martha.

—Oh, cielos... —Carter hizo una reverencia exagerada—. Milady, es un placer conocerla por fin. Me alegra comprobar que se encuentra mejor.

Ella sonrió, cortés y fría como un témpano. Como hacía aquella gente tan importante y tan lejana, en los grandes salones de Londres.

—Mucho mejor, gracias, señor Carter. Y a mí me alegra mucho verlo. Estaba deseando que llegase.

El hombretón sonrió, aunque algo desconcertado.

—Muy amable, lady Martha. —La estudió, dubitativo—. ¿Deseaba algo? ¿Hacerme alguna consulta, quizá?

—Ya que lo dice, sí. Me gustaría que me explicara algunas cuestiones que he descubierto al examinar su contabilidad. —Para desconcierto de Henry, abrió el primer cajón del escritorio y sacó una libretilla. Sabía que había estado analizando los libros de cuentas mientras él hacía las tareas que le ponía, como una maestra aprovechando el tiempo mientras el alumno hace los deberes, pero no imaginaba que hubiese sido tan concienzuda. La joven estudió sus notas con el ceño fruncido—. Por ejemplo, me gustaría saber por qué la factura del veterinario que hizo venir de Portsmouth está duplicada en dos meses distintos y bajo distintos nombres, de una forma realmente creativa, tengo que añadir.

—¿Veterinario? —preguntó Henry sorprendido. Siempre llamaban al mismo veterinario, el que estaba establecido en el propio Little Lake

—. No ha venido ninguno de Portsmouth...

—Ah, eso también me parecía, sí —convino ella—. Ni Tom ni el resto de los trabajadores lo recordaban.

Carter se removió inquieto.

—Seguramente ha sido un error, milady. Recorro distintas granjas y...

—Sí, estoy de acuerdo con usted, señor Carter: ha sido un error. —El modo en que lo dijo sonó a la vez ligero y cortante. Carter tragó saliva —. Y me temo que también lo han sido las facturas duplicadas del grano y las triplicadas de...

Carter alzó ambas manos y empezó a agitarlas en el aire, como si así pudiera espantar las acusaciones que le estaba lanzando Martha.

—No, no, no... Perdone, milady, con todo el respeto, pero estos temas no son asunto de mujeres. Está claro que yo puedo haberme equivocado en algo puntual, pero no puede pretender acusarme de nada que...

Ella lo interrumpió con un sencillo fruncimiento de ceño.

—Yo no pretendo nada, señor Carter. Si me deja terminar, hablaremos de otras tres facturas de grano, cinco de carbón y varios impuestos pagados de forma duplicada. Datos de los que, por lo que he podido comprobar por la correspondencia con los abogados de mi marido, ellos no saben nada.

Carter se estaba poniendo muy rojo.

—Todo cuanto ha sido abonado, lo ha firmado primero el señor Mallows, dando su conformidad. Yo no he...

—Usted lo sabía, ¿verdad? —intervino Henry. No esperaba que su voz sonara tan peligrosa. Lo cierto era que estaba más sorprendido y dolido que enfadado—. Usted sabía que apenas sé leer, que me cuesta entender una simple línea.

—¿Qué? ¡No! ¿Qué dice? ¿Cómo iba yo a imaginar...? —Henry dio un golpe en el escritorio y el otro retrocedió, amedrentado—. Bueno, digamos que me di cuenta de que no estaba muy versado en estos asuntos, señor Mallows, por eso intenté ayudar. Somos amigos, usted lo sabe. ¿Acaso no le busqué un buen pi...?

Lo interrumpió con otro golpe, antes de que desvelara aquel secreto.

—Déjenos solos, por favor, lady Martha —le pidió a ella. Su esposa lo miró sorprendida. Hacía ya días que se tuteaban, desde la primera noche que se acostaron juntos. Que de pronto la tratara así, y que quisiera resolver el asunto sin ella la enfadó.

—¡No! No lo haré, *señor Mallows* —replicó, incidiendo en el trato, para devolverle el golpe—. Usted no conoce los números. Yo soy quien ha repasado la contabilidad, quien conoce el alcance de sus robos, y tengo todavía muchas anotaciones que...

—Por favor, milady. —Le lanzó una mirada llena de significados. Ya

se disculparía más tarde—. Déjenos solos. Yo manejaré esto.

Ella apretó los labios y se fue enojada.

—Su esposa tiene un genio de mil demonios —masculló el señor Carter, cuando se quedaron solos, soltándose un poco la corbata—. Supuse, al ver el enorme piano de cola que tiene en el salón, que no le ha enseñado el suyo.

—No, no se lo he enseñado —dijo Henry, muy serio—. Y, a todos los efectos, es como si esa compra nunca hubiese ocurrido. ¿Está claro?

—Sí, sí, por supuesto. Lo que usted diga...

—En cuanto al resto... Se ha aprovechado de la confianza que deposité en usted. —Alzó la mano para impedir sus protestas—. Es así, señor Carter, ambos lo sabemos. Imagino que pensaba desangrar mi negocio poco a poco, sin importarle si terminaba como esa pobre familia a la que compró el piano por una cantidad ridícula, seguramente muy por debajo del precio que luego me dijo a mí. Pero no importa. Vamos a dejarlo en que aquí termina nuestra relación.

El señor Carter abrió mucho los ojos.

—¿Me está despidiendo?

—Así es. Y se lo advierto, si hace cualquier cosa en revancha, como utilizar la información que tiene de mi granja para intentar perjudicarnos, o incluso decirle a mi esposa lo del piano, tenga en cuenta que puedo ser un campesino ignorante, pero la suerte me ha emparentado con el marqués de Northway, con el conde de Sackville y con sir Walter Heatherfield. Si trata de perturbar la paz de mi familia, del modo que sea, me ocuparé de destruirlo a usted por completo. Lo denunciaré por sus maniobras y lograré no solo arruinarlo por completo, sino arrastrarlo hasta la cárcel.

Carter estaba asustado, pero era demasiado soberbio como para rendirse fácilmente. Además, se creía astuto. Le lanzó una mirada venenosa mientras trataba de sonreír con suficiencia.

—No lo hará. No hará nada, maldito idiota. Cualquiera de esas estúpidas maniobras que menciona lo dejará expuesto, y todos sabrán qué clase de patán es. Un imbécil que pretendía simular que sabía leer, cuando no es más que un enorme ignorante que no sabe más que escribir su nombre con la letra de un niño de cinco años.

—Es cierto, lo fui. —Hasta él se sorprendía al ver tan claramente las cosas. Qué necio había sido. Martha tenía razón, había un límite para el orgullo, uno establecido por el sentido común, y él no había sabido verlo hasta ese momento—. Pero póngame a prueba y descubrirá que hay cosas que me importan más que mi orgullo. Por ejemplo, mi familia. —Carter apretó los labios, sin atreverse a replicar—. Ahora, coja sus cosas y lárguese. No vuelva nunca más por aquí. Informaré a mis abogados de que ya no voy a recurrir a sus servicios. Mi esposa llevará la contabilidad de la granja.

Carter se levantó, moviendo agitado su gran volumen, y se dirigió a la puerta. Henry vio que fuera estaba Martha, que se apartó con desdén para dejar pasar al hombre y lo miró ceñuda. No podía reprochárselo.

Henry se volvió hacia la ventana, con las manos en los bolsillos.

—¿Y bien? —preguntó ella, entrando al despacho—. ¿Por qué me has echado, como si no tuviera nada que decir?

—Prefería despedirlo a solas.

Aquella noticia suavizó un poco su tono.

—¿Lo has despedido?

—Sí.

—¿Y quién va a llevar la contabilidad de la vaquería?

—Tú, por supuesto. —La miró justo a tiempo de ver cómo ella perdía los últimos restos de su enfado y lo miraba con unos ojos inmensos, casi agradecidos. ¿Agradecida, ella? Era él el afortunado—. Petunia ahora es cosa de los dos, Martha. Somos una familia. Ambos seremos responsables de nuestro futuro. Y yo sé cuidar de las vacas y hacer quesos, pero tardaré mucho en estar a tu altura en las tareas de la administración. Por eso, a partir de ahora, este es tu despacho. Yo solo vendré a que me des clases. —Miró las baldas llenas de libros, con algo de desaliento. ¿Podría llegar a leerlos todos algún día? ¿Podría llegar a leer uno solo?—.Y a tratar de leer lo que me indiques. Aunque no prometo que llegue a ser capaz, jamás.

—Lo serás. —Sonrió ella—. Eres un hombre orgulloso, Henry Mallows, y listo. No debes avergonzarte de tu ignorancia. No es culpa tuya. Todos nacemos ignorantes y la vida no siempre nos da la oportunidad de aprender cuando somos niños, que es el momento lógico para hacerlo. Tú no pudiste, pero solo tendrías que avergonzarte si el hecho de no saber no te importara. Pero te importa, te importa muchísimo, amor mío. Tanto que has cometido más de un error tratando de ocultarlo.

—Es verdad...

—Da igual. No importa. Ahora, todo ha cambiado, y yo te ayudaré a avanzar. Dentro de un año, te lo prometo, no solo habrás leído un libro, habrás leído muchos, y disfrutarás al hacerlo.

Henry sonrió apenas.

—Te quiero, milady.

Martha avanzó hacia él, lo abrazó, envolviéndolo en su aroma a lavanda, y juntos contemplaron el patio. Había llovido bastante esa mañana. Cuando Carter, que salió de la casa indignado, agitando su enorme cuerpo con movimientos furiosos, resbaló en su camino hacia su coche y cayó de bruces en el barro, no pudieron evitar echarse a reír.

Capítulo 11

Estará a su lado siempre, y eso, mi querida niña, eso es de verdad el amor

Para Martha, los primeros días de diciembre fueron una época maravillosa, la mejor de una vida que había considerado perfecta hasta conocer a Greylock.

Ahora ya no recordaba ese nombre, todo lo ocupaba Petunia y su familia, de un modo que nunca hubiera creído posible. Henry y ella procuraban reservar tiempo para llevar a cabo largos paseos con Johnny, o para tomar el té en el campo, ellos tres y la señora Wilson, aprovechando las pocas ocasiones en las que todavía brilló el sol, y así disfrutar de la alegría interminable del niño.

El resto del tiempo, trabajaban juntos en la vaquería durante horas interminables, le enseñaba a leer y escribir tras la cena —un empeño más sencillo de lo que supuso en un principio; al conocer ya Henry las letras básicas gracias a la maestra de Portsmouth, solo necesitaba práctica— y se amaban cada noche, y también cada mañana.

A veces se preguntaba si no sería pecado tanta pasión, porque hacían el amor durante horas, tantas que Tom empezó a soltar comentarios burlones sobre lo poco que dormían.

—¿Quieres probar a ver lo que duermes tú en el establo de Brutus? —lo amenazó Henry durante un desayuno en el que se había mofado de las ojeras de Martha. Brutus era el toro más grande, el rojizo malencarado. Le habían dicho mil veces su raza, pero Martha no lograba recordarla. Esperaba que el enorme bicho no se lo tuviera en cuenta, si se escapaba con mala idea algún día.

Tom se atragantó con la leche que estaba bebiendo.

—Creo que no, señor Mallows.

Aquello cortó de forma radical las posibles bromas. Ni Tom ni nadie dijo nada cuando Henry se trasladó definitivamente a la habitación principal, la que ocupaba Martha, aunque la señora Wilson se mostró más feliz que nunca desde que llegaron.

—Tendrá ojeras, pero le brillan los ojos, milady —le dijo una mañana, mientras la peinaba.

—Gracias, señora Wilson —replicó ella. Alzó una mano para atrapar una de las de la anciana, y apretar con cariño—. Sé que no ha estado de acuerdo en la mayor parte de las decisiones que he tomado en los últimos años, pero le agradezco que me apoyara en todas ellas.

La señora Wilson sonrió y la besó en la cabeza, como cuando era niña.

—Creo que solo tomó una mala decisión, milady, y ambas sabemos cuál fue —olvidar todo lo que le habían enseñado en casa, por supuesto; enamorarse como una tonta de alguien a quien no hubiera debido entregarse jamás—, pero gracias a ella tenemos hoy en día a Johnny, así que creo que incluso de eso podemos alegrarnos.

Ella sonrió, enternecida, sintiéndose llena de amor. Aquel simple comentario terminó de borrar los últimos resquicios de amargura. Ya no se odiaba a sí misma, por tonta, ni siquiera odiaba a Greylock. Al contrario, le estaba muy agradecida por el maravilloso regalo que le había hecho.

—Es cierto.

—En cuanto a su marido... No, admito que al principio no pensaba que fuera el adecuado. Yo esperaba que se casase usted con sir Walter, ¿sabe? Es un poco cabeza loca, pero al menos era alguien de su nivel. Pero ahora... Ambas sabemos que ha sabido elegir, milady. Como dijo usted aquella noche, cuando reunió a su familia para anunciar su decisión, el señor Mallows es un buen hombre. Estará a su lado siempre, y eso, mi querida niña, eso es de verdad el amor. No el compartir una pasión o reír cuando la vida nos sonríe, sino estar cuando llega la tormenta y todo se vuelve oscuro.

Martha había aprendido duramente que esas palabras contenían una gran verdad. Por eso estaba tan enamorada de Henry, porque era capaz de un sentimiento tan inmenso, de darse por completo a la gente que quería. Y ella deseaba hacer lo mismo.

—Tiene usted mucha razón... —murmuró. La señora Wilson sonrió con un gracioso aire de suficiencia.

—Por supuesto, milady. Por eso sé que esta casa es bonita, pero se podría hacer mucho para alegrarla y darle un toque más elegante. Sobre todo teniendo en cuenta que se acercan las navidades, y que seguramente querrá usted recibir aquí a su familia, aunque sea para tomar algún té y enseñarles cómo es el lugar. Nunca los ha traído. —Eso era cierto. Martha había acudido a Heatherfield Manor, sola con Johnny, o con Henry, para las celebraciones, pero siempre había puesto excusas a la hora de llevar a nadie a Petunia. No era que se avergonzase del sitio, pero tampoco lo había sentido su hogar. La señora Wilson la miró a los ojos a través del espejo, mientras daba los

últimos toques a su peinado—. Sé que no era el momento, pero creo que ahora, por fin, ha llegado.

Tenía razón, de modo que Martha decidió lanzarse a redecorarlo todo, aunque, a medida que iba examinando el lugar, se dio cuenta de que aquello necesitaba un arreglo mucho más profundo. El camino de acceso quedaría bastante mejor con unos parterres a los lados y quizá unas piedras blancas marcando sus límites. El patio necesitaba algo que le diera un poco de vida, quizá una estatua de una vaca, una de la primigenia Petunia —con el nombre al pie, como la marca de la vaquería—, aunque Martha decidió que debería haber también una figura femenina, la de aquella lejana tatarabuela cuyo nombre se había perdido, pero que había sido el punto de partida, la fuerza de la que había surgido toda la familia, todo lo que tenían.

La estatua se alzaría en el centro del patio, rodeada de parterres de flores de temporada. Estaba deseando verlo en primavera. Sería un lugar bellísimo.

Ya entrando en lo más grave, todos los edificios de la vaquería necesitaban una reparación de tejados, y un saneado de fachadas, incluido un encalado a conciencia. Dado que Henry y sus padres habían primado siempre el bienestar de los animales que el de las personas que vivían allí, el interior de la casa grande era el único que necesitaba arreglos. Había que pintar techos y paredes, y sacar brillo a la madera de vigas y suelos. Todos los muebles fueron revisados y, muchos, anotados para ser retirados al desván en cuanto consiguiese otros nuevos.

La mayor parte de las lámparas podían seguir sirviendo. Además, aunque le hubiera gustado poder instalar un tendido eléctrico —en Petunia ni siquiera había gas, todo funcionaba a la antigua usanza, con velas y combustible—, las cuentas no daban ni para lo que ya tenía previsto hasta entonces.

Revisó bien todos los cálculos y no, no podía con todo, a menos que reclamara las cantidades robadas por Carter. Pero si se lo decía a Henry, seguro que le prohibiría intentarlo. La había echado del despacho para despedirlo y había dicho que aquel asunto estaba zanjado. Pero era mucho dinero, dinero que les vendría bien para dar ese lavado de cara imprescindible a Petunia.

Aprovechó entonces un día que Henry tenía que hacer un recorrido por todo Little Lake, repartiendo leche, queso, mantequillas y requesones. Habitualmente se encargaban de esas tareas sus empleados, pero le gustaba ir con uno de ellos un día al mes, al menos, para comprobar por sí mismo que todos los clientes estaban satisfechos. Además, con la llegada de la Navidad esperaba conseguir unos pedidos más sustanciosos.

En esa ocasión, era Daniel quien lo acompañaba. Martha, con

Johnny en brazos, los despidieron cerca de las ocho de la mañana.

—Dile adiós a papá —lo animó ella, y Johnny agitaba la manita en el aire, imitándola. Martha sonrió al ver reír a Henry, despidiéndose también. Estaba contenta y hubiera preferido pasar el día en la vaquería, preparando queso o haciendo cualquier otra tarea, pero, en cuanto perdieron el carro de vista, le entregó el niño a la señora Wilson—. Voy a salir, señora Wilson.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Voy a Portsmouth —admitió, porque, aunque sabía que iba a poner el grito en el cielo, alguien debía saber qué pensaba hacer, por si acaso.

Se arregló, se puso el abrigo, cogió la documentación que necesitaba y se subió al cabriolé que usaban para hacer las excursiones familiares o ir al pueblo. Se despidió rápido, para evitar que las continuas quejas de la señora Wilson terminasen por desalentarla, y se encaminó hacia Portsmouth. No tardó más de diez minutos en llegar, porque los caminos todavía estaban en bastante buen estado. En pocas semanas, con la nieve o la lluvia, sería otra cuestión.

Animada por aquella señal de buena suerte, se dirigió a la oficina de Carter. No le había costado conseguir la dirección en el despacho de Henry, a Carter le gustaba estamparlo todo con un sello de caucho y tinta, y en él constaba su lugar de trabajo.

La puerta estaba abierta y Martha entró con determinación, aunque no podía evitar sentirse incómoda por la falta de una doncella.

Lo primero que vio fue a un joven con los puños manchados de tinta, en un escritorio. Seguramente, algún secretario.

—¿Puedo ayudarla? —le dijo, sorprendido.

—Soy lady Martha Mallows, la señora Mallows —replicó, con toda la firmeza que habían impreso en ella su origen y su educación—. Vengo a ver al señor Carter.

El joven casi se atragantó. Se puso en pie de inmediato.

—Sí, por supuesto, milady. Soy Botts, su secretario. Me temo que el señor Carter no está.

—¿No está? —Martha hizo una ligera mueca—. Qué contrariedad. ¿Cuándo volverá, puede decirme?

—Está visitando a un cliente, no sé lo que tardará. No mucho más de una hora, imagino, pero no puedo...

—Perfecto. Lo esperaré en su despacho.

—Eh... No sé si... —Pero ella ya caminaba hacia el pasillo, buscando con la mirada. Como imaginaba, la puerta del fondo era la de un despacho grande y ampuloso. Una guarida propia de alguien como Carter. El secretario la había seguido de cerca, trotando con sobresalto —. Milady, sé que su marido ya no es cliente del señor Carter y...

—Sí, es verdad —lo cortó ella, tajante—. Nos ha robado. Mi padre,

el marqués, está muy enfadado por ello, y mi hermano, el conde de Sackville, quiere pegarle un tiro. A él y a todos sus compinches. —Botts abrió los ojos como platos—. Pero yo estoy dispuesta a hablar en su favor, señor Potts...

—Botts...

—Botts. Hablaré en su favor si me trae de inmediato todo documento que conserve el señor Carter sobre mi marido. Seguro que guarda un archivo por ahí, ¿verdad? —Botts tragó saliva. Martha dejó su bolsito sobre el escritorio y lo rodeó, para sentarse en el gran butacón de Carter mientras se quitaba los guantes—. Tráigalo. De inmediato.

El secretario salió y volvió al cabo de pocos minutos. Llevaba una carpeta no demasiado gruesa.

—Hay poca cosa. Pero puede que...

—Gracias, señor Botts. Será suficiente. —Dado que lo vio dudar de pie, lo miró, indicándole que quería estar sola.

—¿Desea... ? —empezó él, vacilante—. ¿Desea tomar un té?

—No, gracias. Muy amable.

—Bueno... Estaré en mi mesa, si me necesita. —Señaló una campanita—. Úsela si precisa algo.

—Gracias. Así lo haré.

Se olvidó de él en cuanto salió del despacho. Martha examinó los papeles. Ciertamente, no había mucho. Un par de documentos de tasas oficiales, y una carta de los abogados de Londres, preguntando por algunas de las irregularidades que ella había detectado. Seguro que Carter pensaba dar sus explicaciones a su modo.

También había un par de facturas, nada importante, aunque una llamó su atención. Era por un piano.

Henry había comprado un piano...

La fecha de entrega correspondía con la época en la que ella había recibido el piano desde Londres. Recordó que, en aquella época, Henry había ido varias veces a Portsmouth, alegando distintas excusas. ¿Podía ser...? Pero ¿cómo? ¡Si siempre dijo que no tenía dinero!

Un recibo le dio la respuesta.

Era una relación de joyas, cosas menores al parecer, que había vendido Carter en nombre de Henry a un joyero, también constaba su dirección. ¿Joyas? Un viejo broche al que le faltaban chispas de diamante; un par de alianzas; unos pendientes de perlas, una medalla católica...

Martha parpadeó. ¿Quién era católica, quién le había mencionado Henry, no hacía mucho? ¡Su tatarabuela, sí! Esa de la que no conservaban el nombre, pero sí ese detalle.

Sobresaltada por una mala premonición, Martha agitó la campanilla.

En dos segundos, Botts había vuelto.

—¿Sí, milady?

—¿Qué es esto? —Le mostró el recibo—. Y no intente engañarme.

Botts se puso a temblar.

—Eran... bueno, el señor Mallows trajo unas joyas de su madre, para vender y así poder comprar un piano. Para usted, tengo entendido.

Martha palideció. Así que lo que se temía era cierto. Henry había encontrado el modo de adquirir el piano, pero ella había sido tan impaciente que no le había dado tiempo a nada.

Apretó los labios. No iba a echarse a llorar frente a aquel individuo.

—Por lo que puedo deducir, la cantidad que dieron por las joyas es exactamente la del coste del piano. Que oportuna casualidad, ¿verdad? ¿Cree que debería indagar en el tema?

Botts carraspeó.

—No será necesario, milady. Yo mismo se lo diré y le ruego que, por favor, hable bien de mí a su padre y su hermano. Por favor, solo soy un asalariado. Tengo una esposa y tres hijos, y mantengo también a mi madre y mi suegra.

—Muy bien, señor Botts. —No estaba seguro de que ni así le diera pena, pero sin duda era un buen hijo. Y un buen yerno—. Lo tendremos en cuenta.

—Bien. Las joyas no valían mucho, pero todas juntas sí que superaban con creces el coste del piano. Pero el señor Carter...

—El señor Carter decidió sacar también partido de ahí. —Botts bajó la cabeza—. Muy bien. Imagino que, si lo llamamos a declarar, dirá lo mismo ante un tribunal.

Botts pareció a punto del desmayo.

—¿Será necesario, milady?

—Me temo que sí. A menos que me entregue ahora mismo la diferencia, además de las cantidades aquí relacionadas. —Le tendió el listado en el que había anotado todas las facturas duplicadas, y otros cargos falsos, extraídos de la contabilidad de Petunia—. Es todo lo que le ha robado a mi marido, algo que no estoy dispuesta a consentir. Seguro que puede comprobarlo. ¿No es así?

Sí, por el modo en que temblaron sus pupilas al ver las notas, al saltar de una referencia a otra, aquel individuo estaba al tanto de los robos de su jefe, quizá incluso sabía el modo en que se había burlado de Henry. Se los imaginó, riéndose de él, y la sangre le hirvió en las venas de pura indignación.

Eso hizo que le importase poco su destino, pero estaba dispuesta a negociar con él para encontrar una salida rápida. Quería el dinero, quería tener liquidez para arreglar Petunia, y aquel pago era castigo suficiente para ambos hombres. O quizá no. Ya vería qué hacer, en el futuro. Le pediría a Walter que investigase a cuánta gente había

perjudicado aquel canalla.

Botts tragó saliva.

—Milady…

—¿Puede hacerlo? ¿Tiene fondos suficientes? —insistió. Era una cantidad considerable, pero seguro que aquel ladrón tenía una caja fuerte en la que guardaba su botín—. No quiero un pagaré, pero le firmaré gustosa un recibo en el que se indique la naturaleza de los pagos. ¿Le parece?

Él la miraba cada vez más horrorizado.

—Milady, si hago eso, el señor Carter puede despedirme… No, me despedirá, sin duda.

—No lo hará. Dígale que es afortunado de tenerlo. Mi marido y yo podríamos denunciar semejante atropello, podríamos cerrar este despacho, destruirlo hasta los cimientos y hacer que él termine en la cárcel, pero estoy dispuesta a olvidarlo, por usted. Mientras lo conserve en su puesto, no pondremos lo ocurrido en manos de la ley. Pero, para ello, exijo el pago inmediato de lo robado, sobre todo lo referente a las joyas de la familia de mi esposo. Quiero el dinero de vuelta ahora mismo. ¿Está claro?

Diez minutos después, estaba en la calle con el dinero y los recibos de la joyería donde Carter había vendido las alhajas. Como imaginaba, ya habían fundido la mayoría, aunque todavía quedaba el broche, y pudo recuperarlo. Incluso pudo hacer que repusieran las dos chispitas de diamante, en el rato que se dedicó a hacer otras compras y encargos para la reforma de la casa.

Regresó a Petunia con la tristeza incrustada en el alma, pensando en cómo debió sentirse el pobre Henry al descubrir su piano de cola, allí, dominando el salón. Nada más llegar a la granja, buscó a Bob y a Tom y, juntos, registraron la vaquería, porque tenía que estar en algún sitio.

Al final, sí, lo encontraron. Estaba en la cueva, al fondo, oculto en las sombras.

Como las almas de sus antepasados.

Capítulo 12

Digamos que alguien ha tenido un mal día, pero el nuestro no ha podido ser mejor

Henry se sentía totalmente agotado.

Habían hecho buen negocio, al menos; no solo habían vendido todo el material, sino que habían conseguido varios encargos que los tendrían trabajando durante meses, lo cual no podía ser mejor noticia, porque significaba que Petunia iba a prosperar mucho en los siguientes años. Ya tenía en mente unas posibles ampliaciones, y la compra de un material para que el trabajo resultase más cómodo. Quizá incluso contratar a alguien para contar con más tiempo libre, y poder pasarlo con Martha y con el niño. Todo se lo iban a poder permitir.

Pero mientras conducía el carro a través de las puertas de la valla de la entrada al patio central, estaba tan cansado que se preguntaba si se desmayaría de un momento a otro. Por eso, al principio, pensó que la música eran imaginaciones suyas.

Sin embargo, a su lado, Daniel frunció el ceño.

—¿Y esa música? —preguntó, sorprendido, cuando se detuvieron junto a la cochera.

Henry parpadeó antes de saltar al suelo. Sí, cierto, estaba sonando una melodía muy agradable, una de esas músicas de compositores antiguos que tanto le gustaban a su esposa. Pero no tenía sentido. En otras circunstancias, hubiera supuesto que venía de la casa grande, que Martha estaría tocando su precioso piano de cola para alegrar la noche a los demás, pero no. Venía de más al fondo.

Venía de la vaquería...

Atónitos, los dos hombres dejaron la descarga de las cajas para otro momento —al fin y al cabo, lo habían vendido todo y estaban vacías— y fueron hacia allí, como polillas atraídas por la luz de una llama. Lo

lógico hubiera sido que el lugar estuviera ya a oscuras a esas horas, con los animales dormitando tranquilamente.

Pero no, esa noche había un resplandor. Ayudados por él y guiados por la música, pasaron la zona de los toros y llegaron a la de las vacas.

Henry se quedó clavado en el sitio.

Martha estaba en uno de los extremos, tocando su piano, el piano que había comprado por intermediación de Carter. Alguien lo había montado, lo había montado *allí*, y ella tocaba una melodía suave, muy romántica. Y juraría que las vacas lo estaban disfrutando.

—Vete, Daniel —le susurró a su empleado—. Deja todo y vete a dormir. Ya seguiremos mañana.

Daniel sonrió.

—Sí, señor Mallows, por supuesto. Hasta mañana.

Cuando se quedó solo con ella, Henry caminó lentamente. Era como estar contemplando una imagen en una pompa de jabón, no quería romper el hechizo, no quería que desapareciera. Pero resultaba tan increíble...

Se detuvo a su lado y esperó a que terminase. Martha lo miró y sonrió, y Henry sintió un nuevo tirón en el corazón cuando vio que llevaba prendido en el pecho el broche de su madre.

Lo había arreglado, ahora mostraba los tres diamantitos perfectos, y lo habían pulido de tal modo que brillaba con fuerza en la penumbra de la vaquería. Y Martha lo llevaba puesto con orgullo, ella, que era una reina, que había lucido joyas mil veces más valiosas. Que había renunciado a diademas y collares que valían muchas veces esa granja, solo por estar allí.

Una nota, dos... La música se detuvo, con suavidad.

—Buenas noches, señor Mallows —le dijo lady Martha. Henry intentó hablar, pero no pudo. Sintió la garganta reseca—. Me encanta mi regalo. Gracias.

—¿Cómo...?

—Digamos que alguien ha tenido un mal día, pero el nuestro no ha podido ser mejor. —¿Hablaba de Carter? ¿Cómo podía haberse enterado de lo que había hecho aquel hombre? Pero decidió que nada de aquello importaba en realidad. Ya lo aclararían en algún momento —. Lo único que cuenta ahora mismo es que me encanta el piano, esposo mío. Muchas gracias.

—No es necesario, Martha. —Henry metió las manos en los bolsillos y miró el instrumento con tristeza—. Ambos sabemos que no es ni la mitad de bonito que el que tienes en el salón.

Ella agitó la cabeza.

—Ese no es ni la mitad de querido, te lo aseguro, Henry Mallows. De hecho, estuve valorando la idea de poner este en el salón y traer el de cola aquí, pero me temo que las pobres vacas tendrían problemas de

espacio.

—¡Dios, no! —exclamó él, horrorizado ante la idea de tener un piano de cola estorbando en la vaquería. Ese apenas se notaba, pegado a la pared. Encajaba de un modo natural en aquel sitio, apropiado, como si hubiese sido creado para estar allí. Ese era su lugar—. Gracias, Martha.

—No hay de qué. Pero tienes que prometerme que vas a afrontar la vida de otra forma. Ser orgulloso y avergonzarse de uno mismo son extremos que conducen a mucho peligro. No tienes por qué abochornarte de las carencias que no son tu culpa, ya te lo he dicho muchas veces. Y no puedes dejar que el orgullo te ciegue hasta el punto de permitir que canallas como Carter se aprovechen de ti.

Él cerró los ojos y suspiró.

—Lo sé, esposa mía. Estaba tan... confundido por todo que me dejé llevar. Pero he aprendido la lección.

—Me alegra saberlo.

—Eres una mujer muy lista, Martha.

—Gracias. Tú también lo eres. Listo. No tardarás en descubrirlo. —Pasó un dedo a lo largo de las teclas, arrancando un sonido único—. Me dijiste que el bienestar de los animales era lo más importante. ¿No crees que les gustará oír música a ratos?

Henry sonrió.

—Estoy seguro de que sí, milady.

—Me alegra saberlo. Porque tenemos que vender mucho queso, mucha mantequilla y mucha leche. ¡Vamos a necesitar un buen montón de dinero!

—¿Y eso?

—Tengo que confesar que he hecho demasiados encargos en Portsmouth a tus espaldas. He contratado una cuadrilla de hombres para arreglar los edificios, he comprado muebles para renovar los que ya tenemos y, asómbrate, he llegado a un acuerdo con un artista local para que nos haga una estatua preciosa, aunque esa tardará algo más, no estará para las navidades.

Henry se echó a reír.

—¿Una estatua? ¿De qué tipo?

—Del que hace justicia y se ocupa de que no se olvide lo importante. —La miró más intrigado todavía, pero ella le devolvió una sonrisa sibilina—. Ya te lo contaré. Lo importante ahora mismo es que muchos ya están pagados, pero otros no, y mañana vendrán para empezar todos los arreglos, antes de que llegue mi familia de Londres. Este año, quiero que vengan a visitarnos cuantas veces quieran. Quiero que también formen parte de Petunia.

—Por supuesto. Son tu familia. Por tanto, son mi familia.

Martha se movió ligeramente, dejando sitio en el banco del piano.

—Me temo que va a tener que perdonarme, señor Mallows —bromeó, iniciando una nueva melodía, que pareció extenderse con suavidad por el sitio—. Porque voy a hacer muchos cambios en Petunia.

Él sonrió, sintiéndose lleno de amor y agradecimiento, y se acomodó con ella, dispuesto a permanecer a su lado por siempre.

—Ya los ha hecho, milady.

Epílogo

Está usted muy elegante, señor Mallows

El pueblo entero se reunió en la plaza el día del regreso del doctor John Sinclair.

Martha había acudido con Sarah y sir Walter, que ya llevaban una semana en Little Lake, junto con el resto de los amigos y familia de Londres. Habían ido a buscarla a Petunia media hora antes del té porque Henry había alegado que no podía ir con ellos a la celebración. Con los pedidos que les había conseguido Edward y los que había logrado él por sí mismo, tenía mucho trabajo, y bien le constaba que era cierto.

A esas alturas, Martha ya sabía que Petunia absorbía todo el esfuerzo que pudieran darle todos y más, hasta dejarlos agotados. Entendía mejor que nunca lo que había dicho Henry una vez sobre cómo había consumido las almas de sus antepasados. Vale, la labor en una granja era un trabajo interminable...

Pero ¿qué hubiera podido importar hacer un día las tareas un poco más tarde, o pedir a los trabajadores que las llevaran a cabo a solas, por ese día?

Sarah iba a ir con su esposo, y Edward estaría con Gladys. Las únicas sin pareja, al menos durante un rato, serían Helen y Touie, ya que el marido de la primera y el prometido de la segunda, el doctor Arthur Conan Doyle, iban a acompañar al doctor Sinclair desde la cárcel. Se reunirían con todos ellos en cuanto llegasen.

Pero Martha estaría sola todo el tiempo. Casada, pero siempre con un marido ausente, así se sentía la mayor parte de las veces, cuando iba a tomar el té a algún lado o de compras a Portsmouth, o incluso a comer o cenar a Heatherfield Manor. Era desesperante, pero, como siempre, había decidido no insistir.

Si Henry no veía dónde estaba lo importante, no sería ella quien se lo señalara.

Tras mucho pensarlo, decidió que seguro que así se había sentido su

tatarabuela, la que perdió el nombre en beneficio del de la vaca. Petunia se recordaría por siempre. A ese paso, el de Martha no lo recordarían ni sus nietos.

«Estás siendo injusta», se dijo, y sabía que era cierto. Henry se deslomaba por trabajar, cada hora del día, y lo hacía por ellos, por la familia. Pero estaba enojada y triste. Se le pasaría.

Ya en Little Lake se habían reunido con Edward, Gladys y sus hijos, y con los marqueses, y se habían sentado todos en una mesa de la terracita de lo que hasta el verano había sido la tetería de la señorita Taylor. Tras su terrible muerte —un asesinato que dio mucho que hablar en un pueblo en el que cada cierto tiempo pasaba algo realmente escandaloso—, la había arrendado una viuda de la localidad que la atendía con sus dos hijas. Ahora se llamaba A Little Cup of the Lake —en referencia al hecho de que hacían el té con agua del lago—, aunque todos se referían a él como el «Little Cup».

No hacían unos tés tan deliciosos como los de antes, pero sus tartas sí estaban a la altura y, como decían los lugareños, al menos estas no estaban envenenadas. No de momento.

Esa tarde, con el acontecimiento que tenía en vilo a todo el pueblo, el local estaba lleno a rebosar, y también la plaza, en la que se agolpaban prácticamente todos los vecinos. Martha vio que se acercaban las hermanas Dobson, acompañadas de su criada, justo un segundo antes de que Helen se pusiera en pie para ir a darles un beso.

—¡Helen, querida! —dijo una de ellas, Martha nunca sabía distinguirlas. Tampoco recordaba sus nombres, a decir verdad—. ¡Cómo nos alegramos de verte aquí!

—¿Vas a quedarte? —añadió la otra—. ¡Oh, por favor! ¡Dinos que sí!

Helen se echó a reír, y Martha pensó en lo distinta que estaba desde que se casó con el doctor Keller y se decidió a estudiar. Ya no era aquel ratoncillo temeroso hasta de su sombra, con una personalidad fuerte contenida por mil miedos. Ahora era una mujer decidida, que buscaba forjarse un futuro por sí misma. Se alegraba por ella. Siempre le había inspirado una gran simpatía.

—Me temo que no, señoritas Dobson —les dijo Helen, para decepción de las ancianas—. Solo he venido a pasar un par de semanas, luego tengo que volver a Londres, y me queda por delante un curso muy intenso. ¡Pero ya queda menos! —añadió con entusiasmo—. Ustedes saben que, en cuanto consiga el título, me estableceré aquí.

—Será una gran alegría. Aunque, todo hay que decirlo, tu marido es un médico excelente, querida. ¡Consiguió curar la migraña de Mildred!

—¡Y ha mejorado mucho el reuma de Maggie!

Helen se echó a reír.

—Me alegro mucho.

—Gracias, niña. —La señorita Dobson que hablaba, Maggie, si no se equivocaba, miró algo más allá, hacia Sarah—. Sarah, querida, estás muy guapa.

—Ahora es lady Sarah, Mildred. —Pues no. Martha suspiró: se había confundido. Era la otra—. Igual que Gladys es lady Gladys.

—Oh, es cierto, Maggie.

—No importa, tranquilas —replicó Sarah—. Sarah está bien, pueden seguir llamándome así; de hecho, lo preferiría. Y, gracias. La verdad es que ahora mismo me siento muy feliz. —Sonrió con amplitud, repitiendo la noticia que había dado a la familia el día anterior—. Estoy esperando un hijo.

Las dos ancianas estallaron en exclamaciones de alegría.

—Oh, querida, ¡qué bien!

—¡Y después de lo mal que lo pasasteis con el asunto de...! Bueno, todo el mundo habla de lo que ocurrió con Moira.

—Ustedes la conocían, ¿verdad? —preguntó Gladys, intrigada.

—Sí, claro que sí, Gladys, querida —dijo una de ellas, y se fueron turnando en el relato de lo ocurrido de tal modo que Martha comprendió que daba igual quién decía una cosa o quién decía la otra. Todo formaba parte de una sola historia que llegaba de un lejano pasado—. Éramos muy amigas, de jovencitas. Salía con nosotras de paseo antes de empezar su relación con el doctor Sinclair.

—Se enamoró como una loca de él. ¡Qué alegría tenía, qué contenta estaba, y qué tristeza la consumió cuando la dejó!

—A mí me daba mucha pena.

—Sí, a mí también. Decía que no, simulaba que no, pero ya nunca fue la misma.

—Cuando lo detuvieron, estaba destrozada.

—Pero luego supo hacerse imprescindible para el baronet.

—Se ocupaba del niño. Yo pensé que lograría casarse con él. Por eso me extrañó tanto lo de su... bueno, su muerte.

—Muerte fingida.

—Sí, hermana. Ahora lo sabemos. Pero, entonces, fue algo muy real, y terrible. ¿Recuerdas?

—Claro que sí. —La anciana agitó la cabeza—. Moira era una joven encantadora.

Sarah arqueó una ceja.

—Creo que era alguien que sabía simularlo.

—Supongo...

—El doctor Sinclair sí que era encantador, muy buena persona —dijo la otra anciana—. Más de una noche vino a casa para atender los achaques de nuestra abuela. Fue muy triste ver cómo lo detuvieron. El pueblo entero lo abucheaba. Lo llamaban «asesino». Él estaba como...

—Como aturdido. No era capaz de reaccionar, creo.

Martha pensó que era lógico. Si a ella la hubiesen acusado de asesinar al amor de su vida, a Henry, también hubiera estado aturdida. Porque no solo implicaba el terrible dolor de perder a la persona amada, sino que se lo acusaba de su muerte, algo por completo espantoso. Pocas personas hubieran podido superar algo así.

El sonido de un carruaje acercándose interrumpió la extraña charla. Por El Puente, el tramo de tierra que unía el islote en el que se levantaba el centro de Little Lake con la orilla del lago, llegaba un landó negro y grande, muy elegante, con el escudo del marqués de Northway en sus portezuelas, porque el padre de Martha lo había cedido para la ocasión. La joven observó cómo todo el pueblo centraba su atención en él y se apartaba a su paso, para dejar que llegase al centro de la plaza.

Allí se detuvo. El lacayo bajó y abrió la portezuela, y el doctor Arthur Conan Doyle fue el primero en bajar, con un movimiento ágil que hablaba de su vida, tan deportista. Mientras ayudaba a continuación a descender a un anciano muy delgado, por la otra puerta salió el doctor Keller, el marido de Helen, que se apresuró a dar la vuelta al vehículo para colaborar. Walter, que había estado hablando con Edward, se despidió y se fue con ellos. Era el baronet, el dueño de casi todo lo que se veía, así que iba a estar en el estrado, con las otras autoridades.

El doctor John Sinclair era un hombre menudo y delgado, de escaso pelo blanco, sonrisa triste y grandes ojos azules. Martha lo miró con lástima, pero, a la vez, con admiración. Al margen de la culpa que pudo tener en lo sucedido —al fin y al cabo, nadie podía ser forzado a amar—, había sufrido una prueba terrible, pero allí seguía, medio siglo después, luchando por seguir adelante.

Martha sabía, porque se lo habían comentado sus amigas, que había hecho una gran labor como médico ayudante en enfermería de la cárcel, donde había trabajado siempre por la salud de empleados y reclusos sin recibir ningún sueldo a cambio. Para ser alguien a quien le habían robado la vida, había que reconocer que había sabido aprovechar al máximo lo que le había quedado.

Lo condujeron hasta la tarima adornada con hojas de acebo y guirnaldas de papel, que habían situado junto al ayuntamiento, en la que lo esperaban las autoridades.

El alcalde Hook se adelantó a recibirlo, ayudándolo a subir con la mano que estrechó como saludo.

—Apreciados habitantes de Little Lake —dijo a todos, cuando el anciano estuvo ya a su lado. Sir Walter subió también, y el doctor Doyle, pero el doctor Keller buscó con la vista el grupo de su esposa, y fue a reunirse con ella. Mientras veía su complicidad en las sonrisas y en el modo en que se tomaron del brazo, Martha sintió un dolor sordo

en el pecho. La soledad era un peso terrible. Lo que le hubiera gustado poder mostrarse así—. Vecinos, vecinas, amigos todos, estamos aquí esta tarde para recibir con todo nuestro afecto a un ciudadano con el que tenemos una deuda antigua, larga y terrible. Hay quienes eran de la opinión de que era mejor no celebrar ningún acto público, que era mejor callarlo y dejarlo estar, seguir sin más como si no fuera importante que alguien como el doctor Sinclair volviese a casa, pero creo que todos debemos mostrar nuestra alegría por la restauración de la justicia. Y debemos mostrar nuestro profundo arrepentimiento al habernos dejado llevar por las apariencias en...

—¡Eh! ¡Yo no había nacido! ¿También tengo que disculparme? —Se oyó una voz. Martha arqueó una ceja y se echó a reír entre dientes. Era aquel descarado de Tom el Rizos, tan osado como siempre—. ¡Y, por cierto, jamás me hubiera dejado llevar por las apariencias ni...! ¡Ay! —exclamó cuando alguien lo agarró por una oreja.

Hubo algunas risas. Martha no rio. Se había quedado conmocionada, viendo que era Henry el que le decía algo a Tom antes de soltarlo y avanzar hacia ella.

Un Henry muy diferente al que estaba acostumbrada.

Le habían cortado el pelo y estaba perfectamente afeitado, la primera vez que no lo veía con aquella eterna barba de pocos días que, aunque lo hacía muy atractivo, no hubiera sido adecuada para una celebración como esa. Llevaba también un traje oscuro, con camisa muy blanca y chaleco bordado en hilo de plata. Los zapatos, impecables, lucían hermosas hebillas doradas.

Pocos hombres había tan atractivos como su marido en aquella plaza, y Martha sintió que se derretía de amor y de deseo. El segundo tendría que esperar, pero el primero, no.

Avanzó un paso y se puso de puntillas para darle un beso, que él se apresuró a devolver.

—Hola, amor mío —le dijo. Martha sonrió.

—Está usted muy elegante, señor Mallows.

Él sonrió, algo tímido.

—Lo mismo digo, milady.

—Creí que no ibas a venir.

—Pensé que querrías que viniera. Pero no deseaba que me vieran desaliñado en público, a tu lado. De modo que hablé con tu hermano y con Walter, para hacer algunos arreglos y darte una sorpresa.

—¡Me has atormentado con la idea de que te quedabas haciendo quesos!

Él se echó a reír.

—Si aprendí algo de mis padres es que hay que vivir el momento y compartirlo con la persona amada, no solo vivir para trabajar. Petunia se llevará mucho de mí, pero soy totalmente tuyo. —Le ofreció el

brazo. Ella lo tomó y su corazón dio un brinco en el pecho. No estaba sola, ya nunca lo estaría, se encontraba con él. Formaban una fuerza conjunta frente a la vida—. Por eso lo organicé todo para poder tomarme el día libre contigo.

—Muchas gracias. —Le sonrió. Él asintió.

—A excepción del joven Tom, que no había nacido y todavía no había robado ninguna vaca —estaba diciendo el alcalde, intentando contemporizar. Se oyeron algunas risas—, todo Little Lake quiere presentar sus excusas, doctor Sinclair. Quiere hacerle saber que el pueblo entero se arrepiente de lo ocurrido, que se alegra del hecho de que se haya resuelto el asunto para bien, y que nos sentimos orgullosos de que haya decidido volver a establecerse entre nosotros. Por favor, reciba nuestro respeto y nuestra más sincera admiración.

Todos aplaudieron al anciano. Luego, el alcalde se apartó a un lado, indicándole que hablase. John Sinclair dio un paso vacilante al frente. El doctor Doyle acudió presto a sostenerlo por un brazo.

Los ojos azules del doctor Sinclair barrieron la plaza con lentitud. Martha tuvo la impresión de que estaba viendo una imagen de otros tiempos.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo el anciano, con una voz vacilante pero sonora—. Pero el joven Tom tiene razón: pocos de los que están aquí tuvieron nada que ver en lo sucedido, y quienes sí tienen la edad supongo que no tienen la culpa de nada, tampoco. Agradezco el recibimiento y, sobre todo, agradezco a las personas que han participado en la investigación de lo ocurrido, y que ha propiciado mi liberación. Lady Gladys, lady Sarah, la señorita Hawkins y la señora Keller... Los doctores Doyle y Keller y, por supuesto, sir Walter. Yo... No he vivido, pero de no ser por ellos ni siquiera hubiera muerto en paz. Durante muchos años yo mismo me he preguntado si no me habría confundido al preparar aquel tónico. Había empezado a beber demasiado y tuve un justo castigo por ello. Pero me alegra saber que no tuve culpa en la muerte de mi amada. —Miró de reojo a sir Walter, nieto de lady Pamela, la víctima de aquel crimen atroz—. Porque yo la amaba. La última vez que la vi fue aquí, ¿saben? —Señaló hacia donde estaba Martha, más o menos—. Ahí había un banco.

—Cierto, lo había —asintió una de las señoritas Dobson.

—Pasé por su lado, estaba sentada y leía un libro. Estaba bellísima. Dijimos que nos veríamos al día siguiente...

Se hizo un silencio pesado. Martha sintió los ojos llenos de lágrimas. Así era la vida, podía parecer eterna, pero de pronto podía romperse y cambiarlo todo. Por eso había que aprovechar siempre cada momento, cada instante con la persona amada, y hacerle saber cuánto la querías.

Se aferró con más fuerza a Henry, que la miró de reojo y le palmeó

la mano.

—¿Me das palmaditas como a las vacas, señor Mallows? —le preguntó ella, fingiéndose ofendida.

Henry se echó a reír.

—Perdón. Es la costumbre.

—También apreciaba mucho, enormemente, a la señorita Moira Taylor —había seguido diciendo el anciano doctor Sinclair, retomando el hilo de aquella historia. Parecía confuso, desconcertado—. Aún ahora me cuesta creer que fue ella la que estuvo siempre detrás de todo. Pero supongo que, como dice mi buen amigo, el doctor Doyle, cuando eliminas toda solución lógica a un problema, lo ilógico, aunque imposible, es invariablemente lo cierto y...

Se tambaleó, y el doctor Doyle avanzó al momento para sostenerlo. Tras intercambiar unas palabras con él, sir Walter se adelantó en el estrado.

—Damas y caballeros, insignes vecinos de Little Lake, el doctor Sinclair está cansado. Seguro que todos sabremos disculparlo, han sido muchas emociones en un día. Diré, en su lugar, que hoy es una jornada muy feliz para todos. Un tiempo de inmensa alegría. Él ha vuelto a su casa, la casa en la que siempre debió vivir, y nosotros hemos logrado que se hiciera un poco de justicia en el mundo. Es, sencillamente, maravilloso. Y, sin más, si alguien quiere hacer alguna pregunta antes de irnos todos a celebrarlo con un poco de champán y...

—¡Yo! —gritó lady Sarah alzando la mano—. ¿Quiere casarse conmigo, sir Walter?

Él se echó a reír, como el resto de los presentes.

—Las veces que quieras, amada mía.

Hubo más voces y risas, y, en medio de todo ello, Martha sintió la mano suave de Henry, rodeando su talle.

—¿Quieres casarte conmigo, lady Martha? —le susurró junto al oído, provocándole una sensación maravillosa. ¿Se refería a una boda? ¿Una boda de verdad? ¿Una sentida?

Sí, seguro que sí.

Martha sonrió, poniéndose de puntillas para darle un beso, y otro a su hijo.

—Cuando quieras. No se me ocurre marido más conveniente.

Fin

Próximamente

Una mañana en el Támesis

Serie Un día en el Támesis 1

Bethany Bells

Prólogo

—*¡Ya lo tengo! —exclamó Arthur* Ravenscroft, primogénito del duque de Manderland y marqués de Badfields, mientras se dirigía al rincón del salón del club Brooks's en el que sus amigos, James Keeling, duque de Gysforth, y Edward Truswell, marqués de Rutshore, tomaban un té y leían el periódico.

Ambos le miraron divertidos.

—Buenos días también a ti, Badfields —le dijo James. Dejó el periódico sobre sus rodillas y le hizo una señal a uno de los criados, para que trajesen una nueva taza de té. Iba a necesitarla para afrontar la sesión en la Cámara de los Lores a la que tenía que asistir en poco más de una hora. Después de haber acompañado a sus hermanas de fiesta en fiesta hasta altas horas de la noche, lo único que le apetecía era echarse a dormir un rato—. Veo que el entusiasmo te ha hecho madrugar hoy.

—Vamos, que por una vez, algo te ha hecho madrugar —añadió Edward con sorna—. ¿Dónde está Henson? Habría que tomar buena nota en los anales del club.

—¡Ah, señores, soy inmune al sarcasmo, sobre todo a estas horas, deberíais saberlo! —Arthur se dejó caer en el sillón libre y cruzó las piernas, todo en un movimiento elegante que hubiese aplaudido el mismísimo *Beau* Brummell—. Pero bueno, a lo que importa: ¿recordáis lo que comentamos el otro día sobre que los retos del libro de este

club no podían haberse vuelto más tediosos?

Se refería al libro de apuestas de esa institución, en el que los miembros anotaban los desafíos que se les ocurrían, sobre cualquier clase de temas: el tiempo, los deportes, las circunstancias políticas…

Y las mujeres, claro. Siempre las mujeres.

—Por supuesto —asintió James—. Se apuesta por apostar. Por lo general, no hay modo de influir en el resultado. Es un tema que no tiene mayor gracia.

—Tedioso es el término. —Arthur sonrió de oreja a oreja—. Pues aquí tenéis mi propuesta, la solución: ¡un paseo por el Támesis! ¡En barca!

—¿En barca? —repitió Edward.

—Sí. Desde el embarcadero de la casita de Sleeping Oak. No te importa, ¿verdad, Gysforth? —le preguntó, ya que se trataba de una de sus propiedades en el campo—. Es el lugar ideal.

James y Arthur intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

—No, importarme no, en absoluto —dijo James—. Pero ¿eso es lo que entiendes por un reto motivador, Badfields? ¿En serio?

—Sí, porque añadiremos ciertas condiciones. —Alzó un dedo en el aire—. Primero, y obvio, la joven debe ir voluntariamente. Nada de secuestrar a nadie.

Hubo un instante incómodo, porque precisamente la hermana pequeña de Arthur había desaparecido cinco años antes, tras escapar de su casa por culpa de una discusión con sus padres. Los duques de Manderland se habían empeñado en establecer un compromiso matrimonial para ella con alguien que le resultaba detestable. La joven Minerva, que era tan testaruda como su hermano, no se lo pensó dos veces y salió por la ventana de su dormitorio, una medianoche.

Desde entonces, nadie había vuelto a verla.

Arthur estaba convencido de que su hermana había acabado mal, atrapada en las redes de las bandas criminales del Londres más oscuro. De otro modo, tras pasarse su primer disgusto, se hubiese puesto en contacto con él, sin duda alguna. Pero no lo hizo y, a pesar de todo su empeño, del poder del duque de Manderland y de la cooperación completa de las fuerzas de la Guardia y el apoyo del propio rey, todavía no habían logrado encontrarla.

Seguro que, tras decir aquello del secuestro, Arthur pensó en Minerva, porque parpadeó ligeramente y se apresuró a seguir hablando para olvidarlo, levantando otro dedo.

—Segundo: debe ser una desconocida a la que no hayamos visto nunca hasta llegar allí. —Sí, eso lo complicaba bastante, aceptó James. Así ya lo veía muy difícil de lograr. Y eso que todavía quedaban a saber cuántos dedos—. Tercero: no podemos pagarle para que vaya, obvio también, sería demasiado fácil.

—Así que no podemos contratar una prostituta.

Arthur se echó a reír.

—No, Gysforth. Ni siquiera una damisela que trabaje en una fábrica y que necesite un par de libras para comprarse un sombrero nuevo.

—O comer bien por una vez en su vida —gruñó Edward, algo molesto por la falta de sensibilidad de su amigo—. O una medicina para sus pulmones, o lo que sea. Ni te imaginas cómo vive alguna gente.

—Bueno, sí. Sí que lo sé, hombre, no te pongas así. —Arthur agitó la cabeza—. No empecemos, lord Rutshore, caballero de las causas perdidas. No quise parecer inhumano.

Era cierto, Arthur no era particularmente inhumano, solo un hijo de su tiempo y su clase. Indolente, cínico, egoísta, hedonista… Pero no era malvado. Hasta podía preocuparle la vida de las gentes amontonadas en las zonas más oscuras de Londres, sin esperanza alguna de mejorar, o la de los trabajadores de las fábricas, que se dejaban la salud día a día para que se enriqueciesen otros; eso sí, solo lo lamentaba durante los pocos segundos que desperdiciaba pensando en ellos. Su único punto realmente sensible era, y seguiría siendo siempre, Minerva.

Edward, por su parte, tenía mucha más conciencia social y solía participar en actividades para la mejora de la vida de los más desfavorecidos. Quizá ese querer a la gente era lo que le había hecho inclinarse por el estudio del ser humano a lo largo del tiempo. Con los años, se había convertido en un buen historiador, como lo había sido su padre, y colaboraba con distintas universidades, como Oxford o Cambridge, y con el Museo Británico.

James, y también Arthur, se sentían muy orgullosos de él. Edward se estaba haciendo un nombre entre los círculos más eruditos. Claro que, por eso, últimamente se pasaba la mayor parte del año viajando por toda Europa, entre conferencias, investigaciones y visitas a museos, y se le echaba mucho de menos.

En cualquier caso, no sería la primera vez que Arthur y Edward se enzarzaban en una estéril discusión sobre la situación del Londres trabajador. James consideró que era mejor intervenir.

—Pero, si no la hemos visto nunca y no podemos contratarla, ¿cómo demonios vamos a invitarla?

Arthur alzó ambas manos mientras se encogía de hombros.

—A mí no me preguntéis, caramba. Ahí entra el ingenio de cada uno, caballeros. Y esperad, que todavía no he terminado. —Alzó un dedo más—. Cuarto: en la barca, solo pueden estar dos personas: aquel de nosotros que esté llevando la apuesta, y la dama conseguida. Ni doncellas, ni familiares, ni… ni un ahogado en el Támesis al que se ha de recoger para salvarle la vida, caramba. Nadie.

—¡Peor me lo pones! —exclamó James—. ¿Qué dama respetable va a aceptar estar así a solas con un desconocido?

—Pensad, pensad. Es un reto, un desafío. ¿Os interesa?

—No está mal —admitió Edward a regañadientes—. ¿Algún plazo en concreto? ¿Quizá una semana, para lograrlo?

—No lo había pensado, pero me parece bien.

—No sé. —James dudó—. A diferencia de otros, yo soy un hombre ocupado. Una semana me parece poco tiempo, si tengo que ingeniármelas para hacer llegar la invitación a una mujer que todavía no sé ni quién podrá ser.

—Muy bien. Pongamos que hay que conseguirlo en un mes. Si se necesita más tiempo, se dice. Estoy seguro de que todos sabremos ser comprensivos. —Los otros dos asintieron, satisfechos con la idea—. Además, para añadir emoción a nuestras monótonas vidas, daremos ese paseo por turnos: uno de nosotros lo hará por la mañana, otro por la tarde y otro por la noche.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo decidiremos eso?

—Sencillo. He venido preparado. —Sacó tres piedras pequeñas del bolsillo, del tamaño de unos dados. Una era blanca, otra gris y otra negra. Todas habían sido bien lavadas y pulidas. Arthur era muy puntilloso en los detalles—. La blanca será la mañana. La gris, la tarde, y la negra, la noche. Eso mismo decidirá los turnos. El de la mañana será el primero.

James bufó.

—Pero, hombre, al pobre que le toque la noche, le va a resultar imposible.

—Para algunos, quizá —replicó Arthur, con una sonrisa petulante—. La cuestión es, ¿te tocará a ti, Gysforth? ¿Estás dispuesto a arriesgarte? ¿Y tú, Rutshore? ¿O no os seduce la apuesta?

James y Edward volvieron a intercambiar una mirada.

—Siempre has sido ingenioso, Badfields, lo reconozco —admitió Edward—. Y, total, no perdemos nada por probar, quizá hasta sea divertido. Por mí, perfecto. Adelante.

—Por mí, también. —James asintió, aunque más que nada porque les vio interesados en la idea. Ni siquiera sabía si iba a poder cumplir. Últimamente andaba muy ocupado con los temas políticos, por no hablar de que su tía Hetty estaba empeñada en organizarle también un matrimonio a él, esa misma temporada. Bueno, edad tenía, porque estaba a punto de cumplir los veintiocho años. Ya era hora de sentar la cabeza y dar un heredero al ducado—. Veamos adónde nos lleva todo esto.

Arthur rio.

—Al Támesis, por supuesto. —Miró alrededor, fue hacia la chimenea y cogió uno de los jarrones—. ¡Henson! ¡Señor Henson!

—Excelencia… —dijo el camarero jefe de Brooks's, mientras se acercaba con aquella asombrosa combinación de servicial dignidad tan habitual en él.

—Por favor, ¿puede hacernos los honores? —Le entregó el jarrón y las tres piedras—. Tenemos que sacar una cada uno.

—Por supuesto, milord. Deje que le felicite por su buen gusto en porcelanas. Este Josiah Wedgwood es una pieza exquisita, sumamente delicada.

—Ha cogido un jarrón cualquiera, dudo que se diera cuenta de ese detalle, Henson —replicó Edward—. O que sepa siquiera quién fue Wedgwood.

Arthur rio.

—Si está muerto, como la mayor parte de tus conocidos, ni siquiera me interesa saberlo. —Hizo un gesto de disculpa hacia el empleado del club—. Pero, gracias, Henson, prometemos no romper el jarrón.

—Nunca me hubiese atrevido a mencionar semejante posibilidad, excelencia —replicó imperturbable el camarero.

—Desde luego, desde luego. Vamos a proceder a…

—Pero, espera, espera un momento, Badfields —le cortó James—. Antes de nada… ¿qué nos apostamos?

Arthur le miró desconcertado.

—¡Pero hombre! Eso es lo de menos, lo que cuenta es ganar.

—Ah, bueno, supongo… Pero algo habrá que poner, ¿no? ¿Usted qué opina, Henson?

El hombre asintió, muy serio.

—Sería lo apropiado, desde luego, excelencia.

—Está bien. —Arthur se encogió de hombros—. Pues, no sé… ¿Mil libras a cada uno de los otros dos?

—Caramba. Para no importar qué se podía ganar, has puesto una buena suma.

—Tampoco es tanto. Solo suficiente para recordarlo. Bien, ¿vamos a ello? Henson, proceda usted mismo, en el orden que quiera.

El camarero jefe cogió el jarrón, lo puso boca abajo para que se viera bien que estaba vacío, depositó en su interior las tres piedras y lo agitó apenas, levantando un sonido tintineante de cerámica. Luego, se lo ofreció a Edward.

—La mano extendida, lord Rutshore. Y aparte la manga, por favor.

—Henson, por Dios… Ah, está bien. —Edward metió la mano como indicaban y sacó una piedra. Era la gris—. Ajá, perfecto. Ni pronto ni tarde, el momento justo. Como a mí me gusta.

—Eres un hombre poco emocionante —afirmó Arthur. Cuando Henson le tendió el jarrón, sacó la piedra negra—. Al contrario que yo.

—Sí, ¿eh? Me encantará ver cómo convences a una dama para ir al

Támesis a dar un paseo de noche. A solas.

Arthur se echó a reír.

—A mí también.

Henson se volvió hacia James.

—Su turno, lord Gysforth.

James arqueó una ceja.

—Hombre, Henson, solo queda una piedra. No creo que sea necesario… Oh, como quiera —claudicó, al ver la expresión del hombre, que no se movió, ni siquiera pestañeó, mientras le ofrecía el jarrón—. A ver, veamos qué me ha tocado… ¡Vaya, qué sorpresa! —Sacó su piedra. Era la blanca—. Una mañana en el Támesis.

Capítulo 1

Aquel día hubo una sesión doble en el Parlamento, con discusiones muy tensas, tal y como había esperado. Por esa razón, James no volvió al club hasta bien entrada la tarde y, para entonces, hasta se había olvidado de su apuesta. La recordó al ver a Henson, ocupado en asegurarse de que todos los caballeros presentes estaban debidamente servidos.

—Bienvenido, lord Gysforth —saludó, tan cortés y tan serio como siempre. Le ayudó a quitarse el abrigo y tomó también su bastón y su sombrero. Se los pasó a uno de los criados—. ¿Va a cenar con nosotros esta noche?

—No, gracias, Henson. Ya he comido algo de camino y me retiraré temprano. Tengo que recoger a mis hermanas y a mi tía en su casa, para acompañarlas a la fiesta de lady Wallace. —Suspiró—. Ojalá no estuvieran en plena temporada. Hoy me siento agotado.

—Sí, tiene cara de cansancio, si me permite decirlo, excelencia. ¿Han dado mucha guerra esos malditos *tories*?

James se echó a reír. Le vino a la cabeza un tory en concreto, lord Dankworth, que era su adversario directo en el tema de lograr organizar una policía moderna en Londres. En esos momentos, ese era el proyecto principal de James, pero también luchaba por ampliar el derecho a voto a los propietarios de inmuebles con una renta mayor de diez libras anuales, lo que no aumentaría mucho el número de votantes, pero sí permitiría que empezasen a salir adelante leyes con mayores avances sociales.

—Por supuesto —replicó—. Tanta como los *whigs*. Combates sin tregua en el campo de batalla, señor Henson. Lo de siempre. —Ambos hombres se miraron a los ojos y cabecearon, como veteranos de guerra que compartieran la misma experiencia—. ¿Están aquí lord Badfields o lord Rutshore?

—Solo lord Badfields, milord. Lord Rutshore cenó pronto y se excusó, dado que mañana temprano debe asistir a una conferencia sobre algún tema de gran relevancia científica, según tuvo a bien informarme. —Señaló pasillo adelante con la cabeza—. Lord Badfields, sin embargo, todavía nos acompaña. Está en la salita real, ocupado en una partida de *whist*.

«Ocupado». James no pudo evitar sonreír. Henson era Henson, y nunca cambiaría. Consideraba igual de importante discutir una nueva ley en el Parlamento que dar un paseo, asistir a una conferencia, elegir una corbata, leer un libro o jugar a las cartas o a los dados. Tal como se refería a ello, daba la impresión de que todo lo que decidiese hacer un miembro de la nobleza inglesa con su tiempo, era una labor vital para el destino del imperio. Quizá tuviera razón.

—Gracias, Henson. Muy amable.

James siguió pasillo adelante, con tranquilidad, saludando a diestro y siniestro a los caballeros con los que se iba cruzando. Los conocía prácticamente a todos, y a los que no, tenían menos relevancia social y estaban deseando conocerle a él. Con unos simpatizaba más que con otros, pero todos ellos pertenecían a lo mejor de la sociedad británica… y los únicos que podían permitirse las más de veinte mil libras que costaba la inscripción de Brooks's al año.

Eso para empezar, por supuesto. Luego estaban los gastos habituales y las grandes cantidades que se movían de manos en las mesas del club, sobre todo en partidas de *whist*, la principal afición por la que se había hecho famoso. Muchos caballeros, entre ellos el padre del propio James, se habían cambiado en su momento del club White's al Brooks's por las muchas limitaciones al juego que habían empezado a darse en el primero. Que también lo hubiesen hecho el rey George IV, cuando era príncipe regente, y su amigo *Beau* Brummell, había terminado de sellar su éxito.

La salita real era una de las más pequeñas y tranquilas del local, reservada a miembros especiales. Decorada en dorado con cortinas y adornos magenta, en ella solo había una mesa, un aparador y un mueble con diversas bebidas, para que si los miembros del club querían servirse ellos mismos, no tuvieran que llamar a ningún camarero. De todos modos, siempre rondaba alguno por allí, tratando de agradar a los insignes huéspedes.

El lugar llevaba ese nombre precisamente por el hecho de que el rey, desde siempre, le gustaba mucho jugar en ella. Allí, a veces a puerta

cerrada, se celebraban partidas privadas entre los más ricos del imperio, en las que se intercambiaban grandes sumas de dinero, sin ningún límite ni control. Como esa noche.

La mesa estaba llena y rodeada de un nutrido público, lo que indicaba que las apuestas estaban subiendo y poniéndose interesantes.

Vio a Arthur sentado a ella. Estaba jugando al *whist* con dos caballeros de mediana edad, ambos de sobra conocidos, y otro joven, de poco más de veinte años. Un auténtico aspirante a dandi, algo fácil de deducir por los muchos rizos que llevaba bien dispuestos sobre la frente, pero sin el suficiente gusto a la hora de vestirse o de combinar los complementos.

Observó el temblor de sus muñecas mientras cogía las cartas. El modo nervioso con que estudiaba todo a su alrededor…

—¿Desea tomar algo, lord Gysforth? —le preguntó un camarero, sacándole de sus cavilaciones.

—Sí, por favor, Anthony. Un whisky. —Señaló la mesa con un gesto discreto—. ¿Quién es el joven?

—El conde de Saxonshare, milord. Por lo que tengo entendido, lleva poco tiempo en Londres.

—Oh, sí. He oído hablar de él. Gracias.

Así que aquel era el famoso Frederick Howland, el muchacho con aire atormentado y ojos de ángel que acababa de heredar el título de conde de Saxonshare tras la muerte de su tío…

James estaba al tanto de aquello porque, ni dos días antes, sus tres hermanas habían hablado hasta hartarle sobre lo injusto de la situación de esa familia. Al parecer, el difunto lord Saxonshare tenía una hija dos años mayor que su sobrino, pero, mientras él era ya mayor de edad, a ella todavía se la consideraba una niña, y había sido puesta bajo su tutela.

Por si eso no fuera suficiente, sin herederos varones directos, el título y las propiedades de Saxonshare habían terminado yendo a parar a manos de aquel muchacho que ya se había ganado fama de atolondrado en las noches londinenses, sobre todo por sus grandes pérdidas en el juego.

A pesar de todo, sus hermanas pequeñas, Lizzie y Lettie, las gemelas, juraban estar muy enamoradas de él desde que le vieron en una de las fiestas de la temporada. Decían que tenía unos ojos bellísimos, unos ojos de ángel, y les encantaba su aire atormentado. Despertaba sus instintos más protectores.

«Menudo par de tontas», pensó James. No era extraño que estuviese atormentado. Tras ver el modo peculiar en que vivía la partida en la que se encontraba en ese momento, James estaba por asegurar que todo aquello se había convertido en un serio problema para él.

Con el vaso de whisky en la mano, se acercó a la mesa.

—Gysforth, buenas noches —le dijo Arthur. James vio que estaba jugueteando con la piedrecilla negra de la apuesta de la mañana y sonrió. Se había olvidado de aquello. Bueno, tenía todo un mes para superar la prueba. Y si no se le ocurría nada, pues pagaría con gusto las dos mil libras. Qué se le iba a hacer. Con suerte, tampoco sus amigos podrían cumplir y al final quedaría la cosa en tablas, sin pérdida alguna.

—Badfields. Señores… —saludó en general—. ¿Qué tal? ¿Se está dando bien la noche?

—Algunos no nos podemos quejar, su excelencia —dijo sir John Middleton, sheriff de la Guardia en la zona y muy amigo de Arthur desde el asunto de Minerva—, pero yo ya me retiro, lamentablemente. Ocupe mi sitio, si le parece, y así juega de pareja con lord Badfields.

—¿De verdad? No se moleste por mí, no pensaba quedarme mucho y no quisiera interrumpir…

—No lo hace, se lo aseguro. —Sir John vació su copa de un solo trago. Era un hombre rubicundo y risueño, siempre agradable, incluso cuando tenía que acusar a alguien de cualquier fechoría—. Hoy es mi trigésimo aniversario de boda, milores. Si llego tarde a la cena, les aseguro que mi esposa cometerá un crimen. ¡Y a ver entonces quién la detiene!

Todos rieron la broma y despidieron a sir John, felicitándole y deseándole lo mejor. Visto lo visto, James tomó asiento frente a Arthur, que le miró con sorna.

—Hazme feliz y dime que te has aprendido por fin las reglas del *whist*, mi querido Gysforth.

—Muy gracioso. Sobre todo teniendo en cuenta que tú, precisamente tú, no me has ganado nunca.

Arthur rio.

—Porque tengo el buen tino, o la buena suerte, de jugar siempre de pareja contigo, lo admito. —Señaló al muchacho—. ¿Conoces a lord Saxonshare?

—No personalmente, pero me han hablado de él. —Le saludó cortés con la cabeza—. Lamento mucho la pérdida de su tío, milord.

—Gracias, excelencia —replicó Saxonshare, con un gesto similar—. Es un honor conocerle.

—Le aconsejo que no lo diga demasiado rápido. Me temo que, esta noche, somos adversarios. —Todos rieron, el muchacho de un modo algo nervioso. Se repartieron las cartas y jugaron un par de bazas antes de seguir hablando—. Y, dígame, ¿le gusta Londres?

—Mucho. Mucho.

—¿Han venido para la temporada? ¿Quizá va a presentar a su prima?

—No. —Pareció avergonzado. Ya se lo podía imaginar. Viendo el

modo en que jugaba, y lo que había oído, no debían quedarles muchos recursos para temporadas de ninguna clase—. Le toca, su excelencia.

—Oh, sí. Disculpe.

De modo que no tenía ganas de hablar. Bueno, pues no hablaría. Tampoco sentía gran interés por su persona, ni por el destino de su familia. Si se quedaba un rato era por Arthur, juntos hacían una buena pareja de *whist*. Además, le convenía jugar un poco, entretenerse y olvidarse de todos los problemas del día, o se pasaría horas dándoles vueltas en la fiesta con sus hermanas y luego en la cama.

Durante la hora siguiente jugaron fuerte y llegó a la conclusión que ya tenía: aquel muchacho iba a quedarse en la ruina antes de tener edad suficiente para peinar una posible barba. Era un auténtico adicto al juego, como otros lo eran al opio o a otras sustancias del estilo. Tras perder ante un *gran slam* conseguido por Arthur y James al ganar las trece bazas seguidas, se empeñó en subir la apuesta, para ver si conseguía remontar, y no pudo irle peor.

—¡No puede ser! Tiene que darme la revancha, lord Gysforth —dijo al final, cuando se quedó sin nada.

—Oh, por favor —el que habló fue su compañero, el barón de Shattherey, un hombre que, bien lo sabía James, era ya de por sí demasiado aficionado al juego. Pero estar con Saxonshare le había superado por completo. Se puso en pie disgustado—. Lo siento, lord Saxonshare, yo me retiro

—¡No! —exclamó el conde—. ¡Todavía no terminamos!

—Ya lo creo que sí. Al menos, yo. —Hizo un gesto para que el camarero anotase lo consumido en su cuenta, se despidió de todos y salió. Saxonshare se agarró al borde de la mesa.

—Señores, por favor, tienen que darme la revancha…

Parecía tan desesperado, que James titubeó. Intercambió una mirada con Arthur, pero este negó discretamente con la cabeza porque opinaba como él: aquel pardillo no sabía controlarse. Le habían ganado todo, hasta el alfiler de corbata con la S de diamantes que había puesto sobre la mesa con un aire dramático digno del escenario del Covent Garden. No tenía ni idea de cómo salvarle de sí mismo, y seguir desplumándole de semejante modo no resultaría honorable.

—Sería mejor no cont… —empezó, pero el otro se puso en pie de un brinco, sobresaltándole.

—¡Por favor! Si les preocupa que no pueda pagar, les informo de que todavía tengo mi casa, mi mansión aquí en Londres. Puedo traerles las escrituras mañana sin falta. —Se estiró, hasta parecer pomposo, de puros nervios—. Supongo que se fiarán de mí. Soy un caballero, excelencias. Considero las deudas del juego unas deudas de honor.

«Rayos», pensó James, de un modo que hubiese hecho fruncir el ceño a su tía Hetty. Y Arthur, cómo no, había torcido la boca de un

modo peligroso mientras seguía jugando con la piedrecilla negra.

Verla, de pronto, le sugirió una idea.

Sí, por qué no. Podía funcionar.

—Está bien —le dijo a Saxonshare—. Entiendo su preocupación ante tantas pérdidas, pero no es necesario que sigamos jugando. Estoy dispuesto a hacer un intercambio justo con usted. Le devolveré mi parte de lo que hay sobre la mesa —era una buena cantidad, alfiler de corbata incluido—, a cambio de un pequeño favor. Algo sencillo.

—¿Gysforth...? —empezó Arthur, confuso. James sonrió y le señaló la piedrita negra con las pupilas—. Oh, entiendo —Por los ojos de su amigo pasó un brillo de diversión—. ¿Estás seguro?

—Completamente. —James sintió una absurda efervescencia en la sangre, como si se encontrase embarcado en alguna clase de carrera contra el tiempo.

Pensándolo bien, de algún modo lo estaba.

—Bien, entonces. Adelante.

Saxonshare les contemplaba con sospecha.

—¿De qué hablan?

—Nada, no se preocupe. Eso eran cosas nuestras. Repito que solo quiero pedirle un favor muy sencillo.

—¿Y qué puede ser? —replicó el joven, con recelo—. Comprenderá que tiene que decírmelo antes.

—No hay inconveniente, no se preocupe, no es nada inmoral ni tengo nada que esconder. —A pesar de lo dicho, dudó sobre el modo de exponerlo—. Por lo que tengo entendido, tiene usted una prima…

—Sí, lady Bethany Howland —asintió Saxonshare—. Tras la muerte de mi tío, ha quedado bajo mi tutela.

«Pobre desdichada», pensó James, que estaba más de acuerdo que nunca con sus hermanas. Excepto en lo de los ojos de ángel.

—Bien. Verá, lo único que quiero es que la convenza para que dé un paseo en barca conmigo, digamos… —Hizo un rápido repaso de su agenda. Esperaba no estar metiendo la pata, pena de no poder consultar con su secretario—. ¿Les vendría bien pasado mañana por la mañana?

Ahora, el muchacho le miraba desconcertado. Normal.

—Supongo que sí… No tengo ninguna obligación, ni ella tampoco.

—Perfecto. Entonces, enviaré un coche a buscarles a su domicilio para llevarles a un lugar llamado Sleeping Oak, una casita junto al Támesis, con embarcadero. Una vez demos el paseo, podrán optar por regresar con ese mismo coche a su casa, o haré que les lleven donde deseen. Será una excursión agradable, sin más.

Saxonshare seguía atónito. Miró la cantidad sobre la mesa y volvió a girar las pupilas hacia James.

—¿Todo esto a cambio de un paseo en barca con mi prima Bethany?

¿En serio? —Frunció ligeramente el ceño—. ¿O es una broma?

—En absoluto. No es mi estilo bromear de semejante forma. Pero quiero dar un paseo en barca con su prima, es lo único que deseo, a cambio de devolverle todo lo que ha apostado. —Empujó su parte de ganancias por la mesa. El alfiler giró sobre sí mismo y sus diamantes brillaron a la luz de las velas—. Pero tendría que confirmármelo cuanto antes, porque tiene que ser pasado mañana por la mañana, sin falta. No puedo demorarlo de ningún modo, soy un hombre muy ocupado. ¿Está de acuerdo?

Saxonshare se lo pensó un momento.

—Según entiendo, acepta que yo la acompañe… —tanteó. James asintió. No tenía ningún problema con eso. Hasta lo prefería, antes de tener que lidiar a solas con una joven desconocida por la que no sentía el más mínimo interés.

—Por supuesto, si lo desea. Eso sí, en el bote pasearemos su prima y yo, a solas. Forma parte del acuerdo. —Sonrió a Arthur, que estaba al acecho de una infracción en las normas. Su amigo le devolvió la sonrisa, con ecuanimidad—. Por supuesto, podrá observarnos en todo momento desde la orilla. Y le doy mi palabra de honor de que seré muy correcto.

El muchacho se lo pensó aún un momento, pero asintió.

—Siendo así, muy bien. Cuente con su paseo por el Támesis, lord Gysforth.

Capítulo 2

—Milady, su primo acaba de llegar y desea verla en el despacho antes del desayuno.

Sobresaltada, Bethany apartó la vista del espejo del tocador y se volvió hacia la puerta de su dormitorio. Claire, su doncella personal, y única doncella de la casa a esas alturas, le devolvió la mirada con cara de circunstancias.

—Está bien, gracias, Claire. Ahora mismo bajo.

—¿Quiere que la peine yo?

—No, no es necesario. Me las arreglaré. Bastante tarea tienes ya.

La muchacha titubeó.

—¿Le dirá lo que le comenté anoche, milady?

—Eh, sí… Sí, desde luego. —Que si no le pagaban los tres meses de

sueldo que ya le debían, tendría que irse. Ella y su padre, el señor Briggs, el que había sido mayordomo de los Saxonshare durante muchos años, toda la vida de Bethany y más. Lógico, no podían hacer otra cosa. Si trabajaban, era para ganar dinero, no por el anhelo vital de mantener impecables los cuellos de las camisas de Freddy—. No te preocupes, Claire, se lo diré. Y no te disgustes, que lo entiendo. Pase lo que pase, yo siempre os estaré agradecida, a ti y tu padre. Bastante habéis hecho por la familia.

Claire oprimió los labios, con gesto apesadumbrado.

—Me duele mucho tener que irme, milady, mucho, usted lo sabe, pero nosotros no tenemos nada en la vida, solo lo que sacamos con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo, y debemos pensar en el futuro.

—Por supuesto —replicó, avergonzada. Maldito Freddy, le odiaba por ponerla en esa situación—. Lo comprendo perfectamente. Vete tranquila.

Cuando se quedó sola, Bethany suspiró, dejó el cepillo con el que se había estado peinando, se recogió el cabello rubio, de un suave tono trigueño, en un moño bajo y pulcro que realzaba la elegancia de su rostro y se contempló en el espejo del tocador.

Sabía que era una mujer hermosa, aunque no se ufanaba de ello, su padre le había enseñado a no encontrar ningún mérito en lo que le había venido dado, sin necesidad de esfuerzo por su parte. En todo caso, se sentía agradecida por su suerte. Los grandes ojos azules, la nariz levemente respingona y los labios generosos y bien perfilados, eran herencia de su madre, por completo, y estaba muy satisfecha de ellos, igual que se alegraba de haber salido alta y delgada como su padre.

Lástima de vestido. Se pasó una mano por la pechera, intentando colocar los volantes de tal modo que no se notase tanto la tela desgastada. El que llevaba puesto era el que usaba prácticamente de continuo desde hacía cinco años, siempre que estaba dentro de la casa. Solo tenía otros dos en condiciones para las salidas, y algo le decía que no iba a estrenar nada en años.

En Saxonshare Manor, como vivía prácticamente recluida atendiendo a su padre enfermo, no había importado, por lo que hacía mucho tiempo que no se hacía nada nuevo. ¿Para qué? Apenas salían más allá del jardín, no iba a ninguna parte excepto a alguna reunión esporádica con viejos amigos, gente de campo a los que no les importaba qué llevaba puesto.

Al llegar a Londres, había pensado encargar algún vestido, pero en los primeros momentos no hubo ocasión, y menos mal, porque, visto lo visto, no hubieran podido pagarlos. Maldito Freddy… ¿Qué querría aquel tarambana ahora? A saber. Esperaba que al menos no estuviese borracho. La última vez, la situación fue bastante desagradable.

¿Por qué hacía eso? Estaba irreconocible. Desde que llegaron a Londres, parecía haber caído bajo alguna clase de hechizo, algo que le había cambiado completamente el carácter. De ser un chico un poco atolondrado, pero amable y cariñoso, el Freddy de siempre que se había criado con ella, se había vuelto esquivo y ruin, y con su obsesión por el juego les estaba llevando a la ruina.

Ojalá no hubieran ido a Londres. Ojalá no hubiese ido a aquel maldito club. El antiguo conde de Saxonshare, el padre de Bethany, había sido miembro de Brooks's. Al heredar el título, Freddy había solicitado su entrada, y se la habían concedido. Había hecho aquello como había pedido que se le mantuviesen los mismos palcos en el teatro, simplemente por seguir los pasos de su tío, al que admiraba.

Pero, en cuanto pasó una noche en el club, cambió por completo.

Ahora, vivía para los naipes y los dados. Había sido un proceso progresivo, pero rápido. Un día llegó entusiasmado, porque le había encantado el club y había ganado varias partidas. Luego, pasó un tiempo en el que no era realmente consciente de las pérdidas, vivía solo obsesionado por las ganancias, se deleitaba con ellas. Solo cuando la cosa se agravó empezó a estar desquiciado porque la suerte le había dado la espalda, pero se mantenía seguro de que volvería a estar en racha en cualquier momento. Era algo que repetía de continuo, y para poder llegar a esa nueva etapa de buena suerte debía seguir apostando. Seguir arruinándoles a ambos…

Desde entonces, Freddy se había apartado de Bethany y hacía vida nocturna, por completo. Salía inmediatamente después de cenar y no volvía hasta el desayuno, o más tarde todavía, la mayor parte de las veces muy borracho. Por lo general, se metía directamente en la cama, en la que dormía hasta la hora del té o más allá, hasta una nueva cena.

Y algo más que Bethany no podía perdonarle era que no le hubiese hablado de esas grandes pérdidas en las mesas de juego. En lo que atañía a Freddy, ella hubiese podido no enterarse de nada hasta encontrarse ya en la calle, sin un techo sobre su cabeza. Pero, para su desgracia, dos semanas atrás había empezado a llamar a su puerta una auténtica procesión de acreedores. Ahora, raro era el momento en que no había tres o cuatro estacionados fuera, en el jardín delantero, dando voces o simplemente mirando mal hacia la casa. Escandalizando a los vecinos y avergonzándola a ella. Y cada día eran más.

Y Briggs. Y Claire…

¿Qué podía hacer con él? ¡Si hasta se había atrevido a llevar a casa a una prostituta! Menos mal que ella no había llegado a verla, o se hubiera muerto del espanto. Claire le contó que el señor Briggs la había acompañado personalmente a la puerta, después de encontrarla

rondando por las habitaciones de la planta baja, con varios objetos de valor en los bolsillos. Al parecer, Freddy se había quedado dormido nada más tumbarse en la cama y la chica no quería hacer la visita en balde.

—Debimos quedarnos en Mauve Meadow… —se dijo, en un susurro.

Así se llamaba el pequeño pueblo de Berkshire en el que había crecido, donde estaba Saxonshare Manor, la gran casa de sus ancestros, que parecía construida con piedra gris y hiedra a partes iguales. Le había dolido mucho tener que dejarla, pero Freddy había insistido en que fuera a Londres con él, cuando todavía era el joven encantador y tímido que se sentía amedrentado por la gran ciudad.

Y, total, había llegado la hora de asumir la realidad. El título, y su fortuna en tierras y edificaciones, habían pasado a su primo. Saxonshare Manor ya no era su casa, el hogar de la pequeña Bethy, era una de las muchas propiedades de Freddy. Tarde o temprano, su primo se casaría y habría otra mujer en sus salones, una auténtica lady Saxonshare que diría qué flores había que poner y qué menús se debían servir.

Bethany suspiró. Al menos, aunque lamentaba las muchas pérdidas sufridas y le preocupaba su presente, no temía por su futuro. Su padre había tenido el buen tino de hacerse un seguro de vida nombrándola beneficiaria, y en su testamento había establecido que esa cantidad fuese la base de una renta vitalicia sustanciosa para Bethany, un dinero que empezaría a recibir cuando cumpliese los veinticinco años o cuando se casase, lo que ocurriese antes. Los dedos pródigos de Freddy no podrían tocarla.

Pero, definitivamente, debía establecerse en otro lado. Y, en su momento, Londres parecía tan buen sitio como cualquier otro y mejor que muchos.

Eso sí, de haber sabido lo que le esperaba…

Tenía que hacer algo con Freddy. Quizá pudiera convencerle para que volviese a Mauve Meadow, últimamente se le veía muy apesadumbrado por las pérdidas. Si pudiese hacerle recapacitar, que se diera cuenta de que, como en casa, no iba a estar en ninguna parte…

En compensación, podía ofrecerle vender algunas de las joyas de su madre, había varias muy valiosas. Freddy las custodiaba hasta que ella fuese mayor de edad pero, ¿qué sentido tenía conservarlas, encontrándose en esa situación? Por mucho que le doliera, estaba dispuesta a vender una parte para saldar las deudas de su primo y pagar los sueldos de Briggs y Claire, que no tuvieran que irse sin nada a buscar trabajo en otro lado. Al menos, habría sido por una buena causa.

Bethany suspiró, volviendo a la realidad. Llegaba tarde, de modo

que dio un último repaso a su aspecto, salió del dormitorio, bajó las escaleras y se dirigió al despacho, a ver qué quería Freddy, el loco Freddy.

«Ay, Señor», pensó con un suspiro. En otra época, hasta le había querido como un hermano y de niños siempre jugaban juntos. Al ser el único hijo de su tío Andrew, el hermano pequeño de su padre, les había visitado en innumerables ocasiones y durante largas temporadas, quizá previendo ya que todo cuanto veían en las tierras de Saxonshare iba a ser suyo. Luego, tras la muerte de tío Andrew, cuando Freddy tenía trece años, fue a vivir con ellos, de forma definitiva.

Qué injusticia. Freddy era dos años menor que ella, pero ya era mayor de edad, mientras que Bethany tenía que esperar todavía otros tantos hasta conseguir ser considerada legalmente adulta. ¡Le habían hecho su tutor! ¡Por Dios! ¡A él, a quien tenía que estar diciendo a cada momento que se atase bien los zapatos o que comiese como era debido!

No era más que un crío, y todo aquello le había quedado demasiado grande.

Se detuvo ante la puerta del despacho y llamó, tensa. Desde la última discusión se le habían quitado las ganas de hablar con su primo. Pero no le quedaba más remedio. Al margen de lo que él tuviera que decir, había que resolver el asunto de Claire y de su padre.

—Adelante —oyó.

Bethany abrió y entró en el despacho. Por suerte, era el de la ciudad, a la que ella solo había ido un par de veces de pequeña, apenas recordaba detalles y no tenía establecidos vínculos afectivos con ningún rincón de la casa. De haber sido el de Saxonshare Manor, la visión de Freddy junto a la mesita de las bebidas hubiese sido mucho más amarga. Siempre le ocurría lo mismo: en el comedor, en la sala de estar, incluso en las caballerizas. Verle tocar las cosas de su padre con la satisfacción de un propietario, era algo que no había llevado nada bien.

Por fin encontró algo positivo de su estancia en Londres.

—¿Querías verme? —preguntó. Freddy dio un trago y la miró con sarcasmo.

—¿No vas a decirme que es demasiado temprano para beber?

—No. De decir algo, diría que es demasiado tarde como para llegar a casa pensando en acostarse. Porque de aquí te irás a la cama, ¿no?

Aquello no le gustó, pero como siempre, no supo seguir con la cadena de pullas. Freddy no era un hombre ingenioso.

—No seas descarada —se limitó a decir. Señaló uno de los sillones—. Siéntate, anda.

—No hace falta. Seguramente serás breve.

—Seguramente —gruñó, y luego trató de componer un gesto menos adusto—. Solo quería decirte que mañana tienes una cita.

—¿Una cita? ¿Yo?

Pensó que le había entendido mal, que él la iba a mirar sorprendido, se iba a reír y a decir otra cosa, pero no.

—Sí, eso he dicho. Aunque yo te acompañaré, no te preocupes. Tenemos que estar preparados a las ocho de la mañana, en punto. A esa hora vendrá un coche a recogernos.

Como dio la impresión de que eso era todo, que no pensaba explicar más, Bethany decidió empezar un interrogatorio.

—¿Qué significa esto, Freddy? —preguntó, advirtiendo con el tono que no iba a dejarlo estar sin recibir respuestas—. ¿Un coche, de quién? ¿Y a dónde pretende llevarme? ¿O llevarnos?

—A una casita de las afueras, a orillas del Támesis. Sleeping Oak, creo que se llama. El propio lord Gysforth es su propietario.

—¿Lord Gysforth?

—Eso es. Él es quien me ha pedido que interceda en su nombre para esta cita.

Bethany parpadeó, sorprendida y… algo más. Ilusionada, sí, ese era el término, aunque no se atrevía a creer que estuviera ocurriendo aquello. Había visto pocos días antes a lord Gysforth, en los Jardines de Vauxhall, el único lujo que se había permitido desde su llegada a la ciudad. No le hacía gracia gastar el dinero en una entrada, pero recordaba haber estado allí de niña, con su padre, cuando representaron la batalla de Waterloo, y quería recordar aquellos momentos felices.

Estaba cerca de la tienda turca cuando oyó que unas damas mencionaban al duque de Gysforth y miró hacia allí con curiosidad, porque había oído hablar mucho de él, incluso cuando estaba en Mauve Meadow. Sus amigas, hijas de caballeros locales, solían ir a Londres de compras o por pura diversión, sobre todo cuando ya tuvieron edad para ser presentadas en la temporada, y siempre volvían con grandes historias que la llenaban de envidia. Gysforth solía formar parte de la mayor parte de ellas. Tenía fama de ser muy atractivo, además de enormemente rico y poderoso.

De lo último podían seguir quedándole dudas, pero de lo primero, en absoluto. ¡Qué hombre más guapo! Qué alto, qué elegante y atractivo era, con aquel rostro perfecto de sonrisa carismática.

Cuando le vio, él estaba saludando a dos caballeros y una dama, y Bethany sintió que el corazón le daba un vuelco completo dentro del pecho. Los ojos de Gysforth, de un gris muy claro, que casi parecía plata, eran el complemento perfecto para su abundante cabello negro. Ese contraste fue lo primero que le llamó la atención. La había enamorado, por completo.

«¡Enamorado!», pensó, escandalizada por el término elegido. «Menuda tontería, Beth». Simplemente era guapísimo y ella, que había tratado a pocos hombres fuera de su familia y ninguno como ese, se había sentido fascinada. Pensó que no la había visto, porque había mucha gente por allí en medio, el parque estaba muy concurrido en aquellos momentos. Además, no se conocían de nada, no habían sido presentados, ¿cómo iba a saber quién era ella?

Pero ¿y si se había fijado, pese a todo? ¿Y si había preguntado a alguien por quién podía ser aquella desconocida que le admiraba embobada, completamente sola en la multitud? Quizá lo había hecho, y había habido suerte y alguien la conocía, por eso había buscado el modo de reunirse con ella…

«Demasiada suerte». Ella no solía ser tan afortunada. Por lo general, su papel era el de espectadora del mundo, testigo de la alegría de otros. Como en Vauxhall. Como luego, cuando, impulsada por aquel sentimiento absurdo, había buscando información sobre Gysforth y había paseado por el frente de su casa, la impresionante Gysforth House, situada entre el Pall Mall y el Mall, en el distrito St. James, muy cerca de Carlton House, la mansión que ocupó el rey cuando era príncipe regente.

Si era imposible que alguien como James Keeling, duque de Gysforth, se fijara en ella, lo era mil veces más el hecho de que alguien situado a tales alturas sociales, fuera a considerarla adecuada para una relación respetable. Debía ser cauta: de buscar algo con ella, no sería nada decente, sino algo que la hija del conde de Saxonshare no podría aceptar, jamás.

Pero, a su pesar, su corazón empezó a latir, esperanzado.

Gysforth quería verla…

—¿Estás seguro de que no hay ningún error, Freddy? ¿De verdad? ¿Era conmigo con quien quería citarse?

—Desde luego. Pronunció tu nombre con toda claridad. No te preocupes —repitió, preocupándola más todavía—. Por lo que tengo entendido, lo único que desea es dar un paseo en barca contigo.

Aquello la dejó más estupefacta aún.

—¿Un paseo en barca?

—Sí. Vamos, Beth, no pongas esa cara. No te preocupes. —¡La tercera vez! Se acercaba el fin del mundo, seguro—. ¿Qué puede haber más inocente que una mañana en el Támesis?

—No sé…

Freddy se echó a reír.

—Mira, le conozco poco, pero me consta que es un hombre de éxito entre las mujeres, no le veo necesitando forzar una situación de este modo, para nada. —Le guiñó un ojo—. Sinceramente, yo creo que te ha visto en alguna parte y que es una excusa para concertar un

encuentro privado.

—¿Tú crees?

¡Entonces, la había visto en Vauxhall! ¡Definitivamente, la había visto! ¡No podía creer en su buena suerte! Aquel hombre maravilloso se había fijado en ella y había organizado ese encuentro tan peculiar para poder hablarle a solas, y en un ambiente romántico, lejos del bullicio de Londres. Y, además, a la vista de su primo, como dictaba la moral, de modo que, quizá, lo que fuera que quería decirle, pudiera ser algo respetable. ¡Tenía que serlo!

—Está bien, iré —aceptó, con el alma en vilo—. Pero no te entusiasmes —se apresuró a advertirle, al verle sonreír. Ella también sabía jugar y aprovechar una ventaja. Freddy no tenía por qué saber lo feliz que estaba por la idea de reunirse con Gysforth—. Reconozco que siento curiosidad por saber qué quiere, pero solo lo haré si aceptas cumplir dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Primera: hoy mismo pagarás al señor Briggs y a Claire lo que se les debe. Todo. No les escatimarás ni un penique.

Freddy dudó.

—Está bien. No sé si hoy, porque estoy cansado y preferiría irme a dormir. —Iba a insistir, porque no se fiaba ni un poco, pero él fue más rápido—. ¡Por favor, Bethy, ten compasión, estoy agotado! Mañana sin falta, cuando volvamos del paseo con Gysforth, pasaré por el banco, te lo prometo. Hasta puedes venir conmigo si lo deseas. ¡Y luego iremos de compras a Bond Street! ¿Qué te parece? Ya es hora de que te encargues un vestido nuevo.

Qué generoso estaba. Así que también tenía grandes esperanzas puestas en aquel paseo por el Támesis. Ojalá todo saliera bien… Bethany se mordisqueó nerviosa el labrio inferior. Bueno, no era una demora tan grande. Si el señor Briggs y Claire habían esperado meses para cobrar sus sueldos, bien podían esperar un día más. Así, de paso, podría comprobar en el banco cómo iban las cosas.

—De acuerdo, está bien. Mañana sin falta. —Freddy sonrió victorioso por segunda vez—. Espera, espera, que todavía queda la otra condición. —Se cruzó de brazos, adoptando una expresión dura —. Tienes que prometerme no volver a jugar nunca más. Nunca, Freddy.

Él bufó, como siempre que sacaba el tema.

—¡Qué empeño!

—Freddy…

—No empieces, Bethany. Me parece absurdo, jugar es una actividad de caballeros. Además, no sé qué pretendes que haga entonces con mi tiempo. ¿Visitar burdeles?

—Ah. ¿Otra actividad de caballeros?

Al menos, se ruborizó.

—Bethany, de verdad que entiendo que estés preocupada, pero es evidente que esta mala racha tiene que cambiar en cualquier momento, y nos vendría bien ganar unos cuantos miles de libras…

—¡Freddy!

—¡Por Dios! ¡Está bien! ¡Te lo prometo!

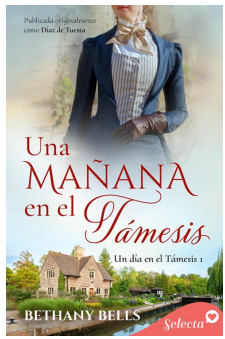
No le creía, como no le había creído antes, en otras ocasiones, y bien que había hecho. Pero, lamentablemente, no quedaba otro remedio. Al menos, conseguiría el dinero para Claire y su padre. Y escucharía lo que lord Gysforth quería decirle. Eso, al menos, la llenaba de esperanzas.

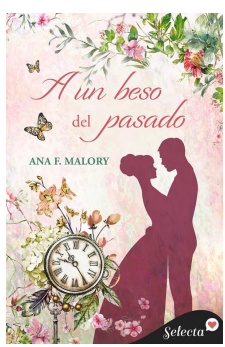
—Está bien —dijo, sintiéndose más contenta que nunca desde su llegada a Londres—. Iré a dar ese paseo por el Támesis.

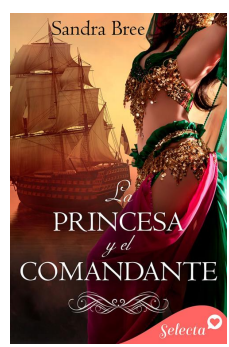
Si te ha gustado

Un marido conveniente para lady Martha

puedes disfrutar de estas







ENTRE EL
CIELO
Y EL
MAR
CORAZÓN PIRATA 1
CHRISTINE
CROSS
Selecta

DESPRESTIGIADAS I
La deseable viuda
del duque de Norfolk
MAR POLDARK
Selecta

¿Puede ser el amor la solución a todos los problemas?

Lady Martha llegó a Little Lake huyendo de un problema del que no podía escapar. Tras buscar una solución alternativa, lleva un tiempo casada con Henry Mallow, un pequeño terrateniente local que ha dedicado su vida a su pequeña hacienda, y, tal como le explicó en su momento, nunca había tenido tiempo para buscar esposa, quizá porque no se había sentido especialmente interesado por ninguna mujer.

Tampoco ahora debía enamorarse, puesto que ese matrimonio solo existiría de puertas para fuera. Así lo exigió lady Martha cuando le salió un día al camino y le propuso aquel sorprendente acuerdo. Por supuesto, no habría relación física, ni búsqueda de afectos, solo una convivencia educada y, a ser posible, cordial. Nada más.

Eso quería lady Martha, al menos en su momento, porque tenía el corazón roto y muy pocas ganas de iniciar una nueva relación con ningún hombre. Pero, poco a poco, con el roce diario, empieza a preguntarse quién es ese hombre atractivo, amable, educado y silencioso que comparte con ella su apellido y su vida, pero no su intimidad.

Henry Mallow nunca ha sido hombre de muchas palabras, y las pocas que tenía se atragantaron en su garganta cuando la hermosa lady Martha le salió al camino y le expuso sus intenciones. ¿Cómo negarse a algo así, por mucho que doliese el tener que contener los deseos de besarla? Él mismo entendía que, con sus manos sucias de tierra, sus ropas humildes y su poca cultura, no estaba a la altura de semejante dama. Pero sí que estaba dispuesto a esforzarse al máximo y luchar por ofrecerle cuanto le fuera posible.

Por ser, para ella, la mejor versión de Henry Mallow.

Bethany Bells es uno de los seudónimos utilizados por la escritora Díaz de Tuesta. (*Trazos secretos, El mal causado, En aguas extrañas, La noche abierta,* la serie de regencia *Un día en el Támesis,* la serie de terror y romance *Signos para la noche*, y otras, todas ellas con Selecta/ Penguin Random House).

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2024

© 2024, Bethany Bells
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-83-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un marido conveniente para lady Martha

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo
Próximamente

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Bethany Bells
Créditos